

14 11-6 40-6

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



Barrio negro de los Estados Unidos.

(Dibujo de "Billiken".)

LEA EN ESTE NUMERO

El sensacional reportaje del periodista norteamericano Ivan Post sobre
"LA SOMBRA NEGRA DE LOS ESTADOS UNIDOS"
La tragedia de la población negra de Norteamérica.



"EL MILITARISMO ALEMAN"

Reportaje de Jaime Menéndez sobre la actualidad política europea.



"NOCHE DE LOBOS"

Cuento central por Luis Caro, con ilustraciones de Arteche.

Ayuntamiento de Madrid

BANCO CENTRAL.—Goya, 39 (esquina a Torrijos).
 LECHE «SAM».—Torrijos, 45.
 CERVECERIA «ROIG».—Torrijos, 41.
 BODEGA «ROIG».—Torrijos, 33.
 PAPELERIA BRINGAS.—Torrijos, 30.
 CAMISERIA M. VELASCO.—Torrijos, 28.
 PATRONATO NACIONAL DE PROTECCION DE CIEGOS.—Torrijos, 41.



CERVECERIA

ROIG

BODEGA

41 - Torrijos - 33

Tel. 50039 Tel. 51509

Camisería - Sombrerería

Géneros de punto

M. Velasco

28, Torrijos, 28

Teléfono 57793

LA CASA DE LAS CAMAS

Camas doradas - Camas de bronce
 La mejor calidad a los mejores precios
 Torrijos, 2. - Teléfono 56388

Rodríguez Bayón

SASTRERIA

Creador de la moda

Torrijos, 19 - Teléfono 55154

CASA ROGELIO
MUEBLES

¡Cátese y amueble su casa en Rogelio!
 ¡Muebles baratos, muy baratos... baratísimos!

Torrijos, 48. Teléfono 53715



GUIA DE UTILIDAD PUBLICA



Está situada en el barrio de las Mercedes, correspondiente al Distrito de Buena Vista (4).

SERVICIOS DE URGENCIA CORRESPONDIENTES

INCENDIOS.—Calle Imperial, 10. Telf. 12800.
 POLICIA (Dirección general de Seguridad).—Victor Hugo, número 10. Teléfono 16516.
 COMISARIA DEL DISTRITO.—Jorge Juan, 55. Telf. 51413.
 CASA DE SOCORRO DEL DISTRITO.—Castelló, 65. Telf. 52430.

SERVICIOS PUBLICOS CORRESPONDIENTES

TENENCIA DE ALCALDIA.—Olózaga, 1.
 JUZGADO MUNICIPAL, Belén, 2.
 ESTAFETA DE CORREOS.—Hermosilla, 89.
 SUCURSAL DE TELEGRAFOS.—Hermosilla, 89.
 LOCUTORIO DE TELEFONOS.—Hermosilla, 33.

TRANVIAS

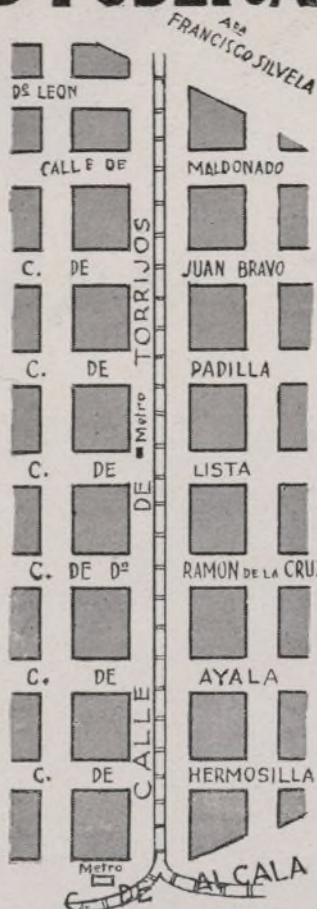
Disco 51 (Sol-Torrijos. Servicio, de 5,57 a 1,41). Próximos a Torrijos circulan también los siguientes tranvías: disco 4 (Sol-Ventas); disco 49 (Rosales-Glorieta de Bilbao-Goya); disco 6 (Goya-Sol-Rosales); disco 28 (Red de San Luis-Prosperidad); disco 40 (Plaza de Alonso Martínez-Prosperidad).

METRO

LINEA DIEGO DE LEON-SOL.—Estaciones en las calles de Diego de León, Lista y Goya.

AUTOBUSES

LINEA 2 (Lista-Moncloa. Por Gran Vía).



UNA VISTA DE LA CALLE DE TORRIJOS

BANCO CENTRAL

**CAJA
 DE
 AHORROS**



**Huchas
 para el ahorro
 a domicilio.**

AGENCIA URBANA NUMERO 1

GOYA, 89 (esquina a Torrijos).

**DROGUERIA Y PERFUMERIA
 ANTONIO ÁLVAREZ**

Artículos de limpieza - Servicio a domicilio

TORRIJOS, 30
 — (Esquina a Don Ramón de la Cruz) —

Teléfono 58128

ALMACENES TORRIJOS

Los más importantes y más antiguos del barrio

El surtido más completo

Torrijos, 30 - Teléfono 55604

LA CASA GRANDE

**TEJIDOS MERCERÍA
 LANERÍA**

La más surtida y la que más barato vende

Torrijos, 22 - Teléfono 51944

LA CASA DE LAS CAMAS.—Torrijos, 2.
 DROGUERIA Y PERFUMERIA ALVAREZ.—Torrijos, 30.
 MUEBLES ROGELIO.—Torrijos, 48.
 CALZADOS AREVALO.—Torrijos, 30.
 SASTRERIA BAYON.—Torrijos, 19.
 LA CASA GRANDE (Tejidos).—Torrijos, 22.
 ALMACENES TORRIJOS (Tejidos).—Torrijos, 30.
 CONFITERIA Y PASTELERIA CEVAS.—Torrijos, 74.

Leche SAM

PASTEURIZADA

EN ENVASES

DE PAPEL

PATENTADOS

Central: Juan Bravo, 78

Sucursal: Torrijos, 45-Tel. 60166

Papelería Bringas

IMPRENTA,

LIBRERÍA,

OBJETOS DE

ESCRITORIO,

REVISTAS DE

MODAS Y

FIGURINES

ESTAMPERIA

TORRIJOS, 30

TELÉFONO 56872

CONFITERIA Y PASTELERIA

N. CEVAS

LA MAS ACREDITADA

TORRIJOS, 74 TEL. 55931

Patronato Nacional de Protección de Ciegos

Trabajos en mimbre, sillerías, cestos, costureros, etc.

Jerseys, Tricot, Pu'll-overs, Abriguitos de niños, etc.

Trabajos diversos. Precios módicos.

Exposición y venta:

Torrijos, 41 (tienda) - Teléfono 50853

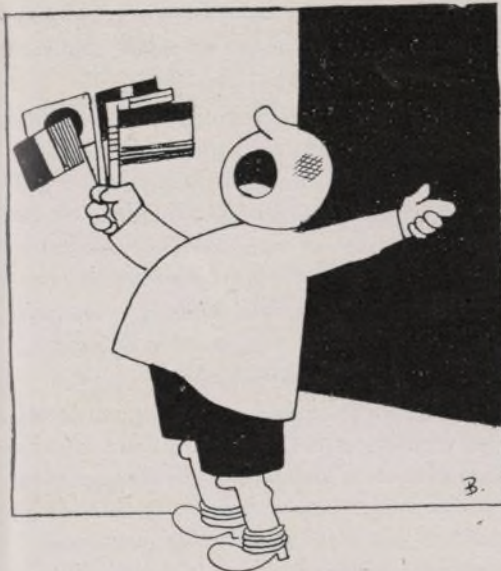
A. ARÉVALO
CALZADOS

Todos los modelos. Los mejores materiales. Precios incompetibles.

TORRIJOS, 30 TELEFONO 55263

DESDE que los americanos—gente insustancial y frívola—le dieron a las banderas el uso tabernario de alternar con las botellas de aguardiente en las estanterías de los bares, ha perdido majestad y garbo de símbolo el pabellón por el que los hombres de todos los países se fajan a tiros y mueren como héroes.

Hay en Madrid un empresario de banderas múltiples que las guarda un poco, como los ropavejeros guardan los disfraces de Carnaval,



y no con mayor respeto. Entre esas banderas figura la española y abundan las sudamericanas. Ya flamean un poco pachuchas y destañadas, porque están fabricadas con percalina poco heroica y no con esa trama de fibra vegetal y tinte vivo de que se fabrican las banderas por las que uno muere.

Cuando algún propietario de cinematógrafo quiere hacerse la propaganda de un películón algo castrense, recurre al empresario de banderas y las coloca en teoría, ni más ni menos que si saludaran al «cortejo de los paladines».

Ahora están anunciando las truculencias de «Villa Villa!», una película que dicen que es muy buena y a mí me parece infame. Pero que, buena o infame, no justifica por ninguna causa el empleo—por ejemplo—de la bandera argentina. Ni el de ninguna otra que no fuera—en todo caso—la mejicana.

Protesto contra este empleo frívolo, desmesurado y lelo de las banderas. Si convenimos en que la bandera de cualquier país es un símbolo sagrado, respetémoslas, empezando por respetar la nuestra.

Pero porque un pueblo sin tradición, un pueblo de babilónico orgullo y espíritu sin figura haya cogido las banderas de todo el mundo para decorar sus zafias borracheras de alcoholes de madera, o para coronar las destañadas y bobas cabezas de sus «girls» en los quillombos, ¿vamos nosotros a hacer otro tanto?

LA guardia municipal madrileña ha rebasado las previsiones de su superior administrativo. Empieza a estar, por un mandato interior, que sube de la propia sana naturaleza moral de sus jefes y sus individuos, dotada de un espíritu heroico de su función urbana.

La propia actuación de estos bravos y atléticos guardias del casco blanco les ha creado una sustancia militar. Casi todos proceden de la milicia y no han olvidado lo que allí aprendieron, antes bien, lo han acrecentado con el ejercicio heroico de la ciudadanía.

Anteayer han dado una prueba de su espíritu. Como trofeo presenta un guardia su casco agujereado por la bala de un enemigo público. Este guardia se llama Juan Lázaro Capitán. Su compañero de pareja es Conrado Alonso.

Un Cuerpo como éste merece la bandera que para él ha pedido el alcalde. CIUDAD ofrece su cooperación más entusiasta y contribuirá a la adquisición de la bandera, a la que, sin nacer, ya han dado gloria sus soldados.

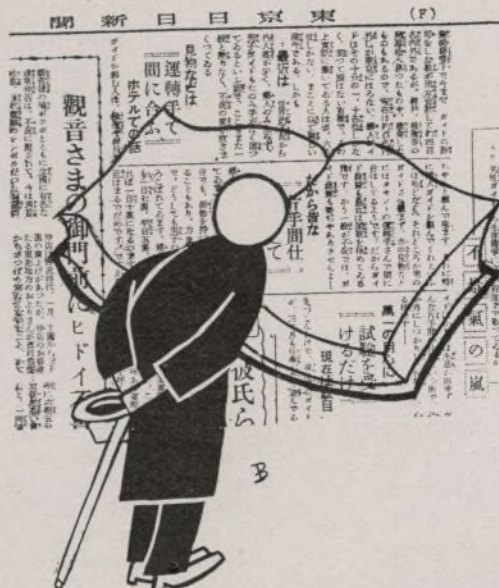
CONTINÚAN los tranvías en el centro de Madrid. Parece que por poco tiempo.

Los autobuses de esta Villa se retiran a las diez de la noche. Los empresarios de cines y teatros debieran ocuparse de eso. A menos que se averigüe que los consejeros de esa llamada, pintoresca e irónicamente, «Empresa Mixta» son unos apóstoles de las buenas costumbres y no quieren que la gente trasnoche.

CONTINÚAN las zalemas gentilísimas de Oriente para España. Otra vez, desde el confín de los siglos, el Catay nos saluda.

Hace una semana, Japón nos enviaba el presente rosa y perfumado de unos plantones de cerezo.

El milenario imperio continental no quiere ser menos que el insular con la vieja dama de Occidente. Y la manda libros. Y así, entre presente de libros y presente de flores, la dueña peninsular se hispe con toda su antigua ma-



jestad. Los «reis d'Orient» la envían presentes como a un dios recién nacido.

Miguel Artigas, bibliotecario mayor de la República, anda preparando un sitio de honor para esa especie de Rivadeneyra chino, cuyo nombre no escribo hasta que no sepa exactamente su significación.

Conviene que se sepa que España, que ha sido uno de los países orientalistas más ilustrados—la cosa se justifica por sus misiones y por la soberanía de tres siglos en Filipinas—, había perdido casi totalmente esa original categoría.

Es difícil recuperarla ahora, a tanta distancia de Inglaterra, de Alemania y de Italia, donde no se ha perdido la tradición orientalista.

Ojalá la llegada de esos libros a manos tan diestras como las de Miguel Artigas sea una siembra. Doctas son estas manos, un poco de rústico aragonés, en siembras de esta especie.



LA SITUACION SE HA ACLARADO

De «Le Petit Bleu», París

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II. 27 de Marzo de 1935 Núm. 14

Soneto de Josefina y su máquina de escribir



La niña viene o va. Se sienta. Aspira el zumo inglés del «Capstan»—rosa al vuelo—y en diez uñas la máquina suspira: metralla y canto de perdiz en celo.

Cuaja el reloj la tarde. El aire gira tras su presencia y el marfil del duelo trueca en jardín de estatuas la mentira de nardo oscuro y fino terciopelo.

Ya de nuevo, en temor del día siguiente, miden ojos y voz, de frente a frente, la exactitud elíptica del tiro...

—«Au revoir, mademoiselle!» En la ventana suda en oros la piel de la mañana y marzo se hace abril sobre el Retiro.

FERNANDO HERNANDEZ ESPOSITÉ

V I C T O R D E L A S E R N A

LAS NOVILLAS DEL SEÑOR CURA es un relato anecdótico de Víctor de la Serna, basado sobre un episodio de la vida lugareña del marqués de Valdecilla.

NOCHE DE LOBOS, cuento de Luis Carro, joven escritor ya tan ventajosamente conocido por nuestros lectores a través de sus publicaciones en estas páginas.

ISLAS DE GRECIA, CUNA DE LOS DIOS. A pesar del título, con su tufillo de disertación académica, no hay para qué asustarse. Se trata de una nota de José Zamora, escrita, como todas las de este autor, en un fino tono humorístico, no exento de muy sagaces y cultas observaciones.

LA SOMBRA NEGRA DE LOS ESTADOS UNIDOS es un reportaje escrito especialmente para CIUDAD por Iván Post, al que prestan palpitante actualidad los últimos sucesos acaecidos en el barrio de Harlem, que es, como se sabe, el barrio negro de Nueva York. Forma parte este reportaje de una serie que iremos publicando, expresamente enviados por «Free News Agence», con exclusividad de publicación para toda España.

Luis Méndez Herrera—a quien por un error hemos hecho en nuestro número pasado nada

HOY...

menos que cronista de la ciudad de Jaén, título que corresponde a otro de nuestros colaboradores, D. Luis González López—comienza su colaboración en CIUDAD con un bien escrito apólogo, que titula: UN LIBRO, UN ARBOL, UN HIJO.



EL MUNDO EN LA MIRADA. Un artículo de Manuel Abril sobre la Casa-Escuela de Sordomudos, interesante como todos los suyos.

EL MILITARISMO ALEMAN se titula el ensayo sobre política internacional que publica en esta edición nuestro colaborador Jaime

Menéndez, verdadera autoridad en tales materias.

DE LA CRISIS ECONOMICA Y SUS REMEDIOS. Continuando la comenzada serie de estudios sobre el tema del rubro, Isaías Taboas nos presenta en este artículo otro aspecto de su original y valiente concepción del problema.

Sobre modas escriben Madeleine Millet y María Rosa Bendala. La primera nos habla de la Suntuosidad de los Vestidos de Noche, ilustrando su nota con espléndidas fotografías exclusivas, cedidas por los grandes modistos de París para CIUDAD, y ensaya la segunda una adaptación de los elementos típicos del traje español a la moda contemporánea, que ilustra con dibujos propios.

Un bello soneto—garbo y tema actuales—de J. Hernández Esposité representa la parte poética de este número.

Firmada por R. Muñoz Lavalle y E. Blanco-Amor publicamos una página sobre el prócer argentino Bartolomé Mitre, con motivo de un homenaje que va a tributar en su memoria el Ayuntamiento de Madrid.

Ilustran esta edición Santonja, Hortelano, Arteche, Miguel Gómez y Biliken.

"La Nación", de Buenos Aires y su hispanismo

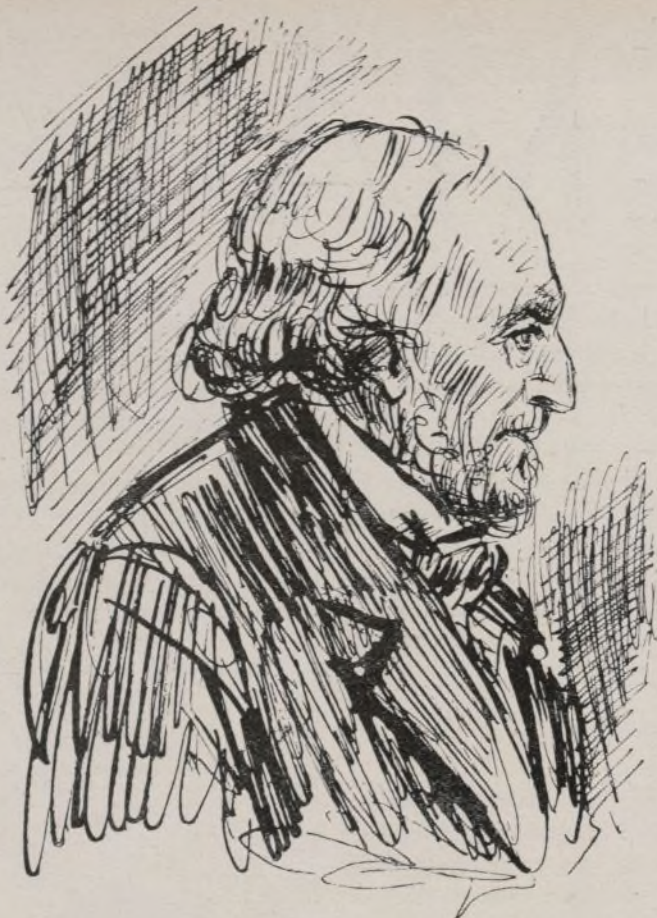
Por EDUARDO BLANCO-AMOR

Tan ligada está la trayectoria espiritual del gran periódico argentino a la figura prócer de Bartolomé Mitre, que no es posible, aun hoy, a los veintinueve años de su muerte, entrever una discontinuidad entre el impulso inicial, entre su personal dirección y el camino seguido por sus proscritores, ni referirse a la obra sin hablar de quien, al crearla, la dotó de tan permanentes basamentos. No fué solamente Mitre su fundador y el inspirador inicial del ritmo inmediato. Sus ideas eran de tan cristalina y permanente entraña, que su vigencia esencial continúa viva y fecunda a través del tiempo, de sus contingencias y de sus imprevisibles mudanzas. No se trata de un fetichismo reverencial que quiera prolongar la cercanía de una presencia por cien motivos ilustre, ni de una persistencia "dinástica"—por decirlo de algún modo—mantenida por una noble terquedad genealógica. El tronco de los Mitre retoñó muchas veces en la dura carnación de personalidades señeras que podrían permitirse el lujo de someter a revisión y contraste las ideas del precursor. No fué ello necesario, porque éstas abarcaban el tiempo en una tan ambiciosa curva cíclica, que *La Nación*—una de sus más grandes obras—no tuvo por qué desviarse de los derroteros que hacia todo lo virgen de su futuro dejaron tendidos la presciencia longeva del patricio, su hondo sentido patrio y su buida intuición histórica. Y por él—escritor, militar y gobernante—uno de los más eminentes constructores de una nacionalidad que llegaba a sus manos en forma de tenue materia nebulosa, inmensa larva política con sus órganos elementales dañados por décadas de confusión, de desconcierto y de lucha, fué el "pionner" y el campeón de un abundante y generoso pensamiento, cuyo trance ejecutivo era arriesgado y peligroso en medio de la incomprensión de su tiempo, demasiado cerca todavía del momento violentamente centrípeto que es siempre la formación de un Estado. Este pensamiento era su hispanismo.

No se trataba de una disposición simpática de su espíritu, nacida al calor de un sentimiento romántico hacia una España decorativa, legendaria y literaria, ni mucho menos de una dadivosa concesión de un gran señor de la historia joven que vuelve hacia la metrópoli en ruinas una mirada de compasión desde la clara esperanza de una patria recién amanecida. No, no era eso. Era mucho más y era mucho más profundo y más noble y de más directo cometido funcional la entraña de su hispanismo. Formaba parte integrante del núcleo de su concepción patriótica y de la mecánica política mediante la cual aquélla habría de realizarse. Patria y política no eran en Mitre otra cosa que dos términos de un mismo complejo amoroso, que se manifestaba en una acción innumerable. Era lo que dijo exactamente José León Suárez: "Tuvo cardinalmente por España una de esas adhesiones máximas, como lo son las que, inspiradas por la naturaleza y adoptadas por la razón, constituyen la norma de una obra. Dado el concepto fundamental que tuvo de su país, Mitre era, y no podía dejar de ser otra cosa, esencialmente hispanista en la visión de grandeza y eternidad de su patria."

En el año 71, y en medio de aquella fobia antiespañola que empañaba con su encendida iracundia muy preclaras mentes argentinas, Bartolomé Mitre llamaba a España "la Madre Patria", y en sus discursos de la Convención Constituyente, anticipándose en muchos lustros a más justicieras y objetivas averiguaciones, defendía, con palabra caliente, instituciones españolas del tiempo colonial—lo que entonces era de una osadía heroica—y llegaba a conclusiones como estas: "España nos había atorgado, bajo el nombre de Cabildo, la Municipalidad: institución que entrañaba un principio de democracia y libertad que debía de dar con el tiempo el fruto que en la Madre Patria no había podido madurar. La España tuvo, antes que la Inglaterra, la inteligencia y la conciencia de las instituciones libres del propio gobierno."

La Nación, siguiendo la pauta ideológica de su fundador, continuada por hombres de su fervor y de su sangre, sigue siendo hoy en América la gran tribuna de la hispanidad, sin dejar por ello de ser devotamente nacional y hasta nacionalista, pues la antítesis de ambos términos no es otra cosa que fácil vacuidad para uso de caletres gárrulos o para provecho de interesados polemistas. El proceso histórico y cultural de España en los últimos cuarenta años puede estudiarse en las columnas de *La Nación*, quizá con más eficacia, y desde luego con mayor objetividad, que en las propias columnas de la Prensa española. Las plumas más enteradas y brías de nuestros elencos inte-



El Ayuntamiento de Madrid prepara un homenaje al prócer argentino D. Bartolomé Mitre. Ignoramos hasta este momento la trascendencia y la magnitud que alcanzará el mismo, pero no dudamos que nuestra ciudad sabrá honrar dignamente el recuerdo de una de las más brillantes personalidades de América. Con ese motivo, CIUDAD se complace en destacar quién es y qué ha hecho este prócer americano, a quien tan merecidamente nuestro Ayuntamiento desea hacer objeto de un homenaje.

lectuales y políticos tuvieron en aquellas planas ancho estadio para el galope de su pasión o superficie pétrea donde grabar, con cincelada calma, palabras de persistencia inmortal. La más céntrica generación argentina, en cuyas manos están hoy los destinos de aquel país, se inició a través de *La Nación* en el conocimiento directo, palpitante, de España mediante las plumas más selectas de nuestro fin de siglo: desde las llamadas tribunicias del verbo castelano hasta el rejón trágico de la prosa de Unamuno; desde las lentas prosodias de Ortega y Munilla hasta las boyantes gracias de aquella deliciosa sirena gorda que fué doña Emilia Pardo Bazán.

Y así, hasta nuestros días. Las generaciones nuevas vieron allí, quizás por vez primera, los pálidos dedos franciscanos de Gabriel Miró, miniando en una sola frase, como en la inicial de un código, largos vagares del paisaje; a Luis Araquistain, navegar en medio de los afilados escollos de la política; a Ortega y Gasset, moviendo, en acordes compases musicales, su devanadera filosófica; a Gómez de la Serna, chino malabarista del ruedo ibérico, lanzando al aire sus cuchillos policromos; a Marañón, declarando con luminoso plumero cuestiones que antes nos eran remotas y parecían vedadas a la ciencia española; a Posada y Altamira, alzando su voz de dómines amables y seriamente sabios; a Valle Inclán, seguido de sus vestiglos convencionales, cubiertos de rosas rimadas y de sus bárbaros vestidos de encajes; a Américo Castro, que a las veinte líneas de lectura de sus ensayos se nos convierte en un amigo íntimo; al Conde de Romanones, que para escribir allí se saca su piel de zorro... para citar una mínima parte. Y de este contacto directo y cotidiano del lector argentino con la mentalidad española ha nacido esa especie de difuso amor y de fraterno anhelo, que es mucho más que una simple curiosidad con que hoy se siguen allá nuestras cosas. Agreguemos a ello los servicios informativos de *La Nación* que, como visión de totalidad de la vida española en todo lo que ésta tiene de suceso, de acontecimiento y de noticia, no admite ni de lejos, en un sentido positivo, claro está, parangón con el más meticulosamente informado de los diarios españoles, y tendremos el panorama completo de las resultantes actuales de la obra hispanista de Mitre en este aspecto.

El homenaje que va a tributarle el Ayuntamiento de Madrid no es otra cosa que una devolución, que una mínima devolución. Los que vivimos en la Argentina sabemos bien cuánta y de qué subidos quilates es la gratitud que España le debe al gran diario. Y quienes de una forma u otra trabajamos para aquella casa, llevamos atornillado en la carne del corazón un hondo y sincero sentimiento de cariño para la gran tribuna democrática que nunca signó la frente de nuestros papeles con un marchamo deprimente de extranjería y que jamás manió los andares de nuestra pluma cuando ésta tuvo algo que decir—canción o grito—sobre la vida de nuestra patria.

Ayuntamiento de Madrid

Bartolomé Mitre, ciudadano de América

Por RAMON MUÑIZ LAVALLE

Madrid prepara un homenaje a Mitre; debemos decir que se trata de un saludo a América, cuya singular alma política, liberal y republicana está plenamente simbolizada en el estadista argentino. No hemos de pecar en esta semblanza diciendo el "general" Mitre: él fué un civil, un caudillo popular, cuya visión de la nacionalidad y de la representación histórica americana, en su concepto de instituciones civiles y democráticas, se vió forzada a un papel director militar que no encuadraba en su verbo ciudadano ni en su ideología de paz y construcción.

Las obligaciones de organización surgidas con la caída del tirano Rozas plantearon a la naciente nacionalidad argentina un problema vital de mando y distribución; el federalismo de Rozas había sido una falsa bandera de ventajas políticas para gobernar en paz con los caudillos del interior, pero el federalismo que como necesidad estatal se planteaba después de Caseros exigía normas económicas, que fueron, en definitiva, las que plantearon la división temporal de Buenos Aires con el interior.

Urquiza, vencedor sobre la tiranía de Rozas, auspiciaba el movimiento del interior, que requería la libre distribución de las rentas aduaneras del puerto de Buenos Aires. Mitre defendía las prerrogativas porteñas y el sentido del federalismo económico que hoy actúa en la Argentina.

Con las diferencias del caso, fué una lucha similar a la planteada en los Estados Unidos en su pleito del Norte contra el Sur por el problema económico-sentimental de la esclavitud, y de cuya dilucidación por las armas pudo Lincoln establecer las bases de la gran nacionalidad norteamericana.

Mitre es el Lincoln argentino. Tuvo su misma entereza en afrontar las posibilidades de la guerra civil en la conciencia de que defendía el porvenir argentino. Y, efectivamente, el tiempo coronó su obra; y la presente realidad argentina demuestra el alcance de las miras de Bartolomé Mitre en lo que se refería al primer problema esencial de la economía federal de la República.

Caudillo de masas, poeta, guerrero, historiador, polemista, tribuno, periodista, presidente, pocas personalidades hay tan representativas en la América latina de lo que nuestro Continente es como función espiritual como la de Mitre, espíritu abierto a las necesidades del momento, sin más dogmatismo que el del bien público, sin otra ambición que el bienestar de su sociedad particular y, por reflejo, la prosperidad de los pueblos vecinos. Fué, ante todo, un hombre, un americano, generoso en la palabra y en el hecho; ahí está, en los últimos años de su vida, su canto a Urquiza, su rival nacional, dando una muestra evidente de su corazon sin odios y de su conciencia sin enemigos.

Con su característico sombrero, se le veía pasar, aun en las épocas de su presidencia, por las calles de Buenos Aires, recibiendo y contestando el saludo de su pueblo, como un genuino representante de la nacionalidad, a la cual dió bases, y como un símbolo del sentimiento democrático de América.

Sin ostentaciones de especie alguna, sin orgullo del acto consumado ni apego a las consagraciones. Bastábale la íntima convicción del bien y aquel saludo del simple ciudadano de la calle, que testimoniaba la adoración que supo infundir al corazón argentino de su época.

Fué amigo de España. Universal su pensamiento, desde las columnas del diario por él fundado, "*La Nación*", hoy el primer representante de la Prensa argentina, saludó siempre, sin reticencias, a la cultura hispánica, de la cual había sido un discípulo alerta en sus mocedades.

Bartolomé Mitre es una eminencia de la Argentina y un ciudadano de América. El homenaje de Madrid está tanto más justificado hoy día, en que en España florecen en formas políticas las virtudes liberales de la raza, de la cual fué él tan excelso representante.

La familia Mitre es hoy una institución argentina; elaborada en los ejemplos de su fundador, los descendientes, a través de la Prensa, a la cual él dió moral y formas, prosiguen la tarea de construcción nacional, aún muy lejos de terminar. Pueblo joven y continuamente ampliado por la incorporación de masas emigratorias, nuestro pensamiento y nuestra cultura no tienen madurez. Por ello persisten, con el mismo impulso ciudadano e igual pasión democrática, los nuevos Mitre en hacer de la "*Nación*" lo que Don Bartolomé quiso que fuese: "*La Nación*" será una tribuna de doctrina."

UN RELATO DE AMBIENTE PERUANO

EL MAR ASESINO

Por FLORENCIO CORDERO APONTE

DIBUJO DE HORTELANO

Entre la escuadrilla de botes, que con sus quillas romas aran el mar, y cuyas velas extendidas están coposas de aire, nuestra pequeña embarcación se desliza, impelida por la brisa, con una tranquila y amodorrante suavidad. En la bodega, hacinados los peces cogidos en la madrugada. El sol diviértese haciendo relampaguear las escamas, centellas de plateada luz.

De pie en la proa y recostado en el cable del mástil, venía yo observando a las olas romperse contra una peña, que tal vez sentíase satisfecha de verse refrescada a cada instante.

El tío Cipriano, patrón de nuestra pequeña nave, me arranca de mi abstracción:

—¡Vamos, "Anguía", arría la vela!—me ordena. "Caigüita", mi compañero, rápido, desata la tira y la arría, y yo la recojo y la trinco. El tío me mira amoscado con su único ojo, mientras me sonrío al ver contraerse su cara, picada de viruela. Me vuelvo, después, y veo al gentío en la playa, esperando impacientes nuestra llegada.

—¡"Anguía", arma los remos!—me grita con voz de trueno Cipriano.

La dureza de su trato me hace mirarle colérico, mientras ejecuto su orden.

—¡Avante!—ruge nuevamente, y su dura mirada, concentrada en un solo ojo y dura como las rocas marinas, la agudiza contra mí, y su boca torcida se des- hace insultándome.

—¡Ya, ya, pues—le contesto—vamos bajándose del coche y párele tío, que ya me estoy abisteciendo!

Mi remo se arquea; bajo la cabeza y jalo con todas mis fuerzas. Quisiera partirlo en dos, pero no lo consigo. Mientras mi pensamiento se vuelve en esta idea, mis miradas se pierden entre los peces tendidos.

Un nuevo grito hiere mis oídos:

—¡Sigan, sigan fuerte!—exclama tío Cipriano.

Nervioso, sigo jalando, sin levantar la mirada, y el furor me hace apretar las muelas, que rechinan.

—¡"Anguía", "Anguía", imbécil: sigan, digo que sigan! ¡Aguanten fuerte entonces, "zo" brutos, aguanten!—agrega con voz nerviosa el tío Cipriano.

Me paro enseguida y veo avanzar sobre nosotros una enorme ola, que revienta cerca de la popa, sacudiendo fuertemente el bote y llevándose sin control, mientras nosotros, que al choque brusco fuimos arrojados sobre la cubierta, nos incorporamos empapados en agua. El tío Cipriano coge presuroso la caña de gobierno, pero el bote sigue arrastrado por la ola, que no lo deja, llevándose como un juguete. Hundo mi remo, porque es necesario enderezar el bote, que está ladeado. Hago mal la maniobra, y la fuerza del remo, al chocar con el agua, me arroja a la bodega. Caigo sobre los pescados, y las espinas de éstos se incrustan en mi cuerpo.

—¡Levántate, pedazo de animal!—me grita el tío Cipriano, y ríe estrepitosamente, burlándose de mi per- cance.

Me incorporo, y al ver chorrear agua de su cabeza desgredada, procuro desquitármela, y le digo:

—Y usted, ¿qué tal baño, tío?

El tío se molesta nuevamente, y yo, regocijado por el éxito de mi broma, empuño mi remo y bogo fuertemente hasta alcanzar la playa.

Cuando desembarcamos, varios amigos que han visto el pequeño accidente, se acercan novedosos.

Uno de ellos se dirige al tío Cipriano, hablándole entre serio y burlón:

—Tío, está visto que a usted, como patrón, no hay otro que lo supere. Nosotros lo creíamos perdido y su bote hecho astillas.

El tío Cipriano se refriega las manos complacido, y poniendo en su tono un acento solemne, habla, vanidoso:

—¡Ustedes saben cómo el mar me respeta! ¿No recuerdan, acaso, aquella braveza pasada, cuando el "Aurora", impotente a una pequeña ola, se dejó arrastrar contra las peñas y se destruyó? ¿No recuerdan ustedes

cómo a dos de sus tripulantes se los tragó el vientre marino, para no devolverlos ya más; y el tercero..., el tercero sólo servía de juguete a la mar? ¿No recuerdan cómo jugaba con ese pobre cuerpo, ya moribundo, ora trayéndolo muy cerca, ora llevándosele lejos, muy lejos?...

—¿Recuerdan ustedes? ¿Lo recuerdan?—pregunta, insistente, el viejo al corro formado a su alrededor.

La expresión ha cambiado en los rostros. Las caras, que antes eran alegres y divertidas, al querer burlarse del viejo pescador, se ensombrecen, y un gesto respetuoso las inclina. Las miradas se dispersan por la arena, sin que ninguno ose siquiera mirar al viejo que, emocionado, sigue su relato:

—El tercero... ¡Era mi hijo! Mi hijo, a quien quería con mi alma. El pobre muchacho—que en paz descansa, dice el tío resignado y santiguándose—ya no podía más. ¿Qué derecho tenía la mar para arrebatárselo? ¿Por qué se divertía ante mis ojos con ese trozo de mi carne, con esa sangre, hija de mi sangre, que con tanto calor yo la guardaba?

—Sí, compañeros—continúa el tío después de una pausa—, la mar es cruel con los vencidos y se ensaña con los cuerpos inertes antes de devorarlos con su inmensa boca. Así quería, también, tragarse a mi hijo y por eso, también, lo festejaba la orgullosa, meciendo sobre sus olas la presa que ella creía segura; la presa con que la bestia marina quería saciar su hambre.

—Ustedes los recuerdan—afirma el viejo—, ustedes veían cómo las crispadas olas descubrían, por momentos, las rocas traidoras, sumergidas en el agua; y mi hijo, ¡mi pobre hijo!, luchaba, luchaba desfalleciente por apartarse más y más de las picudas peñas, contra las cuales el mar quería arrojarlo.

—Desde la playa yo contemplaba aterrado esta muerte lenta de mi hijo. La cabeza me daba vueltas, me zumbaba. Algo en mi interior me empujaba. Oía una voz potente que imperiosa me gritaba: "¿Qué esperas? ¿Cómo dejas que a tu hijo la celosa mar te lo arrebathe? Eres fuerte, anda, anda y lucha con ella; véncela, quítale a tu hijo, ¡el hijo que tanto amas!"

—Y yo, cobarde, no obedecía esa voz. De pie, fijo, permanecía parado en la playa, viendo a mi hijo con mirada extraviada. Mi corazón palpitaba impetuoso, pero yo continuaba inmóvil. Sólo mis ojos suplicaban a to-

dos para que salvaran a mi hijo, pero nadie, nadie se atrevió con la mar. ¡Cobardes! ¡Almas de cobardes! —escupe despectivo el tío Cipriano y, después de una pequeña pausa, continúa—. Todos veían cómo el muchacho, vencido, era arrastrado lenta y desesperadamente contra las rocas, y yo, yo también, sumiso y débil lo miraba.

—Pero esa voz, esa bendita voz me empujaba hacia él. "Anda, aún es tiempo—me decía—, no lo dejes perecer; es tu hijo, tu buen hijo, a quien le diste la vida y a quien debes ahora salvársela. No lo dejes así: míralo." Y obedeciendo esa orden volví la cara y pude ver cómo agitaba convulsionado una mano, tratando de aferrarse a algo, pero agua, solamente agua encontraba, y su mano volvía a hundirse. "¡Te llama tu hijo, anda, anda!", me hablaba de nuevo la voz misteriosa. "Anda, pues, anda", repito y corro hacia la mar. "¡Mi hijo, mi hijo me lo devuelves!", le grito con toda la fuerza de mis pulmones, y luego mi cuerpo se sumerge en el agua.

Jadeante, para su relato el tío Cipriano. De uno de los bolsillos saca un largo pañuelo y se seca el sudor que, en gruesas gotas, corre por su cara.

—Mis brazos y mis piernas se movían rápidos—continúa el tío Cipriano—venciendo la distancia. Pero una ola, una maldita ola, me estrelló contra una peña oculta. "Nada, nada—le respondo—, primero mi hijo, canalla, ¡sucia mar!" Mi cara ardía, un dolor fuerte atenaceaba mi frente, pero mi hijo, mi hijo... ¡Lo salvé!

Aquí detiene su apasionado relato el tío Cipriano. Hace una pausa, tomando descanso, para luego continuar en voz más baja:

—Cuando llegué con él hasta la playa, después de tenaz esfuerzo, caí desfallecido. Después de un dolor horrible me hizo volver. Junto a mí, el cuerpo inanimado de mi hijo, y doña Tránsito, la curandera, la pobre también ya difunta, me sacaba, una por una, las púas que se me incrustaron en el ojo. El ojo también lo perdía. ¿Ven ustedes, ven?—pregunta el tío Cipriano, enseñando la cuenca vacía—. Pero, ¿qué vale mi ojo cuando pude sacar a mi hijo, a mi único hijo! El murió..., pero a mi lado, y no tuvo la mar por sepultura. Y yo vivo feliz con su recuerdo.

La mar... ¡Bah! ¡Yo no le temo!—agrega el tío Cipriano alejándose.





Noches de Lobos

Cuento

Luis Caro

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

18 de febrero...

“¡Pronto hará veinticuatro horas! Ayer, décimoséptimo día de mi cuarto mes en estas soledades, ha sido el día más feliz de mi vida. Pero...” ¡Vaya, que no lo escribo! Esto no es para un diario, para un diario de solitario forzoso. Algún día puede caer en otras manos... Y estos recuerdos son para mí solo, para cuando, viejo y achacoso, con cataratas en los ojos, no me quede más que el recurso de mirar para dentro, de desempolvar el viejo álbum de mis recuerdos.

¿No pienso hoy en el pasado? ¿Qué otra cosa hacer? Un corte en el pentagrama del telégrafo nos ha desplazado del mundo; la nieve, por otra parte, con su abrazo albo al invierno, ha borrado las carreteras.

Tengo tantos deseos de vivir, que esta soledad me angustia. Sólo mi gato la comprende. Y odio este villorrio, lejos del mundo, donde no hay más ley que los puños y las armas de fuego.

¡Hace veinticuatro horas! ¡Cuántas cosas en veinticuatro horas!... Casi esperar una vida para estas horas... Y después, recordarlas toda la vida.

No caben mis ansias dentro de esta caja de madera de mi albergue. ¡Quisiera salir otra vez; con mis botas grásientas, chapotear en el aguanieve, sentirme acariciado por el algodón de copos nuevos! ¡Aunque el cierzo amorate mis mejillas, corte mis labios, hiele el deseo que me cuelga de ellos!...

Siento la sangre caliente en mis mejillas y un temblor de azogado en todo el cuerpo... Casi ni escribir puedo.

Marta es una buena chica... ¡y servicial!

Tengo frío. Hoy, más que nunca. ¡Quince grados bajo cero! Los lobos dejarán el monte, atraídos por la *fata morgana* de la población. Hoy es día de lobos... Vendrán como fantasmas, con los manchones pardos de sus cuerpos, haciendo brillar el azufre de sus ojos.

¡Hace veinticuatro horas!

Me acogió el cuadro de luz de su ventana y me despidió la mecha fría de su lámpara, despuntada ya el alba. A causa de las colinas, el ópalo de luz me llegaba un poco tarde, cubriendo mis pasos en el recato del día virgen. Caminé hasta aquí, con pasos de lobo, sigiloso en el sigilo de la hora, medroso de tanta dicha, con fiebre en los labios. En esta hora de puertas que se abren sin rechinar, abrí la mía y caí sobre mi cama, rendido de cama.

¡La imagen de Marta en el techo, en las paredes, frente a mis ojos!...

Cogí la botella de coñac—no la vacía, la del cabo de vela con cresta de esperma, sino la llena—y trasegué el líquido, que me endiabló la imaginación.

(¿Habrán bajado los lobos con sus buches vacíos?)

Adormecido con coñac y ron, volví a sentir, sobre mi camastro de pino, más frenéticamente horizontal que nunca, la lava hirviendo en mis venas, como si la vida entera se me escapara por las piernas.

Me cogió el sueño, traidoramente, como debe cogerle a uno la muerte... ¿Será así la muerte?

¡Qué frío el de esta noche! Se me hieló la mano, entumecida de tanto escribir, como si fuera a morirse.

Esta mañana...

Nunca lo esperé. Pero hace veinticuatro horas lo pensé.

Roberto, el buscador de oro... Me encontró en la taberna cuando yo veía, en el fondo del vaso vacío, el rostro de Marta. Entre todas las miradas, la suya, como un estilete helado. Se me quedó el alma dolorida, presintiendo un enemigo en aquella otra alma inhóspita.

(¿Estarán ya los lobos en la villa o alrededor de mi cabaña?)

Me sentí inquieto, y se acallaron para mí todos los ruidos de la taberna. Le vigilé con ojo que no miraba, como hacen las mujeres. Hasta que entró Marta. Tan bella. Tan risueña. Le helamos la sonrisa con nuestros cuatro ojos.

Roberto no dijo nada cuando ella se sentó en su mesa, pero sus labios temblaron y sus ojos se humedecieron.

¡Qué bella la vi, con sus botas altas de nieve y su falda de lana y su chaquetón marrón!

Roberto no se fijó en nada, porque sus ojos eran para mí. Mis mejillas, rojas. Rojas las de ella. Temblores en todos nuestros cuerpos, con ramilletes de nervios crispados.

Hasta que sucedió. Cuando los polos se encuentran, salta la chispa azul. Había demasiada electricidad en nuestras miradas.

De un salto se puso de pie y cayó sobre mí como una avalancha de nieve. Hubo un murmullo enorme. Sonaron vidrios rotos de discordia. Le cogieron brazos como pinzas.

Me miró con ojos vidriosos, saltones, como si la impotencia de su ira le llenara el alma de sollozos. Marta se acurrucó en un rincón, embozándose el rostro con las manos, para que los ojos de Roberto no la asietaran el alma. Aún tuve fuerzas para mirar su busto, con un temblor cálido, sin oír las palabras que rebotaban en mis tímpanos...

(Hoy es noche de lobos... ¡y son los lobos!)

Jaime me cogió del brazo, Jaime, ¡siempre tan bueno! Me sacó al aire puro, bajo un cielo de plomo. La cabeza me ardía, y el aire fresco me trajo las palabras reposadas de Jaime, musitadas en consejos que más eran reproches: Que no debí hacerlo. Que no conocía a Roberto...

Y me narró su última hazaña, con los hielos de diciembre, hace dos años. Fué con otro buscador de oro. Sobre el manto de armiño, le buscó una mañana, al llegar el sol. Ni el día nuevo puso en ellos acentos de concordia.

Se enzarzaron como dos ciervos, volteando sus cuerpos y sus sombras sobre la nie-



ve soleada que come los ojos. Hasta que Roberto cruzó el valle, dejando detrás, junto a un cuerpo helado, amapolas de sangre sobre la nieve.
¡Y fué por pepitas de oro!

¡Sólo hace unas horas! Ahora ha caído la noche. La aldea duerme su sueño, y yo velo sobre estas páginas de mi diario, dejado de la mano del sueño. Le he querido atraer con el coñac. Es inútil. Tengo los ojos fijos.

A veces dejo de escribir para pasear por la habitación.

He mirado a través de los cristales, que el vaho ha esmerilado. Me parece ver bocas de lobos en esta noche como boca de lobo. Deben haber afilado sus dientes en el hambre de las colinas. Oigo rondar sus pasos quedos.

(¡Sí, son los lobos!)

Vuelvo a escribir. ¡Este silencio que me puebla de ruidos los oídos!

Hoy el campo es un sudario. ¡Un sudario!... Hoy el campo es una sábana blanca... Eso es: ¡una sábana blanca!

Me he sentado de espaldas a la escopeta, pero la veo en el espejo. No quiero verla. Y, sin embargo, parece burlarse de mí y enmarcarse allí, frente a mi persona, para que yo me percate de su presencia. No he podido resistir más. He descolgado el espejo, y el espejo se ha ido de mis manos, y ahora es un montón de pequeños triángulos de azogue.

¡Dicen que los espejos rotos!...

He sentido miedo, miedo de superstición. Durante un segundo, el espejo roto ha asustado el silencio.

Me he asomado otra vez a la ventana. ¡Si pudiera ver a la luz de ese pedacito de azogue que también es hoy la luna!

¿Es que si no hubiera estado ahí la escopeta me habría levantado a quitar el espejo? ¿Y por qué he querido quitarlo? ¿Por qué ha querido el espejo advertirme de la presencia de la escopeta, aun a riesgo de perecer sacrificado?

Es terrible estar solo, con el corazón sin latidos, y los oídos fuera de la casa y los ojos sobre las palabras mojadas en tinta...

¡Vaya, que soy tonto! ¡Qué extraño es todo esto y qué tristeza entra en la soledad! Después de lo de anoche, no cabe duda que debería estar alegre, ¡muy alegre!

No debo preocuparme. Hace ya veinticuatro horas... Marta; Roberto; luego, Jaime. (¡Ya... están los lobos!)

Anoche... ¡es gracioso! ¡Ni siquiera supe si hubo lobos!

Le busqué sobre el manto de armiño... ¡Ah, Jaime! Jaime, el dueño del coche del pueblo. Es verdad: ya falta poco. El mes que viene dejaré todo esto. ¡Volveré a ver mi sol!

Saldré en el coche del pueblo. Seguiremos a lo largo de la muralla bermeja del cementerio, con sus cipreses esbeltos, centinelas de muertos, oteando nuestra huida. Berebemos distancias sobre la carretera, en el desfiladero de álamos verdiblanos, de troncos de ceniza, entre el traqueteo de las patas de los caballos...

Después, el tren desbocado en la llanura con lomos de cetáceo y espigas tostadas de sol... Un sol más sol... Un sol de lágrimas en los ojos. ¡Dejar este páramo, donde la vida, como la vejez, se parece más a la muerte!

¡Qué felicidad! ¡Un mes! ¡No ver más estos lobos, que ahora rondan como fantasmas!

La vida es bella. Es raro que se me ocurra, en estas horas altas de la noche, que la vida es bella. Y porque lo creo, porque estoy contento con la perspectiva de mi partida, quiero escribir, escribir mucho, hasta mi último día en esta aldea, para poder luego recordar, contrastar, no olvidar que estuve enterrado, enterrado en vida..., que estuve desterrado del mundo. Esa es la palabra: desterrado.

Hoy siento más frío que nunca.

El gato, ovillado siempre a mis pies, ha erizado su pelambre caoba lejos de mí. Veo la parábola de su salto, como si brincara en el espacio.

De niño, tuve miedo cuando aquel otro gato se ponía así, con los ojos clavados en el aire. Pero hoy... ¡hoy no tengo miedo!

¡Es para reírse! ¡Sólo me está haciendo falta una lechuza con ojos de vidrio!

¡Hace veinticuatro horas!... Añoro la noche pasada. Marta. "No debí hacerlo", dijo Jaime. ¡Bah!

(¡Qué hambre deben traer hoy los lobos rondadores!)

Será cosa de salir. ¿Miedo? ¡Cómo brillan los trozos del espejo! ¡Ah, ya, la escopeta!

El mes que viene partiré para siempre. ¡Para siempre! ¡Dejaré de ver el pueblo, y lo último que verá de él serán los cipreses del cementerio. ¡El cementerio!... ¡Vaya, qué ideas más tristonas!

¿Marta? Quedará aquí, con sus botas de nieve, su falda de lana y su chaquetón marrón. ¡Estaba hermosa, acurrucada en la taberna, como una niña reprendida! Reprendida por... No fui yo. Jaime lo sabe.

Espantaré los lobos. Anoche, amigos míos, os llevasteis mi caza: una buena pieza. (Bueno; la verdad es que yo también me llevé otra.) Pero hoy no será así. El dueño de la pieza os castigará. Hoy os espera. Mirad la escopeta. ¡Los lobos! Destrozasteis mi pobre pieza. Hoy me toca a mí.

Dejo de escribir. El coñac generoso me ha envuelto la cabeza en una bruma cálida. Saldré a espantar los visitantes impertinentes. Cojo la escopeta. Huirán hacia otro lado en cuanto me vean.

Y después, entraré, cogeré la pluma nuevamente y diré a mi diario lo que pienso para el futuro. ¡Qué interesante será leer todo esto un día! Porque lo leeré. Lejos de aquí.

Dejo el diario abierto, húmedas las palabras. Voy a salir. Dentro de un segundo, ¡idos los lobos, volveré a escribir. Junto a mi gato, si es posible que ablande su espinazo, que adormile sus ojos, que se oville a mis pies..."

Por su finura
y su perfume

la mujer elegante prefiere el Heno de Pravia. Conoce lo que vale la persistencia de su aroma singular y la protección de sus aceites embellecedores.

PASTILLA, 1,30

HENO DE PRAVIA

PERFUMERÍA GAL - MADRID - BUENOS AIRES

DICEN QUE ES CIERTO

La terrible tuberculosis, que tantos estragos hace en el mundo moderno, no es una enfermedad de estas últimas épocas del mundo, ni mucho menos. M. P. Bartels describía hace algún tiempo un esqueleto de adulto, probablemente masculino, hallado en Heidelberg, en compañía de instrumentos de sílex y de barro cocido, que permitían situar su existencia en la época neolítica. Según el autor, presentaba todo un conjunto de caracteres extremadamente claros, que inducían a afirmar que el hombre a quien había pertenecido estaba atacado de una tuberculosis ósea crónica.

En el Japón, entre la primitiva raza de los ainos, se prohíbe hablar hasta a las mujeres que se quedan en casa, para que el pez no la oiga, y el primero que pescan lo meten en su vivienda por la ventana, en vez de entrarlo por la puerta, a fin de que no le vean los demás peces.

Las personas que alcanzan más larga vida son, por lo general, aquellas que hacen del desayuno la comida principal del día, porque en las horas de la mañana el estómago tiene más vigor que durante el resto del día, y hace mejor la digestión.

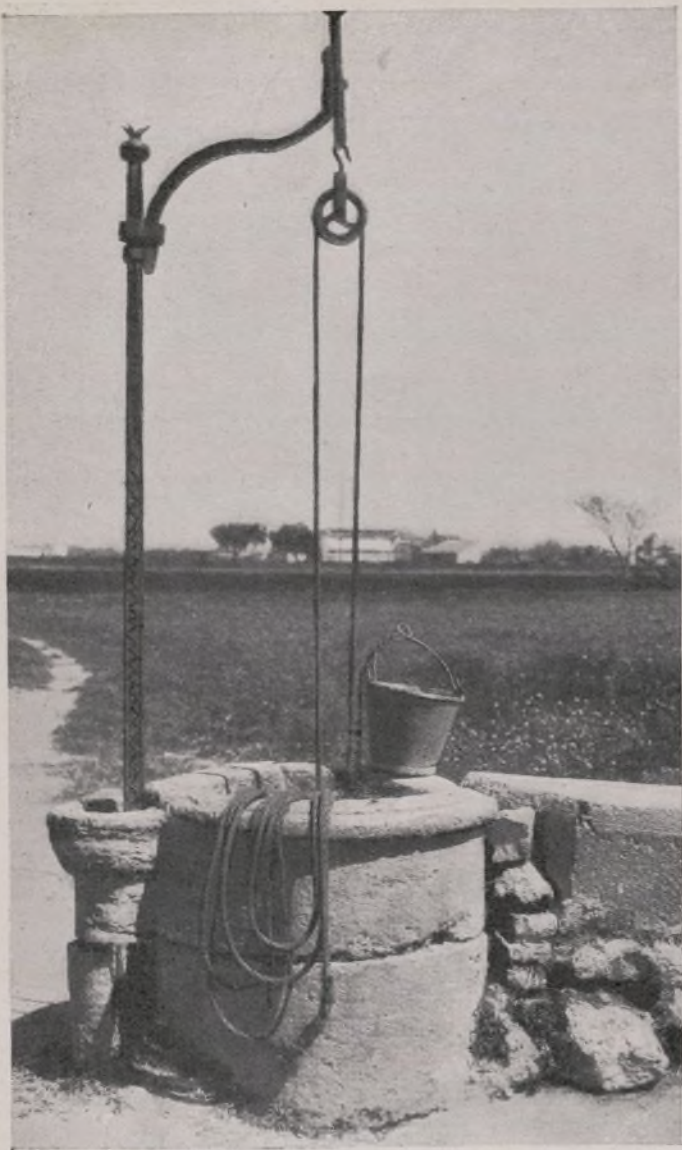
El origen de los filisteos, pueblo de quien toma su nombre Palestina, es bastante incierto. Hay dos hipótesis favoritas: según una de ellas, fué Egipto el lugar de origen de esta nación; la otra supone que fué la isla de Creta su patria original. La segunda de las mencionadas suposiciones encuentra gran apoyo en las exploraciones etnológicas realizadas por una expedición inglesa, que ha descubierto las ruinas de Beth Chemech, ciudad fundada 1500 años antes de Jesucristo, y mencionada en la Biblia.

Los naturalistas saben que los mamíferos carnívoros y buen número de animales nocturnos están provistos de pelos largos y bastante tiesos plantados alrededor de la cara, y, sobre todo, en forma de bigotes, que les sirven de órganos táctiles. Los bigotes del gato son un buen ejemplo de este órgano. Pero, según Beddard, en un estudio que ha publicado recientemente, estos pelos, que sirven a los animales para el tacto, existen en otras partes del cuerpo, además de la cara. Se le encuentra en las manos, sobre todo en lo que pudiérase llamar la muñeca.

Los grabadores alemanes templan sus herramientas con lacre. Después de calentar el buril hasta el blanco lo clavan en lacre, lo retiran un instante después y vuelven a clavarlo, repitiendo la operación hasta que la herramienta se enfría y no se abre camino en el lacre. Dicese que con este sistema se pone muy duro el acero.

Los indios de la Columbia inglesa salen a recibir ceremoniosamente al salmón cuando comienza la temporada de la pesca, y todos los jefes le dirigen frases halagadoras para ganarse la simpatía del referido pez.

En el corredor del templo de Higashi-Honganji, en Kyoto, hay una cuerda hecha enteramente de cabello humano; tiene siete centímetros de diámetro y más de 90 metros de largo, y contiene el cabello trenzado de millones de mujeres japonesas religiosas, que se cortaron sus mechones para entregarlos al templo, como muestra de su devoción por Buda. Cuando este templo fué reconstruido, la sogá en cuestión fué empleada para izar los diversos materiales empleados en su construcción.



Alquería del Pino. El pocito.

LA CIUDAD QUE CRECE Y LA ALQUERIA QUE MUERE

Por ALFREDO BAESCHLIN

Antes estaba la ciudad limitada por el pétreo cinturón de sus murallas, que la verde huerta lamía como lamen las olas los acantilados cortados a pique.

Pero la ciudad crecía, y llegó a no caber dentro del recinto trazado. Rompió el estrecho abrazo de sus murallas y comenzó a invadir la huerta. Como tentáculos salían las prolongaciones de las calles hacia el campo, convirtiendo en solares lo que antes era tierra fértil y de pan llevar. Y se alzaban casas altas, verdaderas colmenas humanas, como posiciones avanzadas de la conquista de la ciudad.

Antes aisladas en medio de la paz de la huerta, las bellas alquerías viéronse de repente englobadas en los barrios nuevos, que surgían rápidos, pujantes. Caían sacrificadas algunas, por cierto no las menos pintorescas, por estorbar el

trazado cruel y rectilíneo de calles proyectadas "sobre el tablero".

Implacablemente prosigue Valencia su ensanche, tragándose pueblos enteros, sustituyendo por el adoquinado de la red de calles nuevas los pintorescos senderos de la huerta, aprisionando entre altos edificios algunas humildes barracas que no quisieron ceder, conservando un trocito de tierra de cultivo grande como un pañuelo...

¡Tragedias que causa la ciudad que crece!

En la huerta, término de Burjasot, muy cerca ya del avance amenazador de la urbe, se alza un pino, enorme, solitario, y a la vera de este árbol, varias veces centenario, la alquería que lleva su nombre, vetusta, desconchada, vencida y amenazando ruina. Tal vez caiga antes de ver su campo invadido.

Por cierto, es una de las más bellas y típicas casas rurales de la región valenciana, y su escudo de armas, que orgullosamente campa encima de la puerta adovelada, pregonaba un ilustre abolengo.

Tostadas del sol de varios siglos, las fachadas de la alquería del Pino muestran, bajo la luz cruda de Levante, las señales, harto visibles, de su vejez.

Aunque no estuvieran los puntales que se colocaron para prolongar su vida, las grietas profundas que serpentean por sus fachadas señalarían el estado preagónico.

Tiene la alquería del Pino un zaguán del más bello efecto, con paredes pulcramente encaladas y un techo de vigas policromadas. En el piso de este zaguán perdura una tradición romana: la colocación de los ladrillos de canto en forma de espiga, el "opus spicati", del que ya nos habla Vitruvio.

Un pocito, con su palomilla forjada por manos lugareñas, muestra su bien labrado brocal de piedra sillar. Cuando desaparezca la alquería, deseo para este lindo pocito un



Alquería del Pino.

asilo en algún jardín particular... Cuando muera la alquería...

Por una parte, ¡cuánto nos alegramos del constante crecimiento de la ciudad! Pero ¡qué pena que, por su culpa, tengan que desaparecer, morir, tantas cosas bellas!

Soy del parecer que muchas de ellas se podrían salvar. ¿Cómo? Esto ya es harina de otro costal.

Mientras, la ciudad crece y la alquería muere.

JUICIOS DE LA PRENSA

De "El Adelanto", de Salamanca. 6-III-935.

Víctor de la Serna, como director, y Eduardo Blanco-Amor, como redactor-jefe, están consiguiendo hacer una gran revista. Van ya por el número 12, y cada semana gana en interés y amenidad. Una revista para gran público, sin perder por ello la prestancia y el empaque literario y gráfico que dos escritores como Víctor de la Serna y Eduardo Blanco-Amor estaban obligados a demostrar en una obra salida de sus manos.

Su último número dedica las páginas centrales a Salamanca. Reproduce dos «fotos» de Pepe Suárez—la ya famosa de D Miguel en la Flecha y una vista de la ciudad—con el canto de Unamuno a Salamanca, y un certero comentario a la significación intelectual del maestro. En una revista de la difusión de CIUDAD—con una nutrida y excelente colaboración, magníficamente presentada y barata, además—, el nombre de Salamanca, de tal manera evocado, puede servir de acicate para que la gente española nos visite.

Y bien generosamente, por cierto, está hecho el reclamo. No por gratitud, sino en justicia, hacemos nosotros el de CIUDAD, magnífica revista que leemos con gusto, con verdadero placer, y que está botada para largas singladuras.



Cuando los salvajes aprenden

Por ARTHUR J. DURNFORD

La desaparición de un joven británico, de nombre Teodoro Powys, ocurrida hace tres años, provocó gran alarma en Nairobi, sobre todo porque su cuerpo fué hallado poco después completamente destrozado, hecho que dió motivo para que se le supusiera víctima del ataque de un león. Iniciadas las correspondientes averiguaciones, una nueva circunstancia prestó al acontecimiento caracteres realmente siniestros: un testigo declaró haberse encontrado en ese tiempo con un grupo de indígenas, a quienes en el primer momento creyó cazadores, y uno de los cuales llevaba una cabeza humana.

Una nueva investigación acaba de demostrar que el citado Powys había sido ultimado y sacrificado en cumplimiento de un rito especial de los guerreros de Samburn. Un hombre había caído en manos de la autoridad, y se seguía la pista de otros cuatro.

Los indígenas australianos han cometido varios actos semejantes en estos últimos años, y tales hechos no son considerados como delitos, de acuerdo con su mentalidad. Alegan a su favor que los pescadores de perlas, especialmente los de origen japonés, no los tratan con las debidas consideraciones, y tres de los individuos acusados de haber dado muerte a aquéllos se trasladaron voluntariamente a Port Darwin para entregarse a los jueces australianos, convencidos de que los magistrados comprenderían la injusticia recibida.

Nueva Guinea es uno de los pocos lugares del mundo donde la raza blanca no ha podido introducirse con entera libertad. Allí, numerosas tribus que forman una población de 100.000 personas, habitan las tierras auríferas del Edie Creek, y, despreocupadas de la marcha del tiempo, viven en un estado de salvajismo primitivo, equivalente a la época neolítica del hemisferio Norte. Utilizan hachas y flechas de piedra, y poseen algunas nociones de agricultura, a juzgar por sus viviendas, rodeadas de vastas y bien cuidadas plantaciones.

Algunos detalles de los pueblos primitivos en contacto con la civilización occidental resultan interesantes y nos muestran el provecho extraído de la nueva cultura que se les ofrece. El eufemismo «dar vuelta a la esquina», utilizado por los británicos para significar su deseo de beber un poco de vino, lo hallamos también en la Costa de Oro con la palabra «Akpeteshi», nombre de una bebida muy fuerte.

La planta utilizada para elaborar esa bebida prueba que el indígena sabe adaptar el material que la civilización pone en sus manos, o sea el jugo de la palma y otras sustancias destiladas en aparatos rudimentarios, consistentes en un par de latas de petróleo unidas por una espiral de tubos de cobre.

Un colono de lejanas tierras de África Oriental experimentó gran sorpresa un día, y no dejó de alarmarse ante el avance de un grupo de indígenas armados; sus temores se desvanecieron cuando el director de la partida le enteró del objeto de su misión: traía el reloj del jefe de la tribu—un despertador común—para ponerlo a hora de acuerdo con la máquina del hombre blanco.

El encuentro con animales salvajes y la lucha contra los elementos naturales constituyen los peligros inevitables de todo viaje por tierras vírgenes, peligros, desde luego, factibles de salvar con escaso trabajo. Cuando algunos leones se acercaron al campamento de Martín Johnson con malas intenciones, la esposa de aquél, que a la sazón preparaba el almuerzo, resolvió la dificultad al arrojar una bolsa de harina en pleno rostro de una de las fieras.

Con motivo de esa misma expedición, varios indígenas enteramente incultos fueron invitados a volar en los «pájaros grandes», como llaman a los aeroplanos, y no mostraron el menor signo de pánico.

Los exploradores han hallado entre los pigmeos un deseo ardiente de aprender. Si los aeroplanos son pájaros—preguntaron aquellos hombres diminutos—, ¿con qué los alimentan?

Otro de ellos observó la imposibilidad de que fueran pájaros, porque no se posan sobre las ramas de los árboles.

Cada día que pasa, las razas primitivas se acercan más a los blancos. Los medios de comunicación, que destruyen las distancias, llevan al hombre negro al mundo de los blancos, cosa que, en cierto modo, le resulta una diversión.



Alquería del Pino. El zaguán.



SIGNOS VALDECILLAS

Las novillas del señor Cura

Por VICTOR DE LA SERNA

Exclusivas "Sagitario"

La profanación de las cenizas de don Ramón Pelayo, primero y último marqués de Valdecilla, ha servido para despertar en el fondo del alma española, adormecida en su sensibilidad por dolores continuos, un fustazo de indignación. El español tiene aún respeto a los muertos. Su sentido dramático y realista de la vida le impide aceptar para su uso el frío concepto luterano de la muerte. Por eso jamás implantará la incineración de los cadáveres ni desposeerá a los cementerios de su carácter sagrado. Y seguirá llamando "campo santo" al trozo de tierra donde ha de guardar los despojos carnales de los suyos.

Quiere el español, para su carne yerta y lívida, el calor vegetal de la tierra, la caricia de las raíces, el ungüento tibio de los óleos resinosos que se nutren del sol y del agua mansa. Reposar en las entrañas de la misma tierra que da pan y aceite y vino; dormir cerca del surco que calienta la simiente, asegura, en cierto modo, la esperanza en la resurrección de la carne. Hay en este reposo un germen de resurrección vegetal.

Pero la bárbara profanación de los restos del prócer montañés ha servido para que plumas y palabras vuelvan a glosar la figura moral de aquel monstruo de generosidad humana, de comprensión y de humanidad que fué don Ramón Pelayo. Yo tuve ocasión de asistir muchas veces al espectáculo grandioso e impresionante de su generosidad desbordada.

Era don Ramón la viva estampa física del hidalgo nervudo, con la tez morena del aire libre y unos ojos aguileños, rasgados y chiquitos, de los que se dice que no lloraron nunca. Era tan corto de palabras como lar-

go de obras. Nunca le oí hablar un cuarto de hora seguido, salvo cuando contaba con su voz despaciosa y opaca los episodios de su niñez escolar. Entonces sí hablaba seguido; y le temblaba la voz cuando me refería cosas de su maestro, un sargento liberal, tuerto y bigotón, que empezaba su clase con una piadosa alusión a la muerte y una optimista y magnífica alusión a la vida. Porque el sargento empezaba así su clase:

—Un "pater noster" por las ánimas benditas.

Y después del "requiescat", se estiraba con gesto marcial su vieja guerrera de veterano y agregaba:

—Y ahora, muchachos, ¡Viva España!

Desde la orilla húmeda y salobre de un arenal, llorando de su ojo de ciclope, una mañana, cuando levaba anclas una fragata valiente con el joven Ramón Pelayo a bordo, rumbo a La Habana, el sargento, con una gran voz, un poco rota, había de gritarle por última vez:

—¡Ramonín! ¡Ramonín! ¡Viva España!

Cuando don Ramón Pelayo, millonario y marqués, preparaba su viaje final a la mar sin playas de la historia, aún contaba esto. ¡Y entonces sí, entonces sí lloraba aquel hombre que era un monstruo de generosidad!

1924. A la verja de "La Cabaña", donde pasaba sus últimos años el Marqués, llamó el cura de Sobremazas, que ocultaba bajo sus manteos un bulto. Era una jaula con unos mirlos silbadores, para regalárselos al viejo amigo. Don Ramón, que tanto daba y tan poco recibía, aceptó con un alborozo infantil el obsequio del sacerdote. Le invitó a comer, y después del almuerzo, du-

rante el cual el buen cura hizo equilibrios para guardar la etiqueta, el Marqués libértó al clérigo de aquella tortura y se lo llevó a pasear por la finca. Dieron en el establo, donde don Ramón cuidaba media docena de preciosos ejemplares vacunos. Había, sobre todo, dos novillas suizas, finas como dos porcelanas, lustrosas y limpias. El cura, aldeano y labrador, que había pasado frente a los ricos muebles, los cuadros y los tapices sin mayor asombro, se quedó embozado ante las dos novillas. Las miró, las acarició y prorrumpió desde el fondo de su alma beata y rústica:

—¡Me valga Dios, qué par de animalucos!

Continuaron su paseo y su charla. De cuando en cuando se hacían esos silencios blandos de las tardes nortenas, y al cura se le escapaba un suspiro obsesionado:

—¡Me valga Dios!

Se despidieron los dos amigos en una linde de la finca cuando ya atardecía. El cura se dirigió a su humilde rectoral de Sobremazas, y el Marqués, a su casa.

Le había quedado al clérigo la obsesión de las novillas. De pronto, tuvo que santiguarse para ahuyentar aquella tentación del "Malo". Por el mismo sendero, a buen paso, un hombre conducía dos novillas exactamente iguales a las del Marqués. El "Malo" no tenía entrañas y se había encarnado en la figura del vaquero de don Ramón Pelayo. Pero he aquí que el "Malo" prorrumpía en esta angélica salutación:

—Avemaría.

El cura volvió a santiguarse:

—Sin pecado... ¿Quién eres tú? ¿De quién son esas novillas?

—Estas novillas son del cura de Sobremazas.

—¡Vade retro, Satanás!

—Sí, señor. Son del cura de Sobremazas. Se las ha regalado el Marqués, y yo voy a llevárselas.

Aquella noche el cura durmió un largo sueño patriarcal, poblado de mugidos dulces, de silbos de mirlo, de rumores campesinos. De aquellos de los que dijo otro marqués, poeta, soldado y amador:

"Mayores dulzores
será a mi la brama
que oír ruseñores."

Cloque colores

última moda.. 14 ptas. metro

Piel mate pinto-

telle 11 -

Crep anny. . . 8,50 -

Crep arabesco. 7,50 -

Picrep mate. . . 5,25 -

Tejidos última novedad

en sedería para alta costura

GRANDES ALMACENES
Eleuterio
FUENCARRAL, 14



El año de la televisión

Desde el 18 de diciembre último, fecha en que se asistió por primera vez a una demostración de la televisión en ondas ultracortas emitidas por la estación Berlín-Witzleben, y en el curso de la cual se presentaron varios films cortos, actualidades deportivas y reportajes cinematográficos sonoros, los especialistas de la televisión han realizado nuevos progresos.

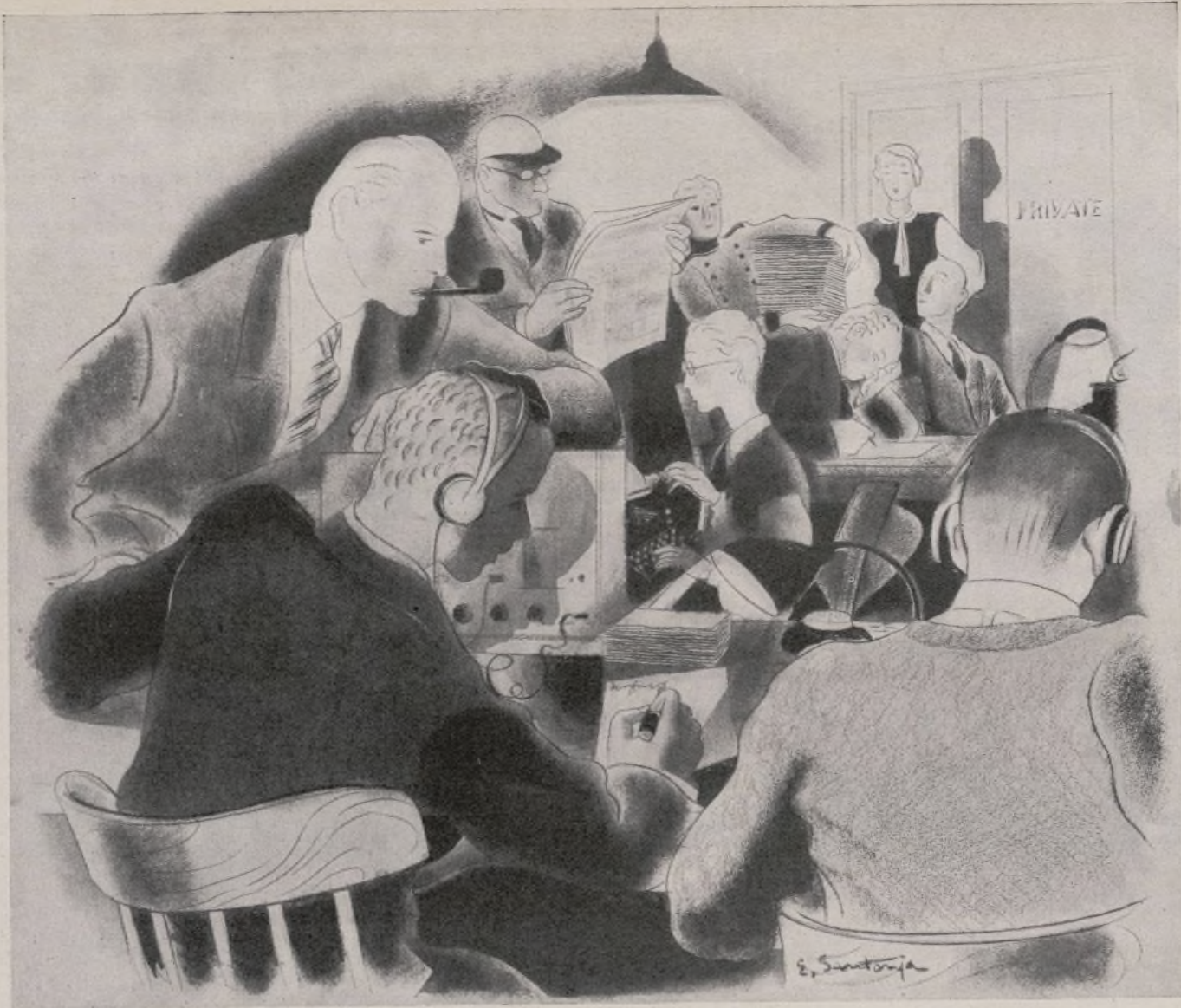
El transmisor de Berlín-Witzleben, cuyo radio es de 40 a 60 kilómetros, no cesará de funcionar, pero se le agregará una estación construida en el monte Brocken que, éste sí, tendrá un alcance de hasta 200 kilómetros, y que será, probablemente, un transmisor móvil.

La construcción de 25 transmisores regionales, como mínimum, está prevista para hacer el servicio de televisión en el territorio de Alemania.

"Sieben Tage", Berlín.



Ayuntamiento de Madrid



LA GRAN NOTICIA

Un episodio muy humano que aconteció en Fleet Street, de Londres, la calle de los grandes rotativos

Por HANNEN ISWAFFER

ILUSTRACION DE SANTONJA

Era su primer día de periodismo.

¿Saldría airoso de la prueba?

El joven mostrábase confiado.

Fleet Street, la calle de los grandes rotativos, siente terror de todos, excepto de los reporteros dedicados a las informaciones criminales, a quienes, por cierto, suele temer la Policía en muchas ocasiones, por entrometidos.

Y resulta un misterio cómo las noticias llegan a los diarios, de dónde proceden y quiénes las traen.

Pero esto no le preocupaba a Williamson. Cosas del oficio. ¿Podría desempeñar su puesto?

Llevaba tres meses desocupado e iba a tener un hijito. Naturalmente, no pudo economizar gran cosa habiendo ganado dos libras y media por semana.

Cierto. El «baby» no tardaría en presentarse. A cualquier hora aparecería en su modesto hogar, según la madre anunciaba. Una mujer extraña, una «nurse», ya se hallaba instalada en la casa.

Durante semanas había gastado las suelas de sus zapatos, caminando de un lado a otro en busca de empleo y, al fin, dió con la oportunidad, precisamente cuando ya no abrigaba mayores esperanzas.

Hubo de someterse a prueba como telefonista de rápida y clara escritura en el diario «El Vocero»: un trabajo nocturno y cuatro libras a la semana. Su esposa no quería saber nada, porque ese empleo significaba quedarse ella sola todas las noches en aquel barrio de Streatham, donde vivían.

—Tendremos un hijo muy pronto—le argumentaba—, muy pronto, acaso esta misma noche, mientras estés trabajando.

Por otra parte, resulta muy difícil el acceso a los edificios de Fleet Street para los solicitantes de empleo. Nunca se penetra por aquellos portales sin ser examinado, interrogado y dificultado antes de pasar adelante. Porteros y encargados inflexibles detienen al desconocido, como si pretendiesen detener las informaciones a las puertas de aquellas mismas oficinas. Y lo sorprendente es que las noticias llegan sin que se sepa a ciencia cierta cómo diablos se las arreglan para vencer tantos obstáculos.

Williamson no sabía de tales obstáculos. Dió su nombre ante la puerta principal. Dijo que pertenecía ya a las oficinas, pero nadie le creyó ni se molestó en leer la carta que mostraba. Nadie le creía. No creían en nada fuera de las puertas de sus escritorios periodísticos, sin duda por experiencias de su propio oficio.

Por fin, nuestro joven se vió subiendo escaleras y pensando:

«¿Podría tomar los teléfonos bastante aprisa? ¿Podrían leer sus notas en la redacción?» Cualquiera puede manuscibir con cierta rapidez, pero la cuestión es poder leer lo escrito después.

El jefe de información fué el primero que se encaró con él:

—¿Puede usted deletrear la palabra Przkemysl?

—Sí—contestó el joven, anhelando que no se le preguntase cómo.

—¿Sabe usted quién es Pilsudski?

—Sí—se apresuró a contestar el joven—: usted se refiere al dictador.

—Está bien—dijo el jefe de información, sin ser bastante brutal para agregar: ¿dictador de dónde?, pues esta pregunta hubiera dejado perplejo a Williamson.

—Usted tendrá que ser muy rápido, ¿eh? Varsovia está registrado con 7s 9d. Bueno, no espere usted entretenerse en deletrear nombres y aprender lecciones de largas distancias telefónicas. Y que Dios le ayude si pierde usted nombres de personas o pueblos y confunde la información. Cuando se han de tomar al oído tales nombres y pueblos desde más de mil kilómetros de distancia, todos suenan lo mismo.

El joven tenía algunas experiencias de cortas y largas distancias por teléfono, pues había trabajado como receptor alámbrico en un conocido hotel; pero ahora se trataba de proceder con rapidez y claridad extraordinarias, y experimentó diversas sorpresas pegado al aparato.

—Roma habla—sonó en el receptor, apenas el joven se hizo cargo de él.

—Manténgase vivo—le aconsejó un compañero—; el corresponsal de Roma es muy exigente y transmite rápido.

«¡Cielos, qué trabajo para un novicio en tomar noticias!» Williamson sudaba tinta, con los tímpanos en tensión y el lápiz bien aguzado entre sus nerviosos dedos.

Desde luego, pudo deletrear bien «Mussolini», y algo escuchó acerca de una nueva guerra.

Estambul enviaba la noticia de un asalto de tropas turcas en alguna parte, y se escuchaba muy confusamente.

—No se preocupe por eso—le confortó alguien—. La Agencia Reuter ampliará la noticia.

Luego se le acercó el secretario de redacción, que le iba arrebatando de las manos las notas escritas.

—Siga, siga; no se duerma—se le gritaba.

Todos los corresponsales en Europa parecían que entablaban competencia por comunicarse al mismo tiempo. París llamaba cada media hora; Berlín, Viena, Madrid, Melilla, Leningrado, Lisboa (una nueva revolución), Monte Carlo (un príncipe arruinado en la ruleta), Oslo, Las Palmas, Belgrado, Budapest...

En torno a Williamson todos trabajaban febrilmente o, al menos, daban esa impresión.

—Esa es la habilidad de todos—comentó un telefonista lo-

cal cerca de su asiento—. Cuanto más ansiosas son las miradas, más despacio trabajan.

Horas y horas se mantuvo en su puesto Williamson, recibiendo informaciones de todas partes del mundo. Escribía las notas con rapidez, y una dactilógrafa se las iba arrebatando para pasarlas en limpio..., cuando no se impacientaba el secretario de redacción y las agarraba para echarles un vistazo, a la búsqueda de nuevas sensacionales. El joven se preguntaba cómo podrían lograrse tantas noticias.

—¡Por todos los santos! No ha pasado usted una noticia de importancia en toda la noche—rezongó el jefe de información con gesto avinagrado, como si Williamson tuviese la culpa—. Hasta ahora, puro relleno el que nos envían los tipos. Necesitamos algo aplastante, de cualquier clase que sea.

El joven nunca había escuchado tal lenguaje. De pronto, sus ojos se agrandaron con expresión de sorpresa. De Sicilia comunicaban los detalles de un fuerte terremoto con muertos y heridos.

—Diez personas aplastadas—murmuró para sí—. ¡Santo Dios!

Pero diez víctimas mortales eran muy poca cosa para el voraz apetito informativo de «El Vocero».

Luego, el joven recordó: ¿nadie le llamaría de Streatham, su barrio? Esperaba y temía a la vez recibir en cualquier instante una noticia. Pero no tuvo tiempo para pensar en sus cosas, en su familia, en su mujercita, pronta a ser madre. Nuevas informaciones había que anotar. En Bulgaria fallecían de hambre campesinos y desocupados. Bucarest transmitía.

—Londres no gusta de leer esas miserias lejanas—fué todo el comentario del siempre malhumorado y nervioso jefe de información—. ¿No puede recibir otras noticias mejores?—agregó, encarándose con el joven. ¿Es que en parte alguna ocurre algo realmente publicable?

Pocos minutos después el joven observó, con zozobra, que el director nocturno se le acercaba. Una sola vez le había visto, cuando le entregara la carta de recomendación; pero el periodista ni se acordaba ya de él.

—¿Quién es usted?—le soltó, contemplándole con fijeza.

—El nuevo telefonista de largas distancias... Williamson, señor.

—Me gusta que todo el mundo me conozca en la casa—expresó el tipo—. Si recibe al fin algo de importancia, avise rápido. Hasta pipiolo como usted pueden escuchar alguna vez algo importante. Hasta por el teléfono de su casa es posible que usted logre transmitirnos cualquier sensación de momento. Un periodista deberá serlo hasta mientras duerma.

—Roma otra vez—anunció el aparato.

Williamson aguzó los oídos para recibir las últimas noticias acerca del muy verdadero Mussolini y de la muy dudosa guerra mundial a plazo fijo.

Y así transcurrían las horas de aquella noche. Mecánicamente le iban arrebatando los apuntes, que se llevaban, mecanografiados o no, a cierto departamento que se perdía en una revuelta ante su vista.

—¿Por qué no recibiré noticias de casa?—se preguntó, preocupado, en unos instantes de relativo descanso.

Bueno; una cosa cierta le consolaba: servía para el empleo; podía percibir claramente lo que transmitía Roma y hasta Leningrado; los apuntes los tomaba aprisa y resultaban legibles, y descubrió que los corresponsales extranjeros le deletreaban los nombres difíciles y se los repetían. No era, pues, tan difícil como había pensado sostenerse en el empleo.

—Además—le dijo la voz simpática de un compañero que trabajaba cerca de él—, si los corresponsales se equivocan con los nombres, los lectores del diario, también.

Recordaba con qué indiferencia, con qué ojos cargados de pereza solía desplegar los diarios de la mañana durante muchos años, buscando con toda calma alguna noticia que pudiera interesarle o distraerle; y ahora..., ahora formaba parte del complicado y febril engranaje de uno de esos diarios, y sabía ya cómo llegaban las noticias.

A intervalos le asaltaba el recuerdo de su querida esposa. ¿Cómo se hallaría? ¿Acaso ya...?

Pero de nuevo le reclamaba el receptor. Más noticias, nuevas informaciones procedentes de todos los rincones de Europa.

Alguien solía gritarle:

—¡Vivo! ¡No se amodorre!

La primera edición, oliendo a tinta fresca, llegó a manos del jefe de información.

—¡Santos cielos, qué diario!—rezongó el hombre, sacudiendo las páginas entre sus manos—. No ha tenido usted suerte para darnos una verdadera noticia—agregó, encarándose con el joven—. La información de la columna cuarta es una sonsera. ¿Es que será usted «incapaz» de recibir algo interesante?

¡Noticias, noticias! Todo el mundo bullente mostrábase ávido por recibirlas, y nunca aparecían satisfechos de las que iban llegando.

—Tenemos que tener algo aplastante..., lo que sea—exclamó el hombre—. ¿No puede obtener algo romántico, conmovedor..., alguna historia acerca de un «baby» que haga derramar lagrimones a las lectoras esta mañana, oprimiéndoles el corazón?

Todavía llegaron más noticias. Cuando Williamson pudo ver la segunda edición, observó que la primera página era diferente de la primera.

—¡Por todos los diablos!—volvió a rezongar el jefe de información—, esta página me parece peor que la anterior.

Y el hombre se olvidaba de que él mismo indicara su formación en todos los detalles gráficos e informativos.

—¡Valiente sonajero impreso!—murmuró, rabioso—. ¿Una feñez esta edición! ¿No se le estarán escapando algunas buenas informaciones?

Los reporteros iban llegando apresurados para mecano-

El ahorrar representa un insulto a las riquezas existentes

Por ISAIAS TABOAS
ESPECIAL PARA "CIUDAD"

Es plausible el empeño del Gobierno por solucionar el paro. Plausible también la conducta de todos los periódicos, al dedicar a él preferente atención. Nada, en verdad, tan apremiante: lo único apremiante que tiene hoy la humanidad.

Políticos y economistas, ¿solucionarán el paro? No. Menos que no: de todo punto imposible que lo solucionen. ¿Por qué? ¿No tiene solución? Sí. Tiene solución. Solución inmediata. Basta con que el Gobierno lo quiera. El Gobierno español u otro Gobierno extranjero. El problema, desgraciadamente, se halla en el mismo estado en todas las naciones. Basta con quererlo..., entendiéndolo. Y es el caso que no entienden, o que no quieren entenderlo.

Vamos a cuentas. Analicemos las soluciones que se proponen.

Las manifestaciones de gobernantes y economistas pueden condensarse así: «Hay que ahorrar. No tenemos dinero. Debemos someternos a privaciones, desprendernos de algo, suprimir funcionarios, etc.»

¡¡Ahorrar!! ¿Qué cosa?

¿Aceite? Nos sobra aceite. Se están produciendo en el artículo bajas alarmantes. Tenemos que llevarlo al extranjero.

¿Naranjas? Es el mismo caso del aceite, pero más grave. Por más que se busque, no será posible encontrar colocación para las que nos sobran. Necesariamente, se pudrirán muchas.

¿Conservas de pescados? ¿Conservas vegetales? ¿Vinos? ¿Trigos? ¿Carnes? Pasa exactamente lo mismo. Nos sobra para consumir y hasta para derrochar de todo.

¿Ahorraremos dinero? Nunca hubo tanto en el mundo. Nunca hubo tanto en España. No hay donde colocarlo. Le pasa lo que al trigo, a las naranjas y a los demás artículos: se deprecia. Acaba de sufrir una fuerte baja en el interés, o sea en su valor. Si las naranjas y otros artículos se pudren, mucho dinero está oculto, falto de estímulos y de ho-

CAMISERIA

"Samaral"
NOVEDADES

C. Peñalver, 16
MADRID



rizantes, sin vivir ni dar vida, sin cumplir su misión: muerte, pudriéndose también.

Pero hay gran diferencia entre los artículos alimenticios y el dinero.

En los artículos alimenticios cabe, en hipótesis (la naturaleza nunca se agota) que en algún momento, en pleno derroche, pudieran escasear. En el dinero no cabe eso ni en hipótesis. Por mucho que lo derrochara y despilfarrara un Gobierno, por mucho que lo derrocharan y despilfarraran todos los particulares, no sólo jamás se acabaría, sino que ni aun disminuiría. Siempre es uno y el mismo. No se deteriora, ni se evapora, ni se cansa. A ningún Gobierno debiera estarle permitido el decir que carece de dinero.

Entendámoslo bien. El dinero es una creación caprichosa del hombre, pero hoy consubstancial con él. Toda la vida de la humanidad, en el dinero se basa. La encarnación del dinero la representan los Estados, únicos que se reservan para sí la facultad de hacerlo. Resulta un artefacto indispensable para regular, pesar o medir los diversos servicios y riquezas. Mientras existan riquezas materiales, como de hecho existen, y mientras existan seres humanos aptos para la prestación de cuantos servicios necesitamos, como de hecho existen también, ¿no es ridículo que un Estado tenga inmovilizadas las riquezas de una nación, diciendo que no tiene dinero? El dinero, o sea la escritura o el resguardo de las riquezas, es el Estado mismo. La impresión que nos causan todas las naciones del mundo cuando dicen que no tienen dinero es la misma que nos causaría una cinta métrica diciendo que carece de un instrumento para hacer mediciones.

¿Privarse y sacrificarse! ¿Por qué? ¿Es que no llegan los

zapatos, el azúcar, las naranjas, etc., y es necesario que alguien deje de ponerse zapatos y de tomar azúcar y naranjas para que los que carecen de esos artículos puedan tenerlos? No. Sobra todo para todos.

¿Dar algo? El que dé una cantidad se priva del resguardo con el cual podría comprar mercancías. El que reciba la cantidad podrá comprar esa mercancía. Pero siempre será una sola mercancía, cuando harían falta dos. ¿Por qué uno y otro no han de comprar cuantas mercancías necesiten? ¿No sobra de todo?

¿Suprimir funcionarios! Pero, ¿es que esa burocracia que no trabaja (admitámoslo así) es indispensable que trabaje, que coloque ladrillos o plante patatas, porque los que colocan ladrillos y plantan patatas no dan a basto, son pocos y no hay donde encontrar más obreros para esos menesteres? No. Todo lo contrario. Sobran hombres y hombres para cuanto pudiera ocurrirnos. Eso precisamente es la crisis.

No sigamos. Hemos hecho unas cuantas reflexiones. Son las naturales, las del problema, las que están sobre el tablero. No son las que hacen los políticos ni los economistas del mundo entero. Luego, no podrán resolver la crisis. No la entienden, repetimos.

¿Deben avergonzarse de ello los gobernantes y economistas españoles? No. Los extranjeros tampoco. No son culpables. La única culpable es la llamada sarcásticamente «ciencia» de la Economía Política, en la que se inspiran todos. Y la tal «ciencia» es un amasijo de fórmulas absurdas. Nos lleva a la situación actual: la humanidad se muere de hambre en plena hartura. Confiesa desenfadamente, al hablar de crisis cíclicas, que muchas otras veces cometió igual delito. ¿No procede que cuanto antes quememos todos los libros que tratan de la materia?

Sí. Quememos esos libritos. Que desaparezca la Economía Política. Fundemos otra ciencia que la substituya: plutología, opulencia de todos. No plutocracia, opulencia de castas. Sabremos después que la crisis actual se convertirá en una era de riqueza insospechada, lanzando a la circulación dinero a montones, como único medio de usar las inmensas riquezas que existen sobre la tierra. Todos los Gobiernos pueden hacerlo. Todas las naciones son ricas.

Fundemos plutología, repetimos. Mientras tanto, y como primera partida de la nueva ciencia, sentemos que el ahorrar representa un insulto a las riquezas existentes.



La señorita Mercedes Pedroso, ganadora del primer premio.

Donde existe la afición hípica que se aprecia en la juventud madrileña, no se necesita más que una sociedad que sepa encauzarla, recogiendo y dirigiendo en forma que no se malogre en esfuerzos estériles y que sepa estimularla y engrandecerla.

El Club Hípico Madrileño ha venido, con su juventud y entusiasmo, a sacar a la Sociedad Hípica Española de su letargo, haciéndola comprender que no es bastante un concurso anual, sino que la juventud deportiva aspira a muchas y variadas fiestas hípias que colmen sus aficiones y entusiasmos.

Afortunadamente, la Sociedad Hípica ha sabido recoger este resurgir del deporte hípico, y prueba de ello ha sido el gran "Rally-Paper" celebrado el 14 del corriente, en el que con gran acierto dió intervención y solicitó la colaboración del Club Hípico, Club del Campo, Club de Puerta de Hierro y Tronky Club, con lo que reunió y asoció a su fiesta a todas las fracciones hípias de

HIPISMO

LA AFICION HIPICA MADRILEÑA

"RALLY-PAPER"

Por "EL PAJARO"

estas sociedades, que respondieron con verdadero espíritu deportivo y con un entusiasmo digno de todos los elogios, haciendo que las iniciativas de la Sociedad Hípica Española cristalizaran en un éxito hípico y social, pues los terrenos y locales del Club del Campo se vieron invadidos por lo más selecto de nuestra sociedad juvenil y deportiva.

El Rally" consistía en un recorrido por grupos de dos amazonas y cuatro jinetes, inscritos cada seis como representantes de uno de los clubs concurrentes a la fiesta. El recorrido era todo él a través de terreno variado, teniendo que salvarse algunos obstáculos.

El grupo ganador del primer premio representaba a la Sociedad Hípica Española, y los formaban las señoritas Margarita y Mercedes Pedroso, y los señores Llorens, Del Hierro, Betancourt y R. Acosta, que hicieron el recorrido en diez minutos y once segundos, sin ninguna falta.

El segundo premio lo obtuvo el equipo compuesto por las señoritas Matilde Hernández y Josefina Pellón, y los señores Queralt, Vidal, Noriega y Xifra, que hicieron también sin falta el recorrido en once minutos y veinti-



El equipo ganador del "Rally-Paper".

cinco segundos, representando, igualmente que el anterior, a la Sociedad Hípica Española.

El equipo ganador del tercer premio representaba al Club Hípico Madrileño, y lo formaban las señoritas Concha Iraredra y Anita Cavada, y los señores Elizalde, Iglesia, Maisterra y Mac-Crohon, que hicieron el recorrido en once minutos y cuarenta y cuatro segundos, sin ninguna falta.

Prueba de la pujanza que tiene el deporte, y que es necesario estimular, es que en la prueba se inscribieron 14 grupos, que a seis jinetes, reunían 84, con un total de 28 amazonas, número este último que constituye un record en nuestro deporte hípico femenino.

Toda clase de elogios merecen las sociedades que han contribuido y organizado tan brillante fiesta hípica, y muy especialmente el Club Hípico Madrileño, representativo de actividad y juventud del deporte de que tan necesitados estábamos.

LA GRAN NOTICIA

(Conclusión)

grafiar sus informaciones. Un tipo, ya maduro, fué saludado con exclamaciones:

—¿Qué diablos nos trae de nuevo?

—Es el cronista de espectáculos—murmuró el telefonista local a Williamson.

—Nadie demuestra interés por las cosas de arte—murmuró con amargo escepticismo el escritor, mientras se acomodaba frente a una máquina.

—¿Y está listo eso?—alguien le gritó sin muchos miramientos, cuando el hombre apenas había escrito media página.

—Siempre le tratan así—murmuró la misma voz del compañero a Williamson—. En los teatros es un hombre muy importante. Todos le halagan. Al menos, así piensan los lectores; pero si oyeran lo que se le dice en la redacción...

Streatham, su barrio, su departamento, su mujercita. Williamson pensó con melancolía en el trance familiar, y dando vueltas a sus recuerdos acabó por dramatizar la situación, el peligro que correría ella...

Cerca de las dos de la madrugada. Más noticias todavía. Noticias que parecían más fermentadas. ¿Una revolución en Chile? ¿Un pavoroso naufragio en las costas de Escocia? Sí, sí; algo por el estilo. Luego, un descarrilamiento con centenares de víctimas, pero ocurrido en China. ¿A quién le importa China, después de todo?

El jefe de información se encogió de hombros, indiferente. Las dos de la madrugada. Williamson recibió la orden de poder retirarse.

—Se ha portado usted lo más bien esta noche—le animó el telefonista local que se sentaba a su lado.

Con una nueva esperanza latándole en el corazón, el joven se dirigió hacia su domicilio. Bajó hasta el embarcadero

ro y allí pescó el último tranvía, y no tardó en apearse cerca de la puerta de su casa.

Su esposa, probablemente, se hallaba ansiosa por verle, por preguntarle cómo le había ido en su nuevo empleo.

Abrió la puerta y penetró en el vestíbulo. Oyó unos pasos que se acercaban y como un débil gemido. Enseguida apareció ante su vista, en la puerta del fondo, la «nurse» con un bultito entre los brazos.

—¿Es un niño!—exclamó, anunciadora.

El corazón de Williamson, semejante a una campana pasacual, repicó a gloria.

—¡Gracias, gracias a Dios!—exclamó exultante.

Y corriendo hacia el aparato telefónico llamó a la redacción, preguntando por el jefe de información.

—Acabo de recibir una gran noticia—le anunció cuando le comunicaron con él—. Es la más grande noticia del mundo: ¡mi esposa ha tenido un niño!

¿MADRID BAJO LOS GASES MORTIFEROS?

Por J. VALDES MARTEL

ESPECIAL PARA «CIUDAD»



No es un secreto ya para nadie que en la primera guerra las naciones emplearán especialmente la ofensiva aérea y que este medio de ataque se dirigirá ante todo sobre las grandes urbes del país vecino. Por eso hoy día, en la Europa central y occidental, el público adquiere en los comercios una careta contra gases del mismo modo que cualquier otro artículo de uso y vestido. Y a la población civil se la somete a pruebas de protección contra los gases.

Para defender París de los ataques aéreos se va a construir una torre de gran altura, con plataformas para el despegue y aterrizaje de los aviones de caza, cuya misión es derribar a los aeroplanos enemigos. Además, en las casas de la ciudad se han preparado los sótanos en que deberán guarecerse los vecinos cuando se dé la señal de que la aviación enemiga se aproxima, y es ya corriente, antes de alquilar un piso, dar un vistazo al sótano para convencerse de que reúne buenas condiciones.

No será extraño que en la próxima guerra haya menos peligros en las trincheras y campamentos de primera línea, y aun en plena batalla, que en las grandes ciudades, puesto que éstas serán elegidas por la aviación para desmoralizar al enemigo y privarle de sus depósitos agrícolas e industriales.

Además de las bases aéreas terrestres, las grandes naciones disponen de buques portaaviones, que se aproximarán a las costas del país que deban bombardear, de tal modo, que ningún territorio puede considerarse a salvo en razón de la distancia que le separe de los demás. Los modernos aviones de bombardeo desarrollan una velocidad superior a 300 kilómetros por hora y pueden llevar una carga de 1.000 kilogramos a 1.000 kilómetros de distancia, y regresar a su base. Por eso Madrid, en caso de una nueva guerra europea, está expuesto al ataque aéreo, y mucho más Barcelona, Baleares y Canarias. Hay que prepararse para esa contingencia, y para ello, aparte de la propia aviación y de la artillería y ametralladoras antiaéreas, la sanidad civil debe disponer de médicos especializados en el tratamiento de los efectos de las diversas clases de gases y de los medicamentos correspondientes en grandísima cantidad, así



como de caretas protectoras, llegando a una por cada habitante de las ciudades más expuestas al ataque aéreo. Además, se deben disponer los refugios domiciliarios y los colectivos, entre los cuales las galerías del ferrocarril metropolitano desempeñan un importantísimo papel.

Hay que prevenir también cuáles serán las señales acústicas para caso de ataque y lo que cada ciudadano deberá hacer cuando sean dadas, así como disciplinar a la población civil para que no encienda luces hasta que se perciba la contraseña de que el peligro ha pasado. Como de todos modos es inevitable que haya algunos afectados por los gases, se hacen precisas ambulancias y equipos sanitarios en automóviles para socorrerlos y trasladarlos a los hospitales. Con todo esto y la acción de la aviación propia y de las armas antiaéreas puede una ciudad considerarse racionalmente protegida. Sin ello se vivirá confiados a la suerte, a la Providencia y demás fuerzas impalpables, que suelen a veces jugarlos muy malas pasadas.

Madrid está situado entre tres aeródromos muy próximos al centro de la ciudad: Cuatro Vientos, Getafe y Barajas. Tiene otro cinturón más extenso formado por Guadalajara, Albacete y otros aeródromos en las provincias de Ciudad Real y Toledo. Más al Norte, León, Burgos, Logroño, Zaragoza y Lérida forman una buena línea defensiva, y en Andalucía, Sevilla, Córdoba y Granada representan el mismo papel respecto a un ataque procedente del Sur. Por su situación geográfica, así como por su altitud y cordilleras, que por Norte, Este y Sur le encierran, es Madrid una de las poblaciones mejor dotadas naturalmente contra los ataques aéreos. No así por el Oeste, que hasta el Atlántico no hay grandes alturas que obstaculicen naturalmente el paso.

No debemos vivir en alarma, pero sí prevenidos. Precisamente lo más peligroso del ataque aéreo es que será fulminante, coincidiendo con la declaración de guerra, puesto que bastarán unas horas para recibir la visita de los aviones enemigos. La aviación ha revolucionado los planes estratégicos de tal modo, que ningún país europeo podrá quedar al margen de un nuevo conflicto bélico. Europa entera será beligerante el día que la guerra estalle, pues los primeros que guerreen harán salir a los demás de su posible actitud de neutralidad, imponiéndoles la colaboración y atacándoles si se niegan.

Por esto debemos prepararnos a no hacer el papel de mosquitos cuando se les combate con Flit.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A

“CIUDAD”

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de “Ciudad”
Palacio de la Prensa
MADRID

D. _____
domiciliado en _____ (localidad)
calle de _____ número _____
provincia de _____

Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y
adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CETNI-
MOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual
en _____
(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

Ayuntamiento de Madrid

MOTIVOS DE LA CIUDAD

MAESE POR BUSCON

Preludio lamentoso

MAESE Buscón pide un poco de generosidad al lector de los presentes "Motivos", a fin de que disimule su aspereza y su mal humor. Maese Buscón no sabe qué óxido ceniciento y cuaresmal invade su pluma desde hace unos días; pero el caso es que no sería capaz de reírse ni aunque viese al señor ministro de Obras públicas vestido de imitador de tonadilleras. Y es que Maese Buscón se ha encariñado con Madrid y le da grandísima congoja el ver que este pueblo, que nació para ser simpático y agradablemente habitable, se está convirtiendo en una de las ciudades más intransitables de Europa por la desidia y la falta de interés solidario de todos. ¿En qué gran población del mundo no es castigada la ebriedad como una infracción cualquiera? Pues por Madrid desfilan los borrachos por delante de los guardias como si fäl cosa. ¿Dónde se consiente que las calles más principales estén acaparadas, desde las primeras horas de la noche, por esas pobres grullas trashumantes que nos tiran de la americana? Pues en Madrid los representantes de la autoridad sostienen con ellas animados paliques. ¡Y esos zocos de vendedores ambulantes que se instalan en cualquier esquina—generalmente en donde más estorban—para obligarnos a meter el pie en su tendal de cordones o suicidarnos, arrojándonos debajo de los vehículos! ¡Y esos mendigos, señor alcalde, esos mendigos! ¡Y esas nubes de limpiabotas! El pasado domingo, en la terraza del "Laberintium", ese lujoso café de la calle de Alcalá, Maese Buscón hizo la siguiente estadística de los estorbos que tuvo que espantarse: once limpiabotas, nueve ciegos y medio (este medio era un tuerto), seis tullidos, cuatro "violinistas", un ocarinista, diecisiete vendedores de lotería, cuatro corbateros, tres estilografíeros, cuatro floristas y dos sinvergüenzas que hacían de "vergonzantes". Total, sesenta y uno, o sesenta y uno y medio, para ser más exactos. Y esto, en un par de horas.

YO no sé lo que estos problemas presentarán de insolubles; pero no me cuesta mucho trabajo suponer lo que tienen de estudiabiles, de encarables y atendibles. ¿Se hace esto siquiera? Pues preparémonos a lo que nos espera, que es aforismo de autoridad que vayan a peor defectos que no se corrigen a tiempo.

Esos tranvías...

HE aquí que Maese Buscón venía pensando, en silencio, que no le sería posible "meterse" con la Compañía de Tranvías de Madrid, por considerar que esa empresa, como otras de España—la Tabacalera, la Papelera y las ferroviarias, por ejemplo—eran otros tantos "tabús" periodísticos a los que nadie osaba acercarse con afilada pluma. Al menos el silencio habitual de los periódicos ante los desaguisados de esos pulpos dejaba entreverlo así. Es posible que hayan callado por habituación o por cansancio. Pero como nosotros somos nuevos, practicamos todavía el noble deporte profesional de la predicación en desierto. Y vamos a echar un cuarto a sermones perdidos. Me anima a la faena el hecho de que, a una semana del rapapeles con que De la Serna obsequió en estas planas a los empresarios de los tranvías, sigue viviendo como si tal cosa, sin que ningún cefalópodo financiero le haya estrangulado. No son, pues, intangibles; y comprobada esta verdad, uno puede muy bien sentirse San Jorge de la estilográfica e intentar unos cuantos pinchazos, que

serán todos en el mismísimo hueso. Pero no importa. Ello no me excluye de la obligación de decir que es ruborizante ese tránsito de carrindangas del tiempo de las calesas por las calles más céntricas de la ciudad. El servicio es malo, anticuado y feo; pero, en cambio, es inservible y sucio. ¿En qué ciudad que no sea en alguna colonia inglesa se tolerarían esos féretros amarillos de asientos "vis à vis", donde uno tiene que sentarse a la turca para que no le aplasten los pies, y en los que hay que ir de espaldas a la calle, como si de pronto uno se hubiese puesto neurasténico y decidiese enfadarse con toda la humanidad?

Y qué decir de su desaseo? Yo quiero contar aquí una historia, en la seguridad que me llamarán imaginativo, que es una manera fina de llamarle a uno embustero. Y, sin embargo, ¡ay!, cuán cierta es...



Le aconteció a un amigo mío que es notario, y que no me dejará mentir, como es natural. Suele viajar en la línea del 41, se llama D. Pejerto y tiene un lunar de pelos en la mejilla derecha que, si bien un poco canoso, le presta su aquel de hombre veraz y sirve para identificarle fácilmente. Pues mi amigo asegura que un día se le cayeron en el vehículo unos granos de alpiste que llevaba para sus canarios, y que a las tres fechas justas había debajo del asiento una imitación tan perfecta de una pradera en miniatura, que era una verdadera monada. ¡Si llega a llevar semillas de eucalipto! Yo, por mi parte, he visto en los tranvías montones de barro que permanecían allí a través de dos meses de sequía. Y en otros, insectos de esos que hacen incómoda la vida de las pensiones durante las bellas noches del estío. Y en otros, una colección tan

bella de salivazos, que hubieran hecho la felicidad de un bacteriólogo. Y en todos, cáscaras de frutas de la cosecha anterior, colillas y resto de viandas provenientes de los excursionistas veraniegos del año pasado. Lo que no he visto por ninguna parte es la tabla de horarios, ni las planillas donde debe constar la fecha de la última desinfección, ni el reglamento donde consten los derechos del viajero, ni la buena crianza del personal, requisitos que la autoridad hace cumplir meticulosamente a las Compañías en aquellos países donde la autoridad existe y donde los ciudadanos no son considerados fardos de trapos viejos, y donde estas empresas son verdaderamente de servicios públicos y no máquinas engullidoras de dinero que tienen el público para su servicio.

EN cambio, en todos los rincones, jambas y dinteles de los coches hay estampados profusos "se prohíbe", y sobre la puerta de acceso hay una especie de código con más artículos que el civil, donde se le informa al viajero de todos sus deberes y de ninguno de sus derechos. Pero seamos justos: en una sola cosa aventajan nuestros tranvías a los otros de los países civilizados: en ser los más caros del mundo. Algo es algo.

El "cach as cach can" ese

NO sabemos, ni nos importa, en qué clase de manos selváticas ha caído la iniciativa de los espectáculos de determinado circo ni a qué canibalismos de empresa responde su orientación. El circo, espectáculo de fina prosapia romántica, con sus amazonas, payasos, trapeartistas y fieras bien educadas, se convierte, en este ruedo urbano de tan evocadora tradición para muchas generaciones de niños madrileños, muy frecuentemente en un escenario de la crueldad más bestial y de la explotación más repugnante. Primero fué aquel lamentable "concurso" de baile, en el que unos cuantos infelices daban vueltas días y días bajo la mirada de un extranjero bruto, con pinta y alma de domador. Espectáculo de mal gusto, a cuya clausura hemos contribuido desde estas páginas. Ahora es el "cach as cach can", especie de "deporte" que suele causar el regocijo de las gentes de más baja extracción social en otros países con sus puntapiés en el vientre, sus cabezazos, llaves y zancadillas.

CLARO está que no es tan fiero el león como lo pintan, y muy buena parte de los rugidos, colapsos y zapatetas de esos infrahombres que se prestan a tan burda explotación están perfectamente dictados con vistas a un sensacionalismo de taquilla. De todas formas, sería muy de desear que esas exhibiciones, hijas de la barbarie y de la frescura, en codicioso maridaje para intervenir el bolsillo de los ingenuos, fuesen prohibidas como indignas de una ciudad culta. De un tiempo a esta parte, España está siendo el campo experimental de las correrías de unos cuantos aventureros internacionales, que vienen aquí a meter gato por liebre y a traernos "novedades" ya liquidadas en todas partes. Es necesario que las autoridades se preocupen un poco más seriamente de esta lenta invasión de desaprensivos, que vienen aquí, no sólo a llevarse las pesetas, sino a infiltrar hábitos de barbarie, nacidos en países donde se nos llama africanos y salvajes porque tenemos las corridas de toros.

FOTOS GOYA

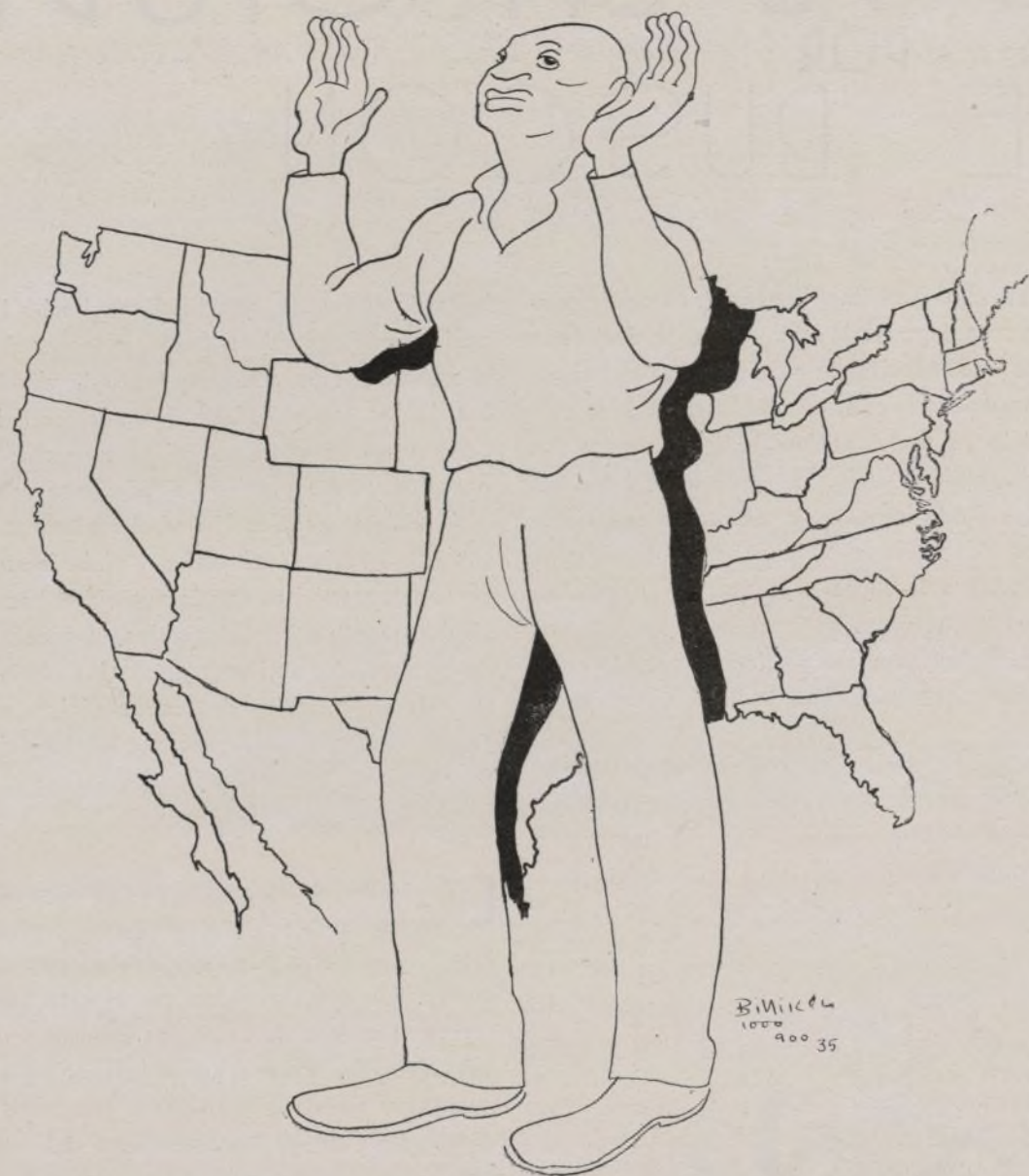
DE

ANGEL ARACIL

Trasladó su Estudio
de Caballero de Gracia
a PELIGROS, 14

Ayuntamiento de Madrid

LA SOMBRA NEGRA DE LOS ESTADOS UNIDOS



CIUDAD comienza hoy la publicación de una serie de grandes reportajes que, bajo el título genérico de «Tragedias del mundo», se ocuparán del dolor humano bajo el cielo de cinco continentes. En relación al contrato celebrado con la Free News Agency, poseemos los derechos de exclusividad para España de sensacionales reportajes escritos por los mejores periodistas del mundo. En nuestro afán de superación y de poder ofrecer a nuestros lectores el más selecto material gráfico y literario, hemos realizado este esfuerzo periodístico, que esperamos obtenga la mejor acogida por parte de nuestro público. El primero de los reportajes, que publicamos hoy, es de una actualidad palpitante. Ha coincidido la llegada a nuestra Redacción del material mencionado con la noticia publicada por todos los periódicos de los disturbios de negros ocurridos en el barrio de Harlem, en Nueva York. Aprovechando el interés de los telegramas publicados, hemos adelantado el orden de los reportajes para iniciarlos con «La Sombra Negra de los Estados Unidos», relato vigoroso de un periodista norteamericano, no hace mucho huésped de Madrid, en el cual se pintan las injusticias que las gentes de color sufren en Norteamérica. Para guía del lector, reproducimos a continuación la noticia antes mencionada, que bien puede servir de prólogo al primero de nuestros reportajes sobre las «Tragedias del mundo».

Un hurto de caramelos da lugar a un motín de negros

Nueva York 20 (10 m.).—En el barrio negro de Harlem, al norte de la ciudad, se registraron anoche graves disturbios, en los que tomaron parte 4.000 negros.

El origen del motín fué el haber circulado la noticia de que un muchacho negro que había sido sorprendido cuando hurtaba unos caramelos había sido linchado.

Los negros del barrio se amotinaron, rompieron las lunas de más de 200 tiendas, saquearon algunas e hicieron frente con pistolas y piedras a la Policía, que acudió a restablecer el orden.

Los disturbios en el barrio han durado hasta esta mañana.

Han resultado un negro muerto, seis policías heridos y un centenar de negros heridos de bala. Los detenidos son más de un centenar.

La Policía dice que los propagadores de la noticia del falso linchamiento fueron los miembros de la organización comunista «Jóvenes Libertadores». Lo cierto es que el muchacho negro autor del hurto fué amonestado por las autoridades y puesto en libertad.

Se han recogido carteles comunistas con acusaciones contra los blancos, y numerosos agitadores excitaron a la muchedumbre para que se entregara a los mayores excesos. (United Press.)

Norte contra Sur.—Abraham Lincoln.

En el siglo pasado nuestra nación experimentó una cruenta guerra. Vimos a nuestros abuelos dividirse en dos bandos: Norte contra Sur.

Los del Norte pertenecían a los Estados más adelantados; en mayor contacto con el Viejo Mundo, tanto en lo mercantil como en lo artístico, su crecimiento se operaba con la última novedad que traían los barcos desde Europa. Por el contrario, en el Sur la vida era intensamente rural; la gente carecía del ritmo ciudadano de sus compatriotas de más arriba y seguían viviendo antiguas tradiciones, muchas de ellas heredadas de los antiguos dueños, franceses y españoles.

Los Estados del Sur poseían un régimen de vida feudal: grandes terratenientes, grandes familias, grandes miserias en torno al poder de ellos. Y esa miseria se elevaba de los antihigiénicos y mal construidos caseríos de gentes de color, que vivían como esclavos, pegados a la tierra, sin derecho a la vida, siempre bajo la amenaza del látigo o la horca. No eran seres humanos; sus vidas estaban desprovistas de todo

valor y eran tratados con menos consideración que los mastines de caza de los señores feudales.



Una escena de «El emperador Jones», película de Eugenio O'Neill, el gran autor norteamericano. Como en aquella magnífica superproducción de King Vidor, «Aleluya», dada hace muchos años en España, esta nueva producción enseña aspectos de la singular psicología de la raza negra que habita en los Estados Unidos.

Millones de negros viven en los Estados Unidos al margen de la sociedad blanca

Exclusivo de CIUDAD para España

Y entonces surgió Lincoln.

En una choza humilde de los Estados Unidos nació, en 1809, Abraham Lincoln, espíritu de una pureza mística, estadista de una visión extraordinaria, elegido presidente en 1859 y reelegido en 1864. Lincoln comenzó a predicar bondad, humanismo, igualdad de razas. Abrió sus brazos a la raza negra, como nuevo Mesías, para protegerla de las injusticias predominantes en los Estados del Sur. Y, apóstol de la unión de blancos y negros para el progreso común de la naciente nacionalidad americana, proclamó la guerra al Sur en 1861; mas no para hacer de ella un elemento destructivo, sino, por el contrario, para sacar de las cenizas de la lucha civil las bases de la Unión Americana. Cuatro años de lucha entre hermanos por el triunfo de un ideal: la abolición de la esclavitud. Y tras sus grandes esfuerzos por dominar la guerra y sacar victorioso el principio liberal del Norte, Lincoln pudo entrar en Richmond en la sonriente primavera de 1865.

Poco tiempo más tarde toda la nación, Norte y Sur, lloraban su muerte, acaecida a manos de un loco, Wilkes Booth. Pero su obra estaba cumplida y de los campos de algodón brotaban por primera vez cancio-



nes alegres de los negros trabajadores. Murió rodeado de gloria. Su ideal se abría camino; y las gentes de color volvían a ser hombres.

Hay nadie se acuerda de la guerra de secesión.

Pero aquellos cuatro años de luto nacional no bastaron para arrancar la mala semilla de la esclavitud, y con el tiempo, cuando los Estados del Norte comenzaron a preocuparse solamente de su vitalidad financiera, aparecieron nuevos señores feudales, desalmados como los anteriores, otra vez con el látigo en la mano, nuevamente arrancando el producto del trabajo de los colonos y a sumirlos en la abyecta miseria moral y material de la cual habían salvado Lincoln. Se volvió a hablar de esclavitud.

Y no era la esclavitud del contrato; era la sumisión de la raza negra al odio de su amo, el hombre blanco.

Los blancos no supieron comprender la justicia humana que inspiró a Lincoln, y tras alabarlos con vanas palabras y homenajes vacíos, le traicionaban en el peor aspecto, la tragedia racial.

Hoy día nadie se acuerda de la guerra. Hoy día nadie

El pavoroso problema de los negros en la sonriente civilización norteamericana

DIBUJOS DE BILLIKEN

piensa en Lincoln. Por eso acontecen actos terribles, como el proceso de Scotosboro y se cuelgan todavía de los árboles cuerpos de negros, o los despedaza la multitud salvaje en sus ataques contra las prisiones, o los alquitrana y empluma en los pueblos de próspera vida material y escasa altura moral del Sur.

El negro en el Sur.—Subsiste la esclavitud.—Los campos de algodón.

El hombre negro sigue siendo esclavo del amo blanco. Ocupa un rango de angustiosa inferioridad en la vida nacional, cargo más bien de bestia de trabajo que de ciudadano.

En los Estados del Sur persiste el encono: en los tranvías hay separaciones; los asientos de atrás son para los negros, el resto para el hombre blanco. ¡Y cuidado de que un blanco se atreva a sentar en los asientos de los negros, porque se atrae la ira del co-
brador, que le obliga a abandonarlos!

¡Y cuidado también del negro que tuviera la osadía



Hace pocos días se estrenó en Madrid la película «Imitación de la vida», formidable exponente del drama racial de los Estados Unidos y las trágicas derivaciones de la separación absoluta de blancos y negros. Pocas películas han mostrado al extranjero con más emocionante crudeza el odio de razas que divide a la población norteamericana.

de ocupar un lugar de los blancos!... La muerte, así, escuetamente, linchado o apaleado, sería el resultado de su insolencia.

Y hay reservados para gente de color y para gente blanca, y hay cines para unos y para otros, y vehículos, restaurantes, barrios.

En los Estados Unidos, sobre el espíritu profundamente democrático de nuestra nacionalidad, se alza esta gran tragedia de millones y millones de seres para proyectar una sombra negra imborrable.

Los trabajadores de los campos de algodón no han ganado nada. En Tejas, Alabama, Carolina, Kentucky, Georgia, Florida, Mississippi, Louisiana, Virginia, Tennessee, los negros siguen su antigua labor de esclavos, atados a los algodones, recolectando los capullos de sol a sol, sin treguas, alternativas ni ganancias.

En los puertos, los capataces no guardan miramientos. Las tareas pesadas son para los estibadores negros, quienes tienen siempre sobre sí el insulto pronto de aquellos. Y cargan bolsas, y rieles, y fardos.



«MY MISSISSIPPI RIVER...»

El alma de los negros norteamericanos es alma de niños; son bonachones, ingenuos, infantiles en todas las manifestaciones de su temperamento. Cantan y ríen como criaturas; sus canciones melódicas revelan una profunda tristeza interior. Son cantos de penas, pesadumbres y dolores expuestos en un manso vocabulario de niños enfadados.

Con una guitarra o un banjo se pasan las horas cantando aires regionales sobre el mullido colchón de los fardos de algodón. No consigan la cruel tiranía del amo blanco arrancar esa pasión de la música y el canto que existe en todo negro norteamericano, ni tampoco han podido los blancos substraerse al encanto de esas melodías primitivas que bajo la denominación de «jazz» han invadido todos los países. Pero el «jazz», música alegre, es una interpretación acelerada que han tomado en las ciudades las canciones lánguidas y tristes de los negros del Sur.

Pero de nada vale apresurarse ni agotar energías; la recompensa es siempre la misma: desprecio.

Del puerto de Nueva Orleans, el gran puerto del Mississippi, salió un día un vengador. Era un negro alto, de atléticas formas, recia musculatura y extraordinaria dureza de cuerpo. Calzó un día los primeros guantes de boxeo y obtuvo los primeros «knock-outs». Su fama se hizo rápidamente. Combatía en un gimnasio de Delaware Street, adonde pronto fueron a buscarle los ojos alertas de los promotores; éstos vieron en aquel muchachote pasta de campeón. Y se le llevaron con ellos. A cada nueva victoria se aumentaba la propaganda del nuevo pugilista. Y en poco tiempo se conocía en todos los Estados la recia silueta de Harry Wills, «la pantera negra de Nueva Orleans».

Era fuerte, ganaba siempre. Hubiera sido tal vez campeón; pero era negro. Y no alcanzó el máximo laurel del pugilismo.

Hubo otro caso: el de Jack Johnson.

Jack Johnson fué campeón mundial. Ante sus puños se abatían todos los campeones rosados. Pero aquello era una bofetada demasiado fuerte en la cara de los Estados Unidos. Y la afrenta fué reparada en un combate muy dudoso y sucio, del que todavía no se conoce la última palabra. Jess Willard, un «cow-boy» gigante, le ganó el título de campeón del mundo. Y se dice que para lograrlo fué menester amenazar a Johnson con la expulsión del país... o actos mayores.

Harlem, barrio negro.—Las consideraciones en el Norte.

En la capital del mundo, Nueva York, los negros han formado su universo: Harlem. Barrio que atrae



la curiosidad de todos los periodistas y escritores del mundo que se asoman dos o tres días a sus comercios, teatros, bares, cafés, para sacar impresiones de la vida de millares de negros que han formado allí un mundo aparte sin concomitancias con el resto de la gran ciudad.

Harlem es un borrrón, una mancha que crece y gana cada día nuevas manzanas y adonde se han venido a sumar hoy día mestizos y mulatos de las Antillas y Centroamérica. Un borrrón que toma características peligrosas; un barrio que ya es una ciudad, que constituye un peso y una fuerza respetable en la organización de Nueva York. Es, espiritualmente, la capital de la raza negra que habita en los Estados Unidos de América.

Los negros y el comunismo.

Hoy día se perciben numerosos síntomas de un peligro para la actual estabilidad social de la nación: el comunismo de las gentes de color.

Ayer los negros no tenían banderas. Eran defendidos por humanitarios o místicos, por sacerdotes presbiterianos o creadores de cruzadas cristianas, por falsos apóstoles o gente sin mayor arraigo. Pero hoy día los negros tienen de su parte a la juventud comunista. Los agitadores rojos aprovechan esta honda tragedia de la vida norteamericana para ganarse millares de adeptos a su causa. Trabajan sobre la base del odio racial y prometen a las masas negras su regeneración por medio del comunismo.

Los negros no han deseado esta llamada. Las afrentas que vienen sufriendo son muchas y fuertes todas ellas. Aun cuando en los Estados del Norte se los trata con mayor consideración, el odio de razas subsiste y desde los Estados del Sur viene el clamor de millones de negros que quieren ser hombres, enteramente hombres libres, sin posibilidades de ser colgados de un árbol por motivos fútiles o linchados por multitudes fanáticas.

¿Surgirá un nuevo Lincoln?

Roosevelt es una esperanza de nuestra nación. El ha venido a sanear el ambiente con procedimientos limpios y a infundir confianza en los que aguardamos un régimen más justo, una democracia más auténtica. Hoy día su labor es económica y financiera. Pero en Roosevelt existe un espíritu poderoso. ¿Será acaso el nuevo redentor de la raza negra? Porque en la nación americana no basta la sombra inmensa de Lincoln para cubrir la sombra negra de la tragedia de su población de color.

Por Ivan Post

MILITARISMO ALEMAN

POR
JAIME MENENDEZ

Ahora, cuando se halla en franco proceso de total revisión la política de la postguerra, traído al terreno de las realidades palpables con sorprendente violencia por la declaración de Alemania anulando definitivamente la parte quinta del Tratado de Versalles, no sería ociosa una rápida excursión histórica para comprender la actitud vacilante de Inglaterra, condenada, al parecer, a seguir siendo el instrumento que reflexiona tardíamente, pero en forma fatal e inevitable. Quizá en esta actitud de Inglaterra—inexplicable si no se hurga profundamente en las causas de su trágica indecisión, que son las causas de su propia decadencia imperial, sentida hace ya varias décadas, más de las que se han empezado con la entrada del siglo en que vivimos—se halle en cierto modo la explicación parcial del estado de absoluto abatimiento de los sentimientos de paz. Vacila Inglaterra. Y mientras Inglaterra vacile, Alemania no abandonará su actitud arrogante y agresiva.



Hitler, el dictador de Alemania, que ha inquietado al mundo entero con su actitud precursora de tempestades.

Así se hallaban las cosas en vísperas de la pasada catástrofe. El emperador Guillermo se había aprendido mal las lecciones de historia. Pensó que, porque el enemigo tradicional de Inglaterra en Europa había sido Francia—por razones que a nadie se ocultan—, lo seguiría siendo siempre. Y en esto creyó hallar apoyo para sus convicciones—tarea por demás fácil cuando se parte de postulados *a priorísticos*—en el hecho de la supuesta afinidad social anglogermánica y en el hecho del parentesco familiar que unía a las dos familias imperiales: la inglesa y la teutona. Nunca hubiera soñado Guillermo que su pariente Jorge V habría de renunciar al título hannoveriano para quedarse con el de Windsor.

Este convencimiento del Kaiser, que duró hasta que se había declarado la guerra, estaba reñido con la lógica. Pocas veces se mueve la historia al impulso de razones sentimentales. Cuando éstas adquieren algún relieve es porque ofrecen fáciles argumentos para crear un deseado estado de emocional excitación. Por lo demás, otras son las fuerzas que arrastran a los pueblos a rendirse ante el altar de Marte. Estas razones son, fundamentalmente, económicas. Económicamente, Alemania era un rival, a principios del siglo, de Inglaterra, mucho más real y temible que Francia, donde también el ciclo de la expansión y el poderío imperial ofrecía fallos y resquebrajamientos demasiado en evidencia.

Cuando Inglaterra, al fin, después de llenar de esperanzas el corazón germano con sus vacilaciones, interpretadas como un esfuerzo por resistir en lo posible la formidable atracción que Alemania ejercía sobre ella, cayó de lleno en el bando opuesto, el odio y la furia germánicos se desencadenaron sobre la «traidora Albión». Famosa es la frase del Kaiser: *Gott strafe England*, que ha tenido respuesta en el palacio de Buckingham: *God damn the Kaiser*—«Maldito sea el Kaiser»—se dice que exclamó Jorge V al saber lo que de su país se decía en Wilhelmstrasse. No se hacía con ello más que dar expresión—no menos dura por ser tardía—a lo inevitable, el odio y la furia germánicas se desencadenaron so-

Durante los últimos dieciséis años, después que el astuto Lloyd George dejó como nadie bien plantado el pabellón inglés en la Conferencia de Versalles, de la que sacó mayores ventajas para su patria que cualquier otro, y más a tiempo, con lo que no sólo quedaba maldito de hecho el Kaiser, sino su pueblo también, la política británica ha vuelto a las vacilaciones acostumbradas, y ha hecho, con demostraciones de afecto nada desinteresado, que los gobernantes sueñen con que es posible aún que las corrientes históricas vuelvan a sus cauces acostumbrados, y que Inglaterra se alíe a Alemania y se enfrente con Francia. ¿No lo ha hecho consistentemente durante estos años de postguerra, que ya es preciso calificar de distinta manera, puesto que la política de la postguerra se ha terminado definitivamente para dejar paso a la política de la preguerra? ¿Caprichosos entretenimientos de un engañoso destino!

Puede Inglaterra ser vacilante. Pero nunca lo será hasta el final. Por eso sus decisiones tienen tanta eficacia. No es la suya la política del fenecido Imperio austrohúngaro, donde sólo en 1917 se empezó a sentir en la corte imperial el terrible peso de la responsabilidad histórica al unir sus suertes a una causa perdida. Esto, en las personas puede ser romántico y ennoblecedor, pero en los pueblos se paga tan caro como lo han pagado los austriacos. De nada les sirvió el que Carlos empezase a negociar la paz—o entablase tanteos para ello—en la primavera de aquel año, después de preparar la opinión del país con aquel otro grito de: *Und schütze uns vor Deutschland!* Porque había llegado el momento de protegerse del montón de ruinas en que estaba condenado a hundirse el Imperio germano. Era, sin embargo, demasiado tarde. La lección, no obstante, persiste.

No sólo Alemania no llegó a contar con los amigos y aliados en que confiaba, sino que sus propios aliados empezaron a titubear cuando el destino le fué adverso. Y si bien es ver-

dad que la historia se repite, pero con alguna diferencia, nada puede hacernos creer que irá en busca de normas a épocas anteriores al pasado conflicto. Demasiado confía Alemania en una estrella que empezó a palidecer hace años. Fía mucho a la suerte, que es caprichosa, y a las amistades circunstanciales, egoístas y aprovechadas. La es-

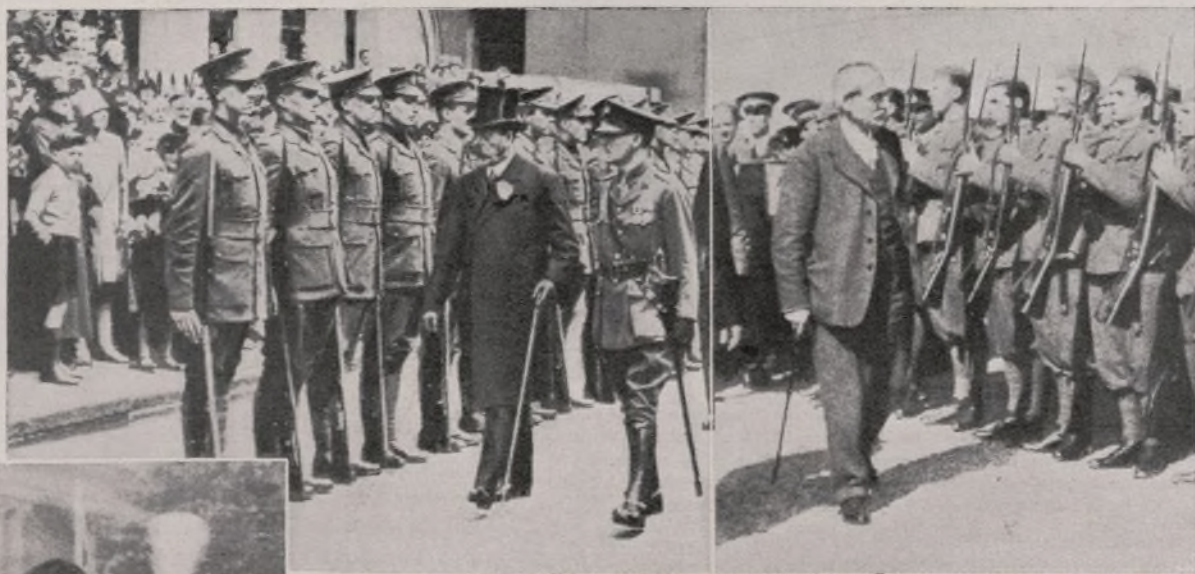


EL TIGRE HITLERISTA.—En cuanto me hayáis devuelto el Sarre, ya no tendré hambre...



...¡Pues no! Quiero ahora al Austria.
De "Notenkraaker", Amsterdam.

Jorge V, rey de Inglaterra y emperador de la India, y Mac Donald, revisando las tropas inglesas.



Eduardo de Windsor, príncipe de Gales, dirigiéndose a un desfile de gala del ejército inglés. ¿Qué actitud adoptará Inglaterra ante los acontecimientos que ensombrecen al Continente?

peranza de que Inglaterra seguiría siempre ya la política de años recientes, que ha envalentonado a los Gobiernos de Berlín, ha hecho crecer demasiado las alas de sus deseos. Posible que sean ya excesivamente fuertes y robustas para darles una poda muy necesaria.

Ha sido Inglaterra la primera en situarse frente a Francia cuando ésta solicitaba garantías de seguridad para poner en vigencia las cláusulas del Tratado de Versalles, que pedían la desmilitarización de Alemania, pero que pedían no menos taxativamente el desarme gradual de las demás potencias. La actitud inglesa ha sido—con Gobiernos conservadores y con Gobiernos laboristas y, últimamente, con el Gobierno de Mac Donald—el obstáculo más terrible en la senda de una armonía continental. El mismo Pacto de Locarno, en que sir Austen Chamberlain comprometió a regañadientes la garantía británica en nombre de la permanencia e inviolabilidad de las fronteras del Rin, ha sido objeto de sañudos ataques en Inglaterra. Si ahora se le elogia y ensalza es porque Inglaterra se siente débil. Sus ánimos flaquean. Su política vuelve a marchar a remolque de avasalladoras fuerzas, que otra vez la llevan, como en 1914—y antes, porque el entendimiento con Francia, en el que Ale-

La prudencia y el conocimiento de Hindenburg fueron un freno para los proyectos de Hitler, hoy dueño absoluto de Alemania desde la muerte de aquél. El poder ilimitado de que goza hoy día el dictador alemán, ¿le inducirá a emprender otra trágica aventura?

El Kronprinz desfilando ante fuerzas militares del Reich. De nuevo surge en Alemania la dignificación de las armas y los preparativos bélicos que hace veinte años los condujo al hondo drama que tan pronto han olvidado.



mania no quería creer, no es de aquella fecha—, por la senda que no ha de terminar nunca en esa alianza con la que se sueña en Berlín. Ni siquiera terminará en la reafirmación de su postulado utópico del *splendid isolation*, que ha durado exactamente hasta el momento en que se hacía forzoso quebrantarlo.

Después del comunicado germano anunciando la anulación unilateral de un compromiso multilateral—la parte quinta del Tratado de Versalles—, Inglaterra «toma la iniciativa» de mantener la promesa de enviar a su ministro de Estado a Berlín. Nada importa que en preliminares negociaciones diplomáticas se hubiese esbozado el tema que serviría de base a las negociaciones: la posible autorización de un ejército de 300.000 hombres, en vez de los 100.000 hombres que el Tratado de Versalles permite a la *Reichswehr*; la concesión de «muestras» de armamentos de todas clases; la creación de una pequeña aviación militar, y el retorno de Alemania a la Sociedad de las Naciones. La cuestión del propuesto Locarno del Este—con Rusia, los Estados bálticos, Polonia, Alemania y Francia—es de un interés secundario para Inglaterra. Lo vital estaba en evitar el malestar que producían las voluminosas informaciones sobre el rearme de Alemania y la decisión de ésta de eludir toda labor fiscalizadora. Por ello se había retirado de la Sociedad de las Naciones. Y por ello insistía Inglaterra en su retorno.

Va sir John Simon a Berlín. Va Anthony Eden a Moscú. En algunas Cancillerías existe el propósito de dejar las cosas como estaban. Pero el mundo marcha. Y marcha fatalmente a algo concreto, que brotará hoy o dentro de meses o dentro de años, pero que brotará al fin, inevitablemente, irremediablemente. Se ha avanzado demasiado en un sentido. El retroceso no es viable. En ello se juegan demasiados intereses y ambiciosos prestigios, hoy encumbrados y engreídos.

El simple anuncio del sostenimiento de los propósitos de Inglaterra, de no darse más que tímidamente por enterada del paso dado por Alemania, ha provocado una violenta reacción en Francia y en Italia. Esta última potencia no necesita ahora buscar pretextos para romper una embarazosa alianza, como la de la Triple Entente en 1914, por la razón sencilla de que no existe. Se mueve desembarazadamente por donde le aconsejan los intereses nacionales, amenazados por las ansias expansivas de Alemania. Inglaterra ha abandonado ya las posiciones de avanzada. Antes de que sir John Simon vaya a Berlín, acompañado de Anthony Eden, éste tercia en unos cambios de impresiones en París con Laval y con Suvich. Y después del viaje a Berlín, es posible que se celebre una conferencia en el norte de Italia. Evidentemente, el «sistema colectivo», que había entrado en aguda crisis con la decisión de Inglaterra, tan unilateral como la germana, aunque de consecuencias insignificantes, si se establece una comparación entre ambas, vuelve a reconstituirse. No es extraño que empiece el nervosismo a ser la nota dominante de los Consejos de Ministros en Berlín. Y que se conteste con un despectivo «no nos hemos enterado» a las

notas comunes de Francia e Italia, como protesta de la actitud de Alemania.

No encuentra amigos el Gobierno de Berlín. Su posición es demasiado temeraria. Hasta Polonia, cuyos afectos hacia Alemania desde enero de 1934 parecían extraños e inexplicables a muchas gentes, titubea. Buena parte de su Prensa lleva a cabo una violenta campaña antigermana. «Únicamente un Continente en estado de morosa postración—ha dicho el *A B C* de Varsovia—puede permitir que se deje pasar un comunicado como el publicado en Berlín sin que se



DESSIN

Groz, uno de los valores más agudos del humorismo gráfico germano, es el autor de esta caricatura descarnada, que, como un anatema a la guerra pasada, publicara en 1919. La tradición humanista de los dibujantes humorísticos alemanes ¿volverá a hacerse presente en los actuales momentos?

1919

haya «saltado ya sobre Alemania.» Vuelve a oírse en Polonia el lenguaje de los primeros meses de 1933, cuando el mariscal Pilsudski pedía a su aliada Francia la invasión del Rin. El invadiría la Prusia Oriental. Daladier, entonces jefe del Gobierno, no quiso acceder a las demandas de Polonia ni a los ruegos del jefe supremo del Estado Mayor francés, el general Weygand, que tenía dispuesto y estudiado el plan de ataque. Pilsudski dió instrucciones por su cuenta y riesgo a sus representantes en Alemania para que le preguntasen a Hitler qué pensaba hacer. Y éste le dijo, por extraño que parezca después de una demagógica campaña de doce años, que sólo la paz con Polonia deseaba. Aquí nació el Pacto de

no agresión germanopolaco de diez años, que viola la alianza francopolaca de 1922. Polonia sigue temiendo a Alemania. Nada de extraño tendría que, cuando la ocasión se ofreciese voluntariamente, adoptase una actitud que recordase la de Italia en 1914.

En cada instante que pasa, las posiciones adquieren mayor consistencia; la gravedad de la situación es más evidente. En el Consejo de la Sociedad de las Naciones había que analizar el paso franco que ha dado Alemania por restablecer su añorado imperio de la espada sobre la colaboración y la convivencia, por llenar de angustia los corazones mal templados en el molde del estoicismo. Cuando las gentes se asombran de que el alemán de nuestros días acepte con fervor el codo del «neopaganismo», que hace de Hitler un dios o, por lo menos, su más representativa autoridad en la tierra, como afirma el «primado» del Reich, Dr. Müller, indican tener muy mala memoria. No comprenden que esto es escasamente una válvula de escape por donde sale su emoción bélica, su espíritu militarista, sus ansias de revancha. Hindenburg había sido elevado antes que Hitler, y quizá espontáneamente, a un rango semejante. Con razón o sin ella, ha circulado la versión que se había hecho en Alemania de un himno luterano en el que se cantaba: *Hindenburg ist unser Gott*.

Al definirse las posiciones, no sólo se agrava la situación: se hace más difícil la retirada. Quizá en esto Inglaterra haya obrado con mayor prudencia. Al plantearse la cuestión del comunicado germano en Ginebra, el retorno de Alemania a la Sociedad de las Naciones se hace, si no imposible, enormemente más difícil de lo que ya lo era hasta la fecha. Habrá que ir pensando con más firmeza en la *Machtpolitik*, que es una buena manera de explicar la conocida *Realpolitik*. ¿Quién puede esperar que Alemania, que se alejó de Ginebra por temor a sus posibles ingerencias en su política militar, vuelva a ella después de haberse pronunciado en términos recriminatorios?

Francia lleva la cuestión a Ginebra. Actúa, al parecer, por su cuenta y por cuenta de la Pequeña Entente, que está también nerviosa. No conocemos en el momento de escribir estas líneas la forma de la petición. Pero, sin duda, se apoyará en el artículo XI del *Covenant* de la Sociedad de las Naciones, o en los artículos 164 y 213 del Tratado de Versalles. Aquél alude a cualquier acción que pueda amenazar la paz. Por el artículo 164, Alemania se compromete a no alterar sus cuarteles armados sin autorización de la Sociedad de las Naciones, una vez que forme parte de ella; y el artículo 213 expone a Alemania a franquear las puertas a cualquier investigación que proponga el Consejo de la Sociedad de las Naciones mientras el Tratado de Versalles esté en vigor.

No es fácil, ni probable siquiera, que la pugna iniciada vaya más allá de un bombardeo con bombas de explosivos composiciones en el más puro—si bien bastante franco—lenguaje diplomático. Esto, sin embargo, puede ser el indispensable agente de preparación y cultivo del ambiente y del suelo, del que sale esa madera de héroes que está siempre dispuesta a la ofrenda en holocausto del ofendido honor nacional. Pero ocasión nos quedará de volver sobre el tema.

Francia e Italia se aprestan a entablar negociaciones con Inglaterra en relación a la inesperada declaración alemana. Las tres potencias aliadas vuelven a los conciliábulos, de cuyas resoluciones depende la paz del mundo.



Ayuntamiento de Madrid

HA LLEGADO LA PRIMAVERA



Nunca más que en estos momentos, Madrid es una ciudad al sol. Con la Primavera, que llegó la pasada semana, todos los seres que alientan en esta villa parecen haberse remansado deleitosamente en el goce del sol: los niños y los árboles, los viejos y las flores, los pájaros y los perros, los enfermos y los adolescentes robustos, que esperan sentir todavía un poco más cálidos los rayos solares para confiar a ellos su salud y el aumento de sus fuerzas. Ya los árboles del Buen Retiro y los de la Castellana y los del Prado muestran en sus desnudos brazos unos botoncitos morados, puntiagudos, todos apuntando hacia lo alto, como si estuvieran atentos a una señal determinada para sorprender a los hombres, por millonésima vez, con el milagro de su eclosión.

No tiene Madrid en abundancia esos árboles, que son los que más bullangueramente acogen la llegada de la estación florida: no se ven muchos almendros, ni cerezos, ni durazneros. Los árboles de Madrid participan un poco de la severidad castellana y son recatados en su eclosión, un poco desdeñosos y solemnes, como si tuvieran una conciencia formada de su renacer de todos los años. Se parecen un poco a la Mancha, que, a la llegada de la Primavera, apenas si se colorea con un tenue matiz de un verde palidísimo, invisible desde cerca, pero que cobra color y frescura en la lejanía, como si se tratara de un cuadro.

Las mujeres, en cambio, sufren una transformación violenta. Con los primeros días templados se lanzan a la calle más hermosas que nunca. El sol pone matices infinitos en su tez, y todo su cuerpo parece desprenderse del aletargamiento del invierno, tornándose ágil, suave y felino. ¿Es realmente así o es que nuestro espíritu, que tiene a su servicio sentidos sensibles a las estaciones, ve transformadas a las mismas mujeres que pasan todos los días a nuestro lado? De todas maneras, sería interesante saber cómo nos ven las mujeres a los del feo sexo a la llegada de la Primavera...

Mientras tanto los niños, indiferentes a todos estos problemas, son los que más gozosamente disfrutan de una estación que significa para ellos algo muy importante: un aumento de las horas de sol, vale decir, un aumento de las horas de juego, lo único serio en sus vidas. Y las calles y los paseos y los jardines se pueblan con sus risas y con su alborozo. Y se tornan amigos de todos los que pasan, y nunca como entonces hacen tan buenas migas con los viejecitos, que ya no tienen más placer que tomar un poquitín de sol en las aceras.

Y todo Madrid se tiende al sol, como si recordara la ancestral obsesión de sol que tuvieron nuestros remotos antepasados, los ártabros y los godos, "la gente ruda y vana" que un día se desprendió de tierras boreales y, deslumbrada, se asentó para siempre en estas latitudes.

F O T O S A N G E L A R A C I L

EL MIÉRCOLES
3 DE ABRIL

EN EL PROXIMO NUMERO

RESERVE CON
TIEMPO
SU EJEMPLAR

LEA EL SEGUNDO REPORTAJE SENSACIONAL
DE LAS
"TRAGEDIAS DEL MUNDO"

"EN EL INFIERNO DEL GRAN CHACO"

POR EL REPORTERO CANADIENSE

WARREN GRACE-FIELD
Ayuntamiento de Madrid

MONTEVIDEO EN VERANO MELODRAMA DEL AHOGADO

Por "BOY"

Como en Montevideo tenemos una magnífica colección de playas, también tenemos todos los veranos una magnífica colección de ahogados. En rigor, este razonamiento no resultará satisfactoriamente lógico si uno se abstiene de explicar las condiciones geográficas de las playas, las condiciones psicológicas de los bañistas y las condiciones típicas de la policía marítima.

Pero ahora no es esto lo que me propongo. Lo que me propongo es demostrar que, hoy por hoy, a esta altura de la historia, el suceso del ahogado, precisamente por su catadura melodramática, constituye el único capaz de sacudir la sensibilidad de la muchedumbre playera y sacarla del marasmo en que se encuentra hundida por tanta gimnasia sueca y tanto baño de sol.

Afortunadamente, hay que decir que el ahogado, entre nosotros, no siempre acaba en el cementerio: unas veces se lo lleva la corriente y otras veces lo devuelve el oleaje; pero aun en este caso, lo frecuente es que el ahogado no pida la partida de defunción, pues los servicios de la Asistencia Pública, cada día más eficaces, suelen volverlo a la vida. Lo que yo quiero decir es que en la playa, para que a uno se le llame «ahogado», no es preciso que se ahogue. Sucumba o no sucumba, la muchedumbre le llama «ahogado» a todo aquel que se está bañando y de pronto requiere el auxilio de los demás porque con su propio esfuerzo no recupera la orilla.

Esta confusión de términos tiene su filosofía y recargá la patética del melodrama playero. Precisamente en esa confusión, en ese embrollo, en ese no saberse lo que pasará, ni cuál será el desenlace, ni si se podría hacer algo para que el ahogado presunto no degenera en ahogado definitivo, radican esa ansiedad, ese tumulto, esa conmoción primaria y ese despliegue de actividades que otorgan al espectáculo contornos inconfundibles. Nadie piensa en simulacros de este género. En cuanto, junto a la orilla, se reúne un grupito de bañistas que señala a la lejanía, la gente grita:

—¡Un ahogado!

Y, en efecto, la exclamación circula como la pólvora; todos corren en la misma dirección, y enseguida aquel grupito va aumentando, va creciendo, va nutriéndose, va formando una gran piña de cabezas, que finalmente se abre en semicírculo para dejar en el centro, libre, al pedacito de arena donde los boteros que lo traen del agua colocan la persona del ahogado, casi siempre, por casualidad, vanguardia de algún club de nadadores.

El ahogado, allí tendido, tiene algo de órgano neumático que los entendidos sacuden violentamente. Uno le toma el pulso, otro le aplica el oído al corazón, otro le abre los párpados, otro quiere tirarle de la lengua y otro le coloca una rodilla sobre el estómago. Hasta que uno de la rueda exclama:

—¡Así, no! Lo primero que hay que hacer es ponerlo boca abajo.

—¡Claro, sí!—repiten varios en pelotón—. ¡Boca abajo! ¡Boca abajo!

—Bueno. ¿A ver?—agrega uno de los oficiales—. Yo le doy vuelta por la cintura. Ustedes le sujetan la cabeza. ¡Ahora!

—Con cuidado, despacito.

—¿Qué sucede?

—Parece que la cabeza se le cae.

—¿La tiene floja? ¿Eso es malo!

—Yo no sé lo que le diga. Peor sería que la tuviese dura.

—¿Usted entenderá de esto?

—¡Vamos, hombre!—exclama uno del corrillo—. ¡Denle vuelta de una vez al pobre hombre!

—«Piano, piano, si va lontano.»

—Lontano... ¿Adónde? ¿Al otro mundo?

Pero en esto interviene otro, que dice:

—Aquí no vemos más que disparates. Esta gente no ha leído ni las recetas de los almanques. Hay que hacer la respiración artificial. Lo primero, tirarle de la lengua.

—¡Pruebe, a ver!—contesta el que antes lo intentaba—. ¡Si usted le abre la boca, yo le pago cinco pesos!

—Pero entonces ese hombre ha fallecido.

—Yo no sé. ¡Si usted le abre la boca, yo le pago cinco pesos!

—¿Ayudan o no?—pregunta un poco indignado el que está sosteniendo la cabeza.

Y así se desarrolla la discusión entre aquel elemento espontáneo hasta que llegan los de la Asistencia Pública, seguidos de dos o tres milicos de la policía marítima. Entonces cambia repentinamente el aspecto episódico del espectáculo, porque los milicos abren cancha, los espontáneos se reincorporan a la muchedumbre y los practicantes de la Asistencia, sin pronunciar sino palabras sacramentales, se arremangan los brazos, arriman la camilla, abren la valija del instrumental y se disponen a darle el «pulmotor». Los practicantes operan resueltamente, sin consultas ni consideraciones de ninguna clase. De vez en cuando uno dice:

—El algodón.

—Las pinzas.

—Alcanfor.

—¿Trajo inyecciones?

—Haga succión.

—Dele bomba.

—El diafragma.

—¿Sale agua?

El público, al principio, contempla absorto la maniobra. Nadie pestañea siquiera. Después, aquí y allá, tímidamente, el silencio se va viendo interrumpido por algún leve rumor. Son apreciaciones sueltas que, poco a poco, se generalizan. Uno exclama:

—¿Lo ven ahora? ¿Qué les dije? Ya lo tienen boca abajo al individuo.

A lo que otro sale contestando:

—¡Pues está claro, señor! ¡Estaba visto!

—Y le han sacado la lengua.

—¡Era lo que yo decía!

—Sin andarse con apuestas de boliche.

—¡Por supuesto! ¡El que sabe, sabe, amigo!

Interviene una voz de mujer:

—¿A usted qué se le figura? ¿Estará muerto el ahogado?



Es delicioso
Es eficaz

—Si está ahogado, me figuro que no vive.

—Es un modo de decir. Usted, ¿qué cree?

—Yo creo que reacciona.

—¡Dios le oiga y la Virgen Santísima!

La persona que ahora ha intervenido es una buena señora que se hallaba a la sombra de su carpa tejiendo un gabancito para su nieto, un gabancito que conserva entre las manos, porque así salió corriendo al producirse la revolución. Enseguida le dice a su marido:

—Yo no puedo con este espectáculo. Esos tipos de la túnica siempre son los mismos cafres. ¡Fíjate cómo sacuden al pobrecito!

—¿Y qué quieres que le hagan? ¿Quieres que le den bombones?

—Bombones, no digo yo; pero bien podrían tratarlo con un poquito de consideración.

—¿Y si luego se les muere?

—Yo creo que si ya no ha muerto, acabarán por matarlo.

—¡No me canses con esas bobadas! Hay que creer que estos hombres deben saber lo que están haciendo.

—¿Te parece?

—Andan en eso toda la vida.

—Toda la vida maltratando al prójimo.

—Esas son vulgaridades. Si el accidentado vive, no hay más remedio que sacudirlo para que le salga el agua.

—¿Más de la que le ha salido? ¡Ave María! Esos cafres se figuran que el pobre hombre se ha tragado el mar.

—Se ha tragado lo bastante para ahogarse.

—¿Tú crees que estará ahogado?

—Por ahora, no respira.

—Pero entonces, ¿por qué siguen maltratándolo? ¿Por qué?

—Yo no sé. De todos modos, si el tipo ha muerto, puedes tener la seguridad de que se le importa un pito de todo lo que le hagan.

—A él, sí; pero ¿y nosotros?

—Nosotros nos podemos marchar de aquí si preferimos oír la radio.

—¡Por Dios, Patricio! Me da horror que hables así. Estás perdido, como todo el mundo. Antiguamente, siquiera, la gente respetaba a los difuntos: ahora no respeta nada.

—Bueno; vámonos de aquí.

—¡Ah, no! Yo quiero ver lo que pasa.

—Pues entonces, no protestes.

—¡Protesto y veo lo que pasa!

Sin embargo, la señora no lo ve en toda la amplitud del melodrama. Lo que pasa, por regla general, es que los funcionarios de la Asistencia Pública recogen los chirimbolos de su instrumental, colocan al nadador en la camilla, lo cubren con un lienzo, lo mandan al camión de la ambulancia y entre la muchedumbre de la playa queda flotando una incógnita que no se despejará hasta que la noticia del desenlace aparezca en los diarios de la mañana. La esposa de don Patricio exclamará:

—Total: que los diarios se ponen las botas.



No sé si habrá escasez de alguna cosa en Hollywood, pero de restaurantes de todas clases, estoy segura que no. A poco pasos, a lo largo de los bulevares, en todas las esquinas que se prestan, abre sus puertas tentadoras un establecimiento de esa índole, sin contar los que dentro de las eclécticas farmacias y de las tiendas de ropa sirven toda clase de menudencias alimenticias.

Con frecuencia nos podemos servir alimentos tan baratos, que sentimos vergüenza al pagarlos; otras veces, en cambio, los pagamos con tal exceso, que la cuenta parece incluir todas las sonrisas de los servidores.

El lunch más caro que he pagado en mi vida fué servido graciosamente en el comedero más *chic* de Hollywood: «The Vendome Cafe», instalado por caballeros de empresa, en pleno corazón de la urbe, en Sunset Boulevard, casi enfrente

Ahora bien: se puede elegir. El restaurante Brown Derby, en Beverly Hills; el Aguila Rusa, el Sandi's, el Ambassador Garden, el Al Levis Tavern, etc.

En estos modernos establecimientos, ricamente instalados, se dan cita por teléfono casi todas las mujeres notables de Hollywood. ¡Cuántas reuniones en esas noches de moda! ¡Qué Babel de ruidos! ¡Cuántas repeticiones, cuántas sonrisas, órdenes, exclamaciones y saludos!... Mientras, los propietarios, desde sus sitials estratégicos, vigilan, saludan, disponen y complacen a los más exigentes.

Visitemos, pues, restaurantes. En ninguno de ellos, con excepción del Coconut Grove, encontraremos personas vestidas de etiqueta, como sucede en el Roosevelt Hotel durante ciertas noches. Los mejores de estos establecimientos se hallan cercanos entre sí, donde se cruzan el Boulevard de Hollywood y Vine Street y en otras direcciones hacia Los Angeles. Frente casi al Brown Derby está Al Levis Tavern, de pronunciado estilo alemán, con un propietario que se ha dignado firmarme un menú, informándome de que él ha sido el inventor de los cocteles de langosta, de ostras y de camarones, o sea de una salsa especial para zambullir en ella trocitos de esos mariscos. Es ya hombre respetable por la edad.

En cuanto al estilo, digamos que se trata de un Munich —cum Heidelberg—cum California, lo cual lo explica todo si el lector posee un poco de imaginación.

Al lado mismo se halla el Aguila Rusa, decorado regiamente e iluminado con discretas luces, sirviéndose raciones de carne de carnero en la punta de largas bayonetas; detalle crudo y pintoresco que complace a ciertos clientes aficionados a la novedad y al *romance* gastronómico...

Podemos beber vodka y paladear rico caviar, además de la carne de carnero ensartada en las bayonetas, y la admirable orquesta es nada menos que la del general Lodijensky—Lodi, como le llaman sus íntimos, por abreviar—, un ex miembro del Estado Mayor del último zar de todas las Rusias, diplomático y persona en extremo mundana y simpática.



anunciamos el New Corton Club, de Frank Sebastian, un restaurante tan «exclusivo», que se recomienda a los buenos clientes no perturbar aquellos salones ni molestar al excelente servicio, trayendo consigo invitados que hayan ya bebido con exceso. Además, en tipos bien destacados, se puede leer esta advertencia: «Nos reservamos el derecho de rehusar cualquier servicio que se nos pida.»

Laurel y Hardy son buenos clientes. Tom Mix confiesa que sus variedades y sus condimentos son los mejores conocidos.

Todo el mundo conoce—o deberá conocer—el más viejo restaurante de Hollywood, Musso y Frank Grill, situado en el Boulevard equidistante de las calles Highland Avenue y Vine Street. Se fundó en 1919, y es el decano de todos. En cuanto a los restaurantes de los «studios», son concurridísimos, naturalmente. El más lujoso de todos es el café París.

HOLLYWOOD, NUTRITIVO

Por MARGARET CHUTE

Cómo se come en la camaleónica ciudad. Los grandes restaurantes, su clientela y los platos preferidos por algunos ases de la Pantalla

al Athlétic Club, de blanca fachada. Eramos tres, y todo lo que consumimos fueron dos sencillas porciones por cabeza, tres vasos de refresco, una copa de vino blanco (de California, sin asomo de duda) y dos copitas de licor. La adición, en libras esterlinas, sumaba cinco, con la advertencia de que cada libra se podía pagar con cinco dólares.

Pagué sin murmurar, procurando que mi sistema nervioso no se alterase, pues resultaría doblemente lamentable hacer una mala digestión con unos alimentos tan caros.

Pero... esos precios se comprenden. Nos hallábamos cerca de la mesa ocupada por Miriam Hopkins, de faz radiante y luciendo su blanco pijama, como de costumbre, mostrándose llena de vivacidad y arreglándose las graciosamente para mantener la atención de cuatro atractivos ejemplares del sexo opuesto, con los que charlaba con animación y volubilidad.

En otro extremo del recinto veíase a Wallace Beery, gustando un buen almuerzo; a Clark Gable con su esposa, participando de una larga mesa en que parece se celebraba un banquete; a Ginger Rogers, Carole Lombard, Janet Gaynor, Sally Eilers, Madge Evans y otras grandes figuras de la pantalla; y, de vez en cuando, se podía escuchar una cantarina voz de mujer que pedía: «Para mí, una ensalada, copa Melva y tostadas, y dese prisa, por favor.»

De modo que, ante esos frecuentes espectáculos, se ha de considerar que se paga por ver y por hallarse entre tan artística concurrencia, no por lo que en sí valgan los alimentos.

Todos los miércoles, en la noche, se celebran festivales, y vívase en un palacio regio o bien en un simple *bungalow*, habrá que asistir a uno de ellos, porque, de lo contrario, se carecería de grata compañía.

El jardín se halla adornado con palmeras, y lo mismo en el salón que al aire libre, bajo las suaves y discretas luces cernidas por las artísticas pantallas, se suelen congregarse los más famosos y hermosos semblantes del mundo, noche tras noche. Marlene Dietrich gusta de sentarse a sus mesas; le agrada la cocina rusa y la música de sus orquestas, sobre todo, y el general Lodi sabe perfectamente cómo ha de tratarla, con cierta deferencia indiferente, por así decirlo... Mauricio Chevalier es aficionado al Aguila Rusa, y son clientes asiduos Kay Francis, Francis Lederer e Iván Lebedeff. Greta Garbo, la siempre retraída, se la ha visto medio disfrazada, usando lentes ahumados y un sombrero hundido hasta las orejas, según se ha murmurado. Gloria Swanson, por su parte, confiesa que no se come en toda América como en el Aguila Rusa, y, por cierto, que sus precios son bastante moderados.

A unos trescientos metros de distancia, en un recodo del Boulevard Hollywood, se halla el restaurante Sardi's, recientemente abierto por un conocedor del oficio. Eddie Branstatter, ex dueño del Café Montmartre, uno de los más «exclusivos» de la ciudad. Eddie conoce a las «estrellas» y sabe lo que les gusta morder con sus dienteitos. Joan Crawford sólo necesita atravesar por delante del escritorio-caja cuando ya alguien corre hacia la cocina con una orden—vía Eddie—de pollo cocinado con crema y *paprika*.

Cuando Pola Negri era la reina de los «studios», monsieur Branstatter ideó un rico *sandwich* de pavo, queso y jalea roja en pan de centeno, el que fué bautizado *Negri-Sandwich*. Todavía se le puede pedir, aunque, en la actualidad, es probable que se llame *Mae West-Sandwich*.

El restaurante Sardi's está decorado muy a la moderna y adornado con graciosas caricaturas de los dibujantes Berman y Joe Grant, que penden de las paredes y atraen la atención, incluso provocando carcajadas de admiración. Nada menos que cuarenta y cuatro caricaturas se han distribuido por las paredes, cerca de las mesas más frecuentadas. La más notable es la que representa a Will Rogers; la de Joan Crawford es sencillamente maravillosa de interpretación cómica, y la de *Connie* (Constante Bennett) es otro primor de humorismo gráfico.

La primera vez que almorcé en el verde-cromo-plateado salón de las luces ocultas, descubrí a Joan Crawford sentada frente a frente de su caricatura, el acertado dibujo de Joe Grant.

El Coconut Grove forma parte del Ambassador Hotel, que se encuentra entre Los Angeles y Hollywood, emplazado en un vasto jardín que linda con una amplia calle llamada Wilshire Boulevard. Es uno de los lugares preferidos por las «estrellas» por su esplendor y por lo delicado y *chic* de todos sus servicios culinarios, así como por sus vinos y licores. Lo visitan Carl Brisson, Mae West, Otto Kruger, Jack Oakie y otras figuras de la pantalla.

Saltemos ahora al restaurante Perino's, en mi opinión, el más europeo de todos los establecimientos de su clase. Se sirven excelentes cocteles. Lo visitan muchos astros. Luego

en Movietone City, vale decir, en los estudios de la Fox. Sus paredes aparecen pintadas con paisajes de varios países, y algunas de las «estrellas» de la Fox se ven retratadas muy artísticamente. Warner Buxter se ve allí, sentado a su mesa del almuerzo, bajo la palabra «Madrid», y vestido tal como se luce en la cinta «Cisco Kid». Madeleine Carroll se muestra en una escena de «El mundo da vueltas».

En los «studios» de la Metro-Goldwin-Mayer se extiende otra enorme *comisaría* (nadie llama en California de otro modo a esos inmensos restaurantes que alimentan diariamente a algunos miles de personas), y son muchas las artistas que se hacen servir allí sus comidas y reciben en su mesa al periodista de turno a quien han concedido la inevitable entrevista.

La Paramount también posee extensos comedores, así como la Warner Brothers-First National. La Universal tiene un café abierto al público, y así otras empresas.

Mencionaré, por último, el que pudiéramos llamar Café de la Orilla, instalado en la playa, a pocos metros del Océano Pacífico, del cual es propietaria y directora Thelma Todd, exquisita y blonda «estrella» de la pantalla. Thelma posee un temperamento enérgico y activo; gusta de sentarse al volante y de recorrer sobre treinta y cinco kilómetros todos los días para visitar su café, cuando no está ocupada en los «studios», y alguna vez la he visto tras de la caja, muy ocupada en cobrar adiciones...

Conozco todos los restaurantes de Hollywood, de día y de noche, y los hay muy buenos, como ya he citado; pero, a veces, yo prefiero, después de un largo paseo en automóvil, arribar a cualquiera de esas alejadas *Sandwicherías*, pedir un par de *especiales* y una taza de café y comerlos al aire libre, entre sorbo y sorbo, bajo el benigno sol californiano.





Vestido estampado negro sobre blanco, con blusa hecha enteramente de bandas azules vishum-azul pálido, para la noche. Creación Schiaparelli.



Vestido de crepe Ranée, de color de melocotón encendido, comprendiendo el "hiram", especie de echarpe para la cabeza. Creación Schiaparelli.

La suntuosidad de los vestidos de noche

Por MADELEINE MILLET

Estoy segura, querida lectora, de causaros verdadero placer al hablar de los vestidos de noche. Hoy sólo quiero indicaros algunas generalidades, pero si lo deseáis, volveremos otro día sobre este mismo motivo.

En primer lugar, os diré que estos vestidos están tratados de la manera más ecléctica. Lisos y ceñidos, suaves y crujientes, tienen un aire y una gracia maravillosa. Por la noche, las mujeres vuelven a encontrar su reino; hacen todo lo que está en su poder para aparecer muy bellas y la más hombruna de entre ellas sabe en esos momentos volver a ser muy mujer. Cada una se esfuerza por ser fiel a su personalidad, aun llevando un modelo de éxito cuya elección no es fácil. Recorred todas nuestras grandes casas de costura; ninguna se parece, pero cada una, al mismo tiempo que afirma con esplendor su personalidad, compone su colección de manera que pueda adaptarse a varios tipos de mujer.

Una de las siluetas más acentuadas de la moda actual es la que presenta la falda amplia, el talle fino, los hombros desnudos. Si queréis saber mi gusto personal, me encanta la amplitud, la amplitud máxima, que acentúa la flexibilidad. ¡Y hay tantas maneras de distribuir el vuelo! Repartida en un tejido fuerte, falla o raso fuerte o en un tejido ligero, tul o muselina, tiene, en verdad, una gran elegancia y gran estilo.

Los vestidos estrechos ofrecen igualmente una silueta encantadora; envolventes y ciñendo por completo el cuerpo, ajustados por los tobillos y dejando arrastrar una minúscula cola; maravillosos de forma, parecen estar hechos para realzar un cuerpo hermoso.

Se ven también vestidos ceñidos hasta por debajo de las caderas, desde donde parte el vuelo, lo que da un gran "chic" a la silueta.

Como ya indiqué a principios de la temporada, estamos en el reino del tafetá: lo que deja de ser moda vuelve a la moda al cabo de un tiempo más o menos largo, sin volver en las mismas condiciones de antaño. Podremos adornarnos con esos vestidos que crujen a cada paso, en tafetá liso o, mejor aún, en tafetá tornasolado, de colores cambiantes, suaves o atrevidos. Extendido por abajo, se convierte en bullones de reflejos luminosos, en graciosos volantes alrededor del descote y de las sisas. El bajo del busto es, por el contrario, ajustado, marcando la esbeltez del talle.

Igualmente encontramos de nuevo la gracia romántica de los vestidos de encaje negro o claro, la mayoría de las veces almidonado o sostenido por volantes de tul.

Luego viene el tul, que resulta aún más vaporoso por un fondo de falla muy amplio. Y además:

Los estampados con grandes dibujos realizados con un gusto exquisito sobre fondos de color opuesto, que se prestarán para lindos vestidos estivales de noche.

Las sedas estampadas, sobrebordadas de lentejuelas de mica transparente.

Los tejidos ligeros bordados en perlas.

Los lamés lisos, en plata y oro.

Los rasos mezclados con hilos de cristal o de metal.

La muselina blanca y la muselina negra, y también de un delicioso color ámbar dorado, preferida por un gran modisto famoso.

El voile, flúido. La gasa, mate. Las lentejuelas, nacaradas. Las lentejuelas de azabache.

Dos palabras sobre las mangas: serán a gusto de cada una, enormes o pequerisimas.

Amplias, bajando a veces hasta el puño, o inmensas guarniciones de mangas partiendo de debajo del hombro para acabar debajo del codo.

¡Qué variedad, señoras mías! Todo reina revuelto en la actualidad. Esta moda es pintoresca y bonita, que cada una puede las ramas locas.

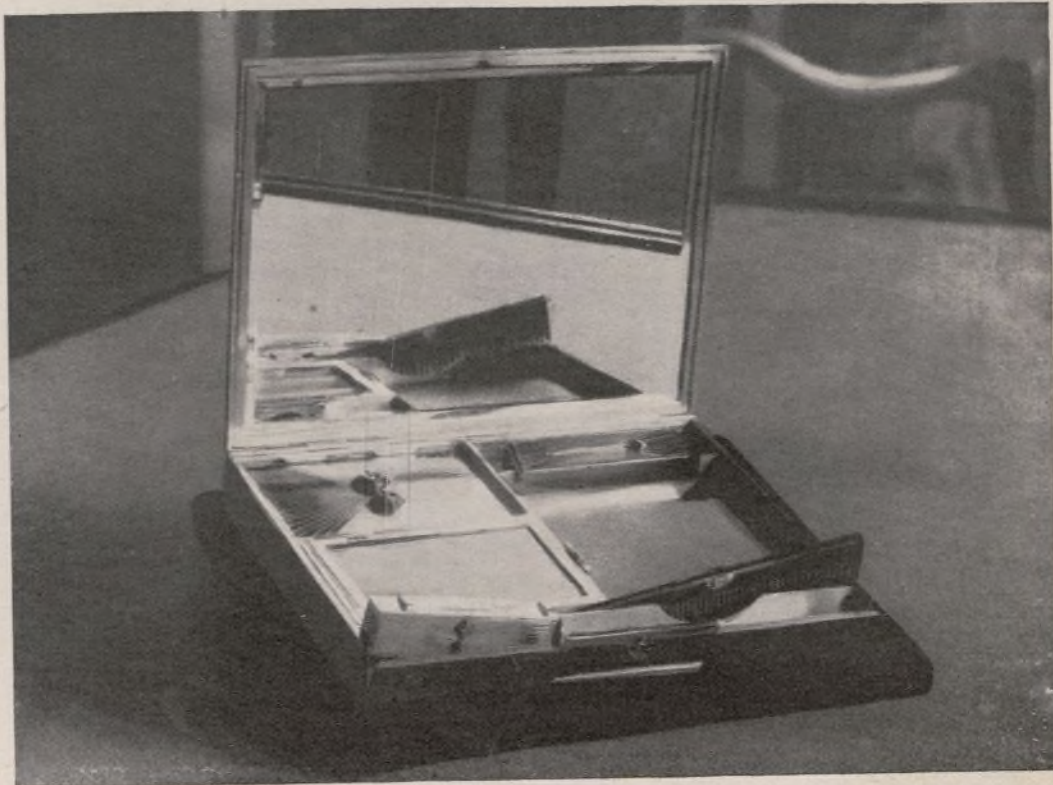
Los dos modelos presentados os gustarán con seguridad.

Uno de ellos presenta el "hiram" o echarpe de cabeza, que hace juego con muchos vestidos de noche. Es un verdadero hallazgo. No es solamente lindísimo y favorecedor, sino también extremadamente práctico. La influencia india es innegable en esta creación: la echarpe, colocada sobre los cabellos, está bordada con un bordado de oro o de color o con un galón de perlas. Cuando no cubra la cabeza, se enrollará al cuello o drapará elegantemente las espaldas o bien caerá como una cola.

Con toda seguridad os habréis fijado también en la pulsera original que lleva el mismo modelo. Y como estaríais muy intrigadas si no os hablase de ella, por lo mismo voy a satisfacer al instante vuestra curiosidad: esta pulsera lleva como colgante un huevo enorme de oro, que hace las veces de polvera... ¿Verdad que es una idea original y práctica?

Son dos creaciones que habrá que recordar...

Y he aquí, para reemplazar el bolso de noche, la nueva "minaudière" para 1935, verdadera joya para colocar encima de una mesa de restaurante o de "bridge". Está formada por una infinidad de tableros de laca engarzados en una montura de oro y piedras preciosas. Encierra todo lo necesario para vuestra belleza: colorete compacto, polvos, peine, cigarrillos, encendedor y un gran hueco para el pañuelo, las llaves, los impertinentes. Y, en fin, ¡qué alegría encontrar un verdadero espejo de grandes dimensiones, que permite poderse ver en conjunto!



La nueva "minaudière" para 1935.

Creación Van Cleef Arpels.

EL MUNDO EN LA MIRADA

La Casa-Escuela para sordomudos

por MANUEL ABRIL

ESPECIAL PARA "CIUDAD"

Un hombre vehemente; una obra humanitaria. Y a más de humanitaria, original y fecunda. La condición primera de esta obra, quizá la más difícil y más honda, el secreto de su fecundidad, depende acaso de que es sencillamente — ¡y tan sencillamente! — una obra de sentido común.

¡Gran lema de combate para toda una acción social de regeneración del hombre, ya en el arte, ya en la vida pública, ya casi incluso en la ciudad: el sentido común!...

Sería cosa, por lo pronto, de ir definiendo un poco lo que se entiende por sentido común, y formar un bello repertorio de paradojas, en donde resultara que se llega a lo más complejo por lo más simple; a lo más difícil por lo más fácil.

Pero vamos al hecho. Un hombre de vehementemente generosidad: Gabriel García Maroto, uno de los pocos Quijotes que andan por el mundo, ha fundado lo que él llama la Casa-Escuela del Sordomundo. Este hombre, que se ha dedicado durante años y años a pintar y a fundar escuelas de arte, ha ido derivando cada vez más sus atenciones y su actividad hacia un fomento y un alumbramiento de los mejores veneros humanos; a Maroto le ha atraído y le ha apasionado — este hombre se ha de mover siempre en pleno apasionamiento — la tarea de ir buscando los impulsos más vivos e íntimos de los niños sordomudos, y va creando una experiencia minuciosa, a fin de conseguir el encuentro de los manantiales ocultos, lo mismo que van por los terrenos los especialistas semicientíficos y semitaumaturgos de los pozos artesanos buscando con la varita exploradora los lugares que ocultan una veta de agua subterránea. Para ello ha fundado en una casita cercana al Paseo de Ronda la Casa-Escuela del Sordomundo.

El sentido común sirve de inspiración a Maroto; el sistema para ir haciendo brotar esos impulsos íntimos acaso sirva de aplicación, no solamente a los sordomudos, sino a toda clase de niños.

El rótulo mismo de la obra: «Casa-Escuela», nos indica el propósito de que encuentren los niños en la escuela más bien una casa propia, un hogar, que un centro de esos que se llaman de enseñanza. La casa representa, o debe representar, para el niño calor, familiaridad y diversión; la casa es el lugar donde se ha de encontrar el ser humano en su centro y a gusto; no estar en la escuela

como en casa extraña, sino estarlo como en casa propia. Pasarlo bien, por lo tanto.

Decía Gedeón que las obras de teatro debían representarse en los entreactos; lo decía porque había venido observando que en los entreactos era cuando la gente se divertía de verdad, y no cuando el telón se levantaba. La sabiduría gedeónica es más profunda de lo que parece; aplicada a la Pedagogía, podríamos decir que el secreto de la enseñanza, por lo menos de la enseñanza del niño, radica en dar las clases a la hora del recreo. Que la clase constituya para el chico uno de los recreos más atractivos, y la naturaleza obrará por sí misma.

Pero ¿cómo conseguirlo? En el *ex libris* o sello que sirve como de lema a la Casa-Escuela del Sordomundo aparece, ante todo, el título de la obra: «Imagen», y además, un ojo de gran tamaño entre una porción de objetos de la vida: un globo, un pez, un árbol. En los prospectos y folletos de divulgación que ha hecho Maroto se encuentran igualmente con reiterada frecuencia las palabras de «mirar y ver». Para Maroto ha de entrar la sabiduría por los ojos.

Es realmente el camino normal de todo conocimiento, y ha de llegarse, en efecto, a la mente por las canalizaciones de los sentidos. Para toda criatura humana rige esta ley, que no será para el sordomudo, para esa criatura que tiene tupidas las canalizaciones normales del oído, y tiene que suplir con los ojos lo que los demás conocemos escuchando.

¿Cómo llegar a decir a la criatura que no oye que hay unas palabras, unos términos sonoros que equivalen a la serie de cosas de que el mundo visual está lleno? ¿Cómo hacerle comprender que llamamos pez al pez, y que la palabra escrita corresponde, por un lado, al animalillo acuático, y, por otro, a una sílaba sonora, a una determinada contracción de los labios y de la laringe, de que el sordomudo no tiene la menor idea?

La palabra es elemento que nosotros tenemos para expresarnos en la vida y para comunicarnos en ella. La palabra, sin embargo, no puede ser el medio de comunicación del sordomudo. Hay en ello un inconveniente, pero también hay una ventaja. La palabra hablada nos ofrece evidentemente un medio



de comunicación aisladísimo, pero también nos ofrece un peligro: el de que vaya desapareciendo para nosotros poco a poco la cosa nombrada, y se nos vaya quedando sólo en el espíritu la etiqueta, el nombre, el rótulo. Cuando yo digo «pez», no veo al pez; cuando mi interlocutor oye que le digo «pez», no ve tampoco al pez. Como nos entendemos uno y otro con sólo nombrar el pez, prescindimos de ver al pez y de imaginarnos al pez. Va,

Dibujos ejecutados por niños sordomudos

pues, desapareciendo el pez con todos sus elementos vivos, para quedar una especie de espina dorsal abstracta, un esquema en el que apenas si quedan ya características vivas del ser a que aludo. La imagen ha desaparecido. Y eso, de ese modo terrible, vamos llenando nuestros interiores de nombres y más nombres, de rótulos y más rótulos, y dejando, en cambio, desahogada el alma humana: sin cosas y con nombres.

Debiera ocurrir todo lo contrario. ¿Qué sería del hombre que se paseara por un planeta en donde se encontraran letreros y solamente letreros; letreros que dijeran: «Aquí había unos álamos», «Aquí había un río», «Por encima de este campo había un cielo, y por él volaba un avión»? Todo el mundo «sabría» lo que había contenido aquel mundo, pero no tendría de él el conocimiento directo de la imagen. Y eso no es vivir. Eso equivale a desangrarse. El mundo se nos ha de representar en imagen, nos ha de impresionar, ha de entrarnos por los ojos, por los oídos, por el tacto, y una vez que ha entrado así ha de pasar allá dentro por las elaboraciones que quieran. ¡Allá el pedagogo luego procure que todos los tipos de esa elaboración sean justos y cabales! Pero a la mue-

la del molino tiene que llegar, ante todo, el trigo corpóreo y real: el auténtico trigo de allá fuera, de los campos. Somos las criaturas auténticos molinos vivientes. El aspaviento exterior tiene que corresponder a la interna elaboración de toda la cosecha recogida por los sentidos, bien abiertos y en su punto.

Para el sordomudo se ha de imponer este camino doblemente; pero nos importa hacer ver que este modo de tratar al sordomudo no es una manera especial de tratar a un desgraciado con métodos especiales y exclusivos de desgracia y atendidos a su desgracia, sino que se trata de aplicar al sordomudo el método humano, el que debiera aplicarse a todos los hombres en general y, con doble razón, al sordomudo. Quiere decirse con esto que trata Maroto de aplicar al sordomudo lo que los pedagogos debieran aplicar de una manera o de otra a todos los hijos del hombre; y que si el sordomudo llega, efectivamente, a encontrar en la Casa-Escuela la formación que su fundador desea, resultará que el sordomudo habrá recibido allí no solamente una educación pertinente al sordomudo, sino la educación pertinente a cualquiera que no sea sordomudo.

El sordomudo habrá encontrado, pues, una ventaja en su sordomudez, pues gracias a ella habrá ido poblándose su espíritu de imágenes e imágenes, habrá ido encontrando en la casa una escuela, en la escuela una casa en donde se le ha ido enseñando, sobre todo y ante todo, los dos movimientos contrarios, pero complementarios, que más influyen en la felicidad de la vida: el de percibir y el de crear.

Trata Maroto, no ya de instruir a los alumnos, haciéndoles que se habitúen a las contracciones necesarias para expeler palabras, o a la percepción necesaria para comprender que el vocablo escrito tiene una significación conceptual, sino que procura ante todo, primero, que el alumno vaya «viendo» una cosa y otra y otra, ya en el natural, ya dibujada, y que después el alumno dibuje por sí mismo lo que ha visto. Con esto se producen esos dos movimientos encontrados de que habla-

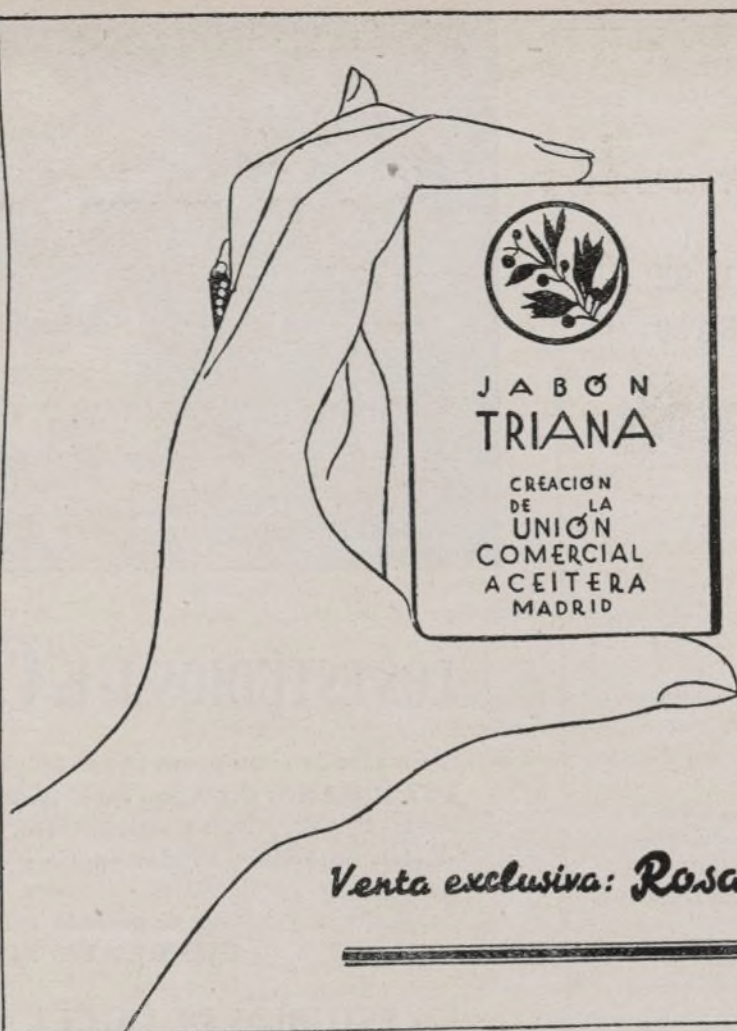
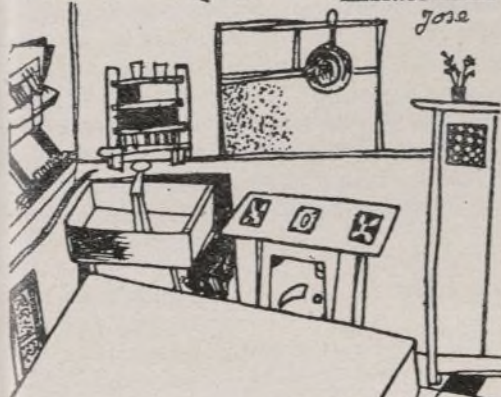


mos. El uno, de afuera adentro, en el que se nos va amueblando el interior con todas las imágenes de lo que hemos visto fuera cuando hemos puesto atención, y hemos aprendido a mirar y a enterarnos de lo que tenemos delante. El otro, de dentro afuera, en el que al dibujar devuelve al mundo exterior, asímilada ya, la imagen que se nos entró anteriormente.

«Nadie piensa—dice Barrés—más que con la pluma en la mano, y es que al ir tratando de exponer y de expresar los pensamientos nos vemos obligados a darles una forma y una precisión que no hubieran tenido de haberlos limitado a pensar o a creer que los pensamos. De la misma manera vemos mucho más cuando tratamos de expresar, representando, dibujando en un papel aquello que hemos visto; sólo entonces podemos darnos cuenta de que no hemos visto las cosas con la atención que creíamos, y podemos, en consecuencia, remediarlo y tratar de verlas mejor. La imagen, siempre la imagen, es algo que vemos, y es algo también que creemos. La función de imaginar es tanto la función de convertir en imagen, en poesía, lo que vemos, como la de crear imágenes que expresen lo que vimos entre la una y la otra. Entre esas dos operaciones esenciales está lo vivo, está la vida entera.

La vida es gozo siempre. El aprendizaje de las cosas nos cuesta dolor, más que por la dificultad misma de aprender, porque los procedimientos pedagógicos no suelen llevar el curso de la vida, suelen ir contra corriente, y de ahí la sensación de angustia y contrariedad que nos hace aborrecer con gran frecuencia todo lo que sea enseñanza.

La Pedagogía de la imagen traslada las horas de clase a las horas de recreo, porque imaginar es realmente re-crear. Y conocer por la imagen es un verdadero recreo. El sentido común resuelve así uno de los problemas más profundos, más fecundos y vitales.



JABÓN TRIANA
CREACION DE LA UNION COMERCIAL ACEITERA (SALGADO, S. A.)

Fabricado exclusivamente con el finísimo aceite puro de oliva UCA, elaborado dentro de los más modernos procedimientos de fabricación.

La pureza de sus aceites, su agradable y persistente perfume y su abundante espuma, hacen del JABÓN TRIANA el preferido de toda persona distinguida.

INDISPENSABLE A TODO CUTIS DELICADO
INSUSTITUIBLE EN TODO BUEN TOCADOR

Venta exclusiva: Rosalía de Castro, 36-Fuencarral, 88

TRES MUJERES, TRES DESTINOS

Violette Nozieres, Arlette Stavisky y Marjorie Tilley Switz

Tres mujeres jóvenes y hermosas han pasado la Navidad en las cárceles francesas, sometidas a los tribunales del crimen de aquel país. Sus procesos han interesado al mundo, sus nombres han llegado a todos los rincones, en todas partes se ha discutido la responsabilidad que pueden o no tener.

Violette Nozieres, Arlette Stavisky y Marjorie Tilley Switz integran el tristemente célebre trío. De origen diverso, de educación distinta, acusadas una de parricidio, otra complicada en grandes estafas, la última de espionaje; acostumbradas unas a las miserias, otras a la opulencia, el destino les ha puesto el común denominador de la justicia del crimen y las somete, uniformemente, al juicio de los hombres.

Impasibilidad de una.

De las tres acusadas, sólo sobre una se ha dictado el fallo, y la pena ha sido de muerte. El telégrafo registró hace apenas dos días la conmutación de la pena por reclusión perpetua, firmada por el presidente Lebrun. La noticia no tuvo el menor efecto sobre la joven de diecinueve años, marcada por la vida de privaciones, llevada al crimen por las condiciones de su existencia. Violette Nozieres ha sentido la proximidad de la guillotina sin el sobresalto del miedo y la ha alejado sin el estremecimiento de la felicidad. Sin duda alguna, la vida es más dura y más penosa que la muerte.

Ternura de otra.

Arlette Stavisky ha defendido su posición ante el tribunal con una sola frase: "Si la ternura es un delito, entonces soy

culpable." Envuelta en la aureola deslumbrante de joyas y millones, después de una vida millonaria, Arlette Stavisky, figura de primer plano en el "affaire" mundialmente famoso que perturba la vida pública, económica y social de Francia; que voltea gabinetes y provoca acusaciones y suicidios, que le quita la vida a su marido, que hunde en la miseria a miles de familias, soporta la cárcel y el proceso alegando su inmenso amor al esposo y a los hijos.

Matan lo que aman.

Mientras aquella Violette Nozieres vive en la miseria, esta Arlette Stavisky deslumbra en los salones. Para la primera, el champaña es lo que nunca podrá beber, para la segunda es lo que no podrá dejar. Contrapuestas en el fondo oscuro de la vida parisién, en ambientes opuestos; conducidas por afanes contrarios, alcanzando una lo que la otra no logra sino en sueños, ambas mujeres, jóvenes y hermosas, comparecen ante los tribunales, habiendo perdido idénticamente lo que amaban. Se cumple el destino previsto por Wilde: "Cada uno mata lo que ama:

TRISTE FAMA

el más cobarde, con un beso; el más valiente, con la espada."

Para una, la pena de muerte, que acaba de serle conmutada. Para la otra, la posibilidad de libertad provisoria, que acaba de ser pedida.

Junto a ellas, y como ellas envuelta en la atmósfera escandalosa del delito, está Marjorie Tilley, sobre la que pesa la acusación de espionaje; norteamericana de origen, pero educada en el más aristocrático colegio francés.

Tres mujeres, tres delitos, tres rumbos orientados en forma absolutamente distinta, tres temperamentos femeninos obedeciendo a sugerencias y accidentes de educación y fortuna dispares.

Un solo ambiente las ha cercado a las tres ahora. Una misma justicia las juzga y las condena. Una misma fama, extendiéndose por el mundo, las presenta ante sus contemporáneos: celebridad desgraciada y triste, más desgraciada y más triste porque son mujeres las tres, jóvenes, hermosas y, acaso, no son delincuentes...

FEDERO

SASTRE

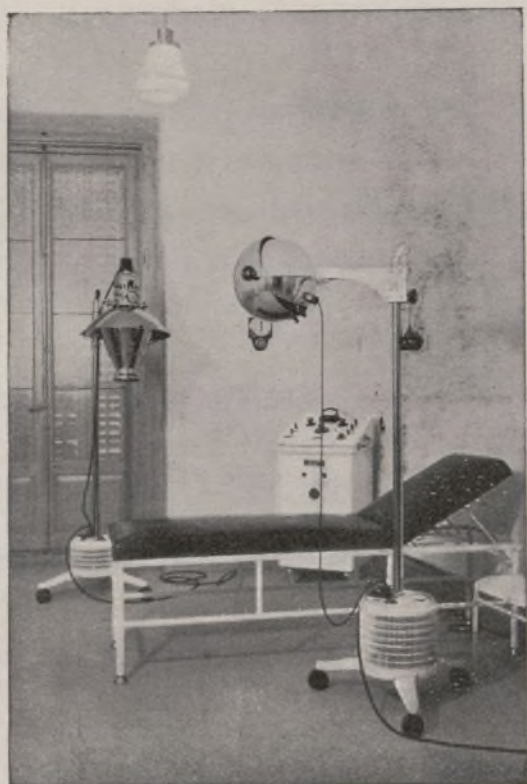
Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884



"HERMES"

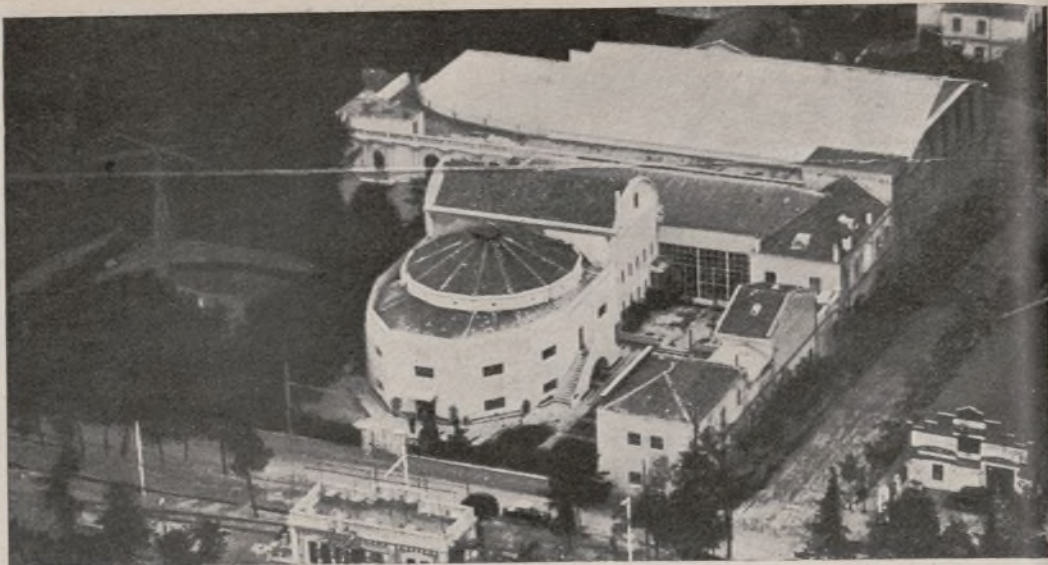
MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17
Dirección: 27914
Clínica: 27915



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La travesía molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.



Cinematografía Española Americana

S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfono
núms. 53287 - 61329 - 61838



Mientras estaba en el café, llegaron a mis oídos las frases más extraordinarias que pueden pronunciarse en nuestro decrepito mundo terráqueo.

—Cuando estaba en América, cazando elefantes, me ocurrió...

Levanté, asombrado, la cabeza, y observé al que terminada de hablar en aquella forma: se trataba de un jovencito rubio, de aspecto cansado, inclinado hacia dos hermosas señoras sentadas a su lado. El hablaba y ellas escuchaban atentamente, con los ojos brillantes y sus pequeñas boquitas rojas semiabiertas por lo sorprendente de la narración que escuchaban sus oídos.

—Además, debo advertirles que los elefantes americanos se destacaban por su terrible ferocidad y por su fuerza.

El honrado corazón que palpitaba dentro de mi pecho no pudo resistir más. Me puse de pie y avancé hacia el que hablaba; presenté mis excusas a las damas y, mirando fijamente al fantástico cazador, le dije:

—Perdone, usted miente; está engañando a estas dos señoras miserablemente.

El jovencito saltó de su sillón como movido por un resorte. Sus ojos echaban chispas, mientras movía la mandíbula como un perro bulldog.

—Sí, señor; usted miente, y no estoy dispuesto a que se digan mentiras tan estúpidas.

—¡Muy bien, caballero! ¡Espero me dará satisfacción por este insulto!

—Cuando, donde y como le plazca; pero no por eso en América se cazan elefantes.

No soy un tipo pusilánime, pero un duelo es un duelo; estas cosas las considero seriamente. Entonces me dedico a la tarea de resolver los tradicionales inconvenientes: buscar padrinos y médico, escribir las últimas cartas a los parientes en caso de una posible desgracia y otros detalles más. Hasta el día siguiente, el asunto quedó arreglado. Por la noche llegaron mis padrinos con la respuesta.

—¡Todo está listo! Mañana, a las siete, detrás del cementerio. Será a pistola.

—¿No estaba contrariado ese individuo? ¿No demostró temor?...

—Absolutamente; ha aceptado todas nuestras condiciones. Es un valiente.

EL GRAN EMBUSTERO

Por ARCADY AVERCHENCO

res y, después de una breve discusión, midieron la distancia reglamentaria, nos dieron las pistolas, mientras mi enemigo y yo no nos dignamos mirarnos. Esta circunstancia es algo así como una particular delicadeza hacia el presunto cadáver o un singular desprecio hacia el adversario.

El juez comenzó a contar los pasos, y, a medida que caminaba, mil pensamientos acudieron a mi mente. ¡Pensar que por la estúpida mentira de un imbécil podría convertirme dentro de breves instantes en un precioso cadáver!

—¡Veinte!

Era la voz del juez; giré automáticamente y apunté; pero cuando iba a hacer funcionar el gatillo, algo hizo que bajara mi brazo.

—Oigan—exclamé, sorprendido, a mis compañeros—: ¿qué diablos sucede? ¿Quién es ese señor?

—¿Cómo? ¿Quién es?

—¿Qué enredo es éste? ¿Están seguros que es ése el señor que nos escribió ayer?

—Claro que es él. Con la dirección que usted nos dio, fuimos a casa de ese caballero y arreglamos las condiciones como mejor pudimos.

—¡Pero ése es moreno y el que me desafió era rubio!...

La misma discusión había surgido en el bando contrario entre mi adversario y sus padrinos.

—¡Qué han hecho ustedes!—gritaba en voz alta—. ¿Quién es ese individuo que está frente a mí con una pistola en la mano?

Uno de mis amigos se acercó al grupo contrario.

—Pero ¿qué sucede? Ayer fuimos a su casa y aceptó las condiciones del duelo.

Los dos grupos se aproximaron, gesticulando animadamente.

—En efecto. Yo acepté porque creí que ustedes venían en representación del individuo que me había desafiado, pero no he tenido nada con este señor. Al contrario: me es extraordinariamente simpático. ¡Buenos días! ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias—respondí, estrechándole la mano como a un viejo amigo. Le mostré la tarjeta que había recibido en el café.

—Perdone, ¿esta tarjeta es suya?

—Sí, es mía. Se la di hace dos días a un sujeto rubio que decía...

—Un momento—interrumpí con cierta alegría—. ¿No eran mentiras capaces de resucitar a un muerto?

—Lo mismo. Afirmaba públicamente, en mi presencia, que se había casado con Sarah Bernhard y que ella, celosa por sus conquistas, se había tirado desde la ventana de su departamento.

Continuamos charlando lo más amigos; poco después regresábamos a la ciudad y nos íbamos a un restaurante; después resolvimos pasear para hacer la digestión.

Mi nuevo amigo me tiró repentinamente de la manga de la chaqueta.

—¿Qué ocurre?

—El marido de Sarah Bernhard, el cazador de elefantes americanos. Camina delante de nosotros acompañado de una señora.

Nos acercamos a la pareja para oír lo que decía el hombre.

—En efecto, para mí los duelos no son novedades; lo que sí es cierto es que los hombres de hoy son unos cobardes, y le aseguro que lo afirmo por experiencia. En estos últimos tres días fui desafiado por dos sujetos: ni uno ni otro me han enviado sus padrinos. Tuvieron miedo de que les perforase el pellejo.

A la noche siguiente, mi amigo y yo estábamos cómodamente sentados en el "fumoír" de mi palacete, esperando con impaciencia la salida de los diarios de la noche. Oímos abrir una puerta y, poco después, un sirviente entraba trayendo varios periódicos.

Tomé uno y busqué la sección "Policía".

Leí con mi amigo:

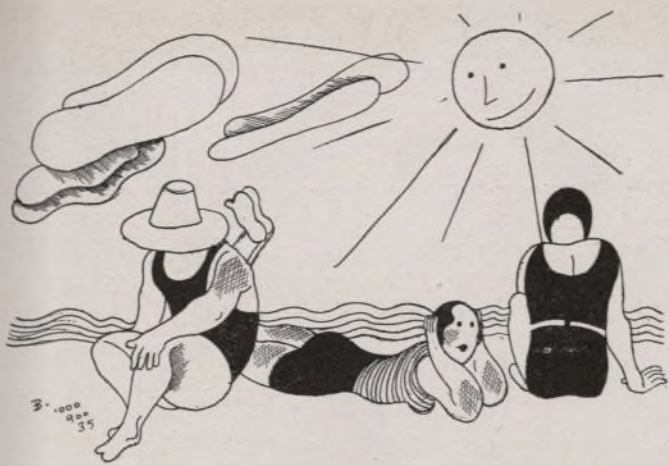
"Joven asaltado en la vía pública.—Hoy, en las primeras horas del atardecer, el joven X. X., mientras transitaba por la calle Tranquilidad, fué asaltado por unos individuos. De acuerdo con las declaraciones de la víctima, ésta se defendió a golpes de puño, librando una verdadera batalla con sus agresores, derribándolos varias veces y poniéndolos en fuga sin permitir que le robasen ningún objeto. Desgraciadamente, el valiente joven no salió ileso del encuentro, puesto que presenta varias equimosis en el rostro y una inflamación pronunciada en el ojo derecho..."

Mi compañero lanzó una sonora carjada:

—Es inútil. Ese estúpido, a pesar de la trompeadura que le dimos, no se ha corregido.

A las siete menos cuarto, los míos y yo estábamos en el lugar indicado. Diez minutos más tarde apareció mi adversario. Mis padrinos se dirigieron a él, hablaron con otros dos señores...

Ayuntamiento de Madrid



CON EL MEDICO

BAJO EL PODER DEL SOL

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

Quien intente forzar a la naturaleza a variar su operación fisiológica normal podrá lograr su objeto inmediato, pero es lo más probable que el costo resulte exorbitante y desgraciado.

JORGE GRAY WARD.

Cuántas veces, mamá y papá, al consultar con el médico algunos de esos padecimientos de vuestros hijos, que se manifiestan en que el niño no siente deseos de jugar, ni ganas de comer, ni apetencias de alegrías ni de diversiones; cuando le halláis triste sin motivo, pálido, ojoso y con evidentes demostraciones de cansancio; uno de esos estados, en fin, de supuesto patologismo, y que sin saber por qué acudís en ansia de consejo a la consulta, os habrá respondido el doctor como solución a la interrogante:

—Lo que tiene el niño se cura fácilmente haciéndole tomar el sol; ¡téngalo a la luz, al aire, nada más!

Vosotros—confesar que tengo razón—abandonáis la visita con un extraño amargor de escepticismo, dudando de aquellas sencillas palabras, que tienen más de vulgares que de científicas, y en las que se condensa lo que a cualquier profano en materia terapéutica se le hubiera podido ocurrir. ¡No dudar!

Cuando el médico—el único que puede hablar así—os diga que es necesario para la salud de vuestros pequeños que *toquen el sol*, ¡mirad qué cosa más fácil!, hacedlo con fe de convencidos, en la seguridad de que el tratamiento natural ha de serle más útil, más práctico y más barato en la mayoría de los casos, que todos los medicamentos de botica, que fácilmente pudiera haberle recetado, por muy caros que sean, pues aunque parezca mentira, mucha gente *estima y valora* la bondad del producto farmacológico por el precio que marque la caja registradora.

Claro que el sol, como el aire y la luz, admirables agentes que la naturaleza ha puesto gratuitamente al servicio de la patología, hay que administrarlos—como medios terapéuticos que son—con pleno conocimiento de sus ventajas y de sus indudables inconvenientes, para no caer en lo que harto estamos de ver y es que por abuso de lo que es tan *fácil* de aplicar se producen variedad de lesiones y complicaciones derivativas, debidas a la absurda dosificación de lo que, como todo en la delicada materia de la terapéutica, hay que saber administrar con *conciencia y conciencia*.

El sol posee tres clases de rayos: luminosos, químicos y calóricos. La experiencia, solución de muchas incógnitas, enseña que la luz aplicada tiene el inconveniente de producir una quemadura, un eritema, motivado por los rayos químicos o ultravioleta.

Los múltiples efectos que pueden tener lugar en el curso de los baños de sol cabe dividirlos en tres grandes grupos: locales, que aparecen en la piel y en los ojos; regionales, ligados a una afección antigua, y generales, debidos a la influencia excitante sobre los centros nerviosos y la circulación.

La quemadura y la jaqueca oftálmica son los efectos locales más frecuentes.

Para la primera, basta suspender el baño durante tres o cuatro días y cubrir la parte afectada con polvos inertes. Entiéndase bien: al escribir tal, nos referimos a las quemaduras de tipo leve, sencillas y sin complicaciones infectivas.

La jaqueca oftálmica, que se presenta al principio del tratamiento y es producida por la intensidad de la luz sobre los ojos, se puede evitar también de fácil manera con la aplicación de unos cristales de oscuro color que amortigüen los poderosos efectos de la esplendorosa luminaria.

Las causas regionales, como ya hemos hecho mención, van ligadas a las afecciones antiguas, que pueden reproducirse bajo la influencia excitante y congestiva del sol.

Dicho esto, ¿no caen por su base todas nuestras alabanzas a la acción del sol, al afirmar nosotros que, por su efecto, las antiguas lesiones reaparecen con la misma fuerza que al principio? No, y diré por qué. Este despertar, este regreso al primitivo estado de las lesiones es el *latigazo* que sufre el organismo por el tratamiento, el esfuerzo realizado por la naturaleza para librarse de un daño; en una palabra: la reacción curativa.

Todo el arte de curar, aparte la alimentación y el descanso, está en saber excitar. Sin embargo, en el tratamiento no

existe únicamente el remedio: existe también el enfermo y su modo de reaccionar. De manera principal, no todos los niños reaccionan de idéntica forma, y ello es motivo de una rigurosa observación que recoja las impresiones en el curso del baño, así como todo lo que suceda después, en las horas de calma y sosiego que siguen al mismo.

«En invierno—decía Rikli, el genial alemán—es cuando se experimentan los grandes beneficios del tratamiento seguido en el verano.» En efecto, en el clima del Mediodía, donde el sol es más generoso que en las regiones nortefías, la acción curativa es indudablemente más intensa, y en uno o dos meses aparecen los buenos resultados que se buscan, y los enfermitos, a este tiempo de haber suspendido el tratamiento natural, reciben el efecto bienhechor de que, en verdad, dudaban los mayores.

Los efectos generales serán tanto más halagüeños cuanto más método haya en la aplicación del baño. Su duración, por tanto, debe estar reglamentada a las condiciones fisiológicas o patológicas del que haya de someterse al método solar, dirigido y controlado por persona competente, y nadie mejor que un médico especializado es el que debe encargarse de ello, y el único con autoridad para dosificar en cada caso en particular, según la receptibilidad de quien, siguiendo la prescripción facultativa, pone su organismo bajo el poder de los rayos del sol.

Como resumen de cuanto escribimos, vienen a los puntos de la pluma tres frases que compendian los magníficos efectos de las fuerzas naturales, y que, en su brevedad, dicen con la autoridad de sus autores mucho más que lo que yo—constante aprendiz de mi profesión—podría decir con mis insubstanciales garrapatos: «El aire—afirmaba Hipócrates—es el primero de los alimentos.» «El sol es el gran generador de la energía y de la vida», escribió Rikli. «La luz—comentaba Nevens—es el tónico mejor de los centros nerviosos.»

¡Para qué escribir más!

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

Cambio de nombre

Existe en Berlín, en el Ministerio del Interior, una oficina encargada de informar las solicitudes de modificación del estado civil.

El otro día, un hombre elegantemente vestido, se presentó en dicha oficina y declaró al empleado su propósito de cambiar el nombre.

—Es muy fácil—respondió amablemente el funcionario nazi—. ¿Cómo se llama usted, señor?

Después de un segundo de vacilación, el postulante murmuró:

—Adolfo Cohen.

—¿Cómo!—rugió el empleado—. ¿Usted cree que con un simple cambio de nombre podrá borrar su origen no aric para tratar de engañar a los buenos alemanes?... Sepa usted, innoble sujeto, que ya no estamos más bajo el nefasto sistema de Wéimar, y que en el Tercer Reich de Adolfo Hitler...

—Justamente—interrumpió tímidamente el no ario—. Yo no quisiera cambiarme el apellido, sino mi nombre de pila (Lu, París.)

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS

Ptas. 6

CUBIERTO SELECTO.

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

Ayuntamiento de Madrid



¿Quién era Robinsón Crusoe?

Por FRANK LESLIE

¿Quién era Robinsón Crusoe? ¿Lo sería, como se ha afirmado, el valiente marinero escocés Alejandro Selkirk?

No cabe duda acerca de que Selkirk conoció a Defoe, un buscador de noticias sensacionales, un «pioneer» del periodismo, que no dejó de aprovechar aquel encuentro. Selkirk era a la sazón dueño de una taberna en Clapham, y Defoe residía en Stoke Newington, no muy lejos de allí.

En mayo de 1924 fué vendida en Sotheby una pistola antiquísima, perteneciente a un tal Berens, quien, al leer la inscripción grabada en el puño de aquélla, comprobó que pertenecía a Alejandro Selkirk y se propuso verificar su autenticidad; con tal fin se trasladó a Clapham, donde supo que, junto con otras pertenencias del marinero, había sido vendida después de su muerte, ocurrida en el mar en 1723.

Selkirk era un hombre de carácter retraído y circunspecto, debido tal vez a su larga permanencia en la solitaria isla de Juan Fernández. De ahí que resulte poco probable su deseo de una publicidad mayor que la recibida del capitán Woods Rogers, su salvador, quien publicó detalles de su vida en el libro «Cruceiro alrededor del mundo, 1708-11».

Sin embargo, aun en el supuesto caso de que Selkirk fuera el prototipo del héroe de Defoe, ¿dónde fué el autor a buscar un hombre tan poco común como el de Crusoe? Hay quien dice que Defoe adoptó ese nombre en recuerdo de un compañero de colegio llamado Timoteo Cruso, al cual añadió la «e» final en la misma forma como hiciera con el suyo al incorporarle la partícula «De». Timoteo Cruso no había sido nunca marinero, no había estado jamás en el mar; ¡era mercader de sedas, y también predicador!

La vida de Defoe, llena de agitaciones, tenía necesidad de aventuras. Enemigo de Jacobo II, a la edad de veinticinco años defendió la causa del infortunado Monmouth.

Escapó con suerte a los disturbios de Sedgemoor y a la ferocidad del juez Jeffries, sin que por ello disminuyera su antipatía por el Rey. Después de la revolución de 1688 se trasladó a Henley, y allí se unió con Guillermo de Orange en su marcha a Londres. Soldado de un regimiento de Caballería, escoltó a Guillermo y a María al dirigirse al banquete oficial en el Guidhall el 29 de octubre de 1688. Al año siguiente le concedió una audiencia el rey Guillermo, quien le confió una misión especial y le nombró agente del servicio secreto para vigilar las actividades de los jacobistas en el Norte.

Cuando la reina Ana subió al trono, Defoe ocupaba todavía ese cargo, y realizó numerosos viajes a Escocia. En 1706 se dirigió al Norte, y no regresó hasta 1708. En esta ocasión, y por razón de su cargo, visitó varias veces la ciudad de York.

Allí, en las numerosas y viejas callejuelas que desembocan en el río Ouse, habitaban pescadores y gente de mar. En una de ellas, conocida con el nombre de Skeldersgate, nació Robinsón Crusoe en 1632, el marinero que Defoe debe haber conocido en una de sus varias visitas a York, y en quien se inspiró para escribir su novela «La vida y aventuras extraordinarias de Robinsón Crusoe, marinero de York, que vivió veintiocho años de completa soledad en una deshabitada isla de la costa de América, cerca de la desembocadura del río Orinoco, luego de salvarse de un naufragio, en el cual perecieron todos sus compañeros».

Como obra de la fantasía, esta producción tendrá todo el valor merecido; pero es el caso que Robinsón Crusoe, el hijo de un extranjero de Bremen, existió y fué contemporáneo de Defoe.

Mucho se ha hablado sobre el lugar y la época en que Defoe escribió su libro. Hombre de trabajo, fué también escritor prolífico. Aunque confinado en Newgate, redactó numerosos libelos, y en sus horas libres no estuvo jamás ocioso. Al mismo tiempo que se ofrecía una recompensa por su captura y se publicaba la descripción de su persona, nuestro hombre pasaba su tiempo en la elaboración de su obra. Todavía podemos ver en Hartley, distrito de Kent, la pequeña casucha—ya vieja en aquellos tiempos, y más arruinada ahora por la acción de los años—donde Defoe escribía su libro, en «la habitación situada sobre el lavadero», lejos de los inoportunos y de la persecución de las autoridades. Aquí, en este desconocido refugio, fué preparada la obra más popular y de mayor venta en todos los tiempos.



Plantar un árbol. Plantar un árbol para sí, es decir, con algo de egoísmo, para gozar de su sombra nemorosa, de su frescor, de su perfume. Así lo hice. Y aquel árbol era el rey del huerto. No parece sino que porque fui yo quien con mis manos cavé la tierra que habría de cubrir sus raíces, y puse en ella mis sudores y mis jadeos, su savia se anegó de ansias de fructificar, se sintió traspasada por mi impulso creador, y el tronco se elevó recto y fuerte, creciendo en brazos y en hojas con maravillosa rapidez. Orgulloso se sentía y me sentía. El, asomando su copa, como la cúpula de una pagoda rusa, sobre los demás follajes. Yo, gozando siempre junto a él de su sombra acogedora, dejándome recostar sobre su tronco hospitalario. Nos conocíamos. Con él, yo nunca estaba solo; se había convertido para mí, de algo, en alguien. Nuestros coloquios eran largos, intensos, inacabables, como los de dos enamorados. Yo limpiaba su tronco de impurezas, le libraba de asaltos de insectos y hormigas, y él, agradecido, se esponjaba, tapaba sus resquicios para librarme del sol en la canícula; y en los días otoñales, en que se busca la caricia áurea, se despojaba veloz de sus vestiduras, quedándose desnudo, y así podía yo seguir a su lado, como siempre, sin ir a buscar otros lugares, porque, junto a él yo lo tenía todo.

Aquel árbol tenía inteligencia. Sabio magnífico, de agudeza ingénita, puesto que nadie hubo de enseñárselo, comprendió, presintió a ese genio maléfico que se llama hastío, que penetra en todas las cosas y en todos los lugares. Y, para que entre él y yo no prendiese aquella mala semilla, para que nuestros coloquios no muriesen de languidez, un día me sorprendió con un dulce presente, espléndido regalo que el árbol me hacía a mí, su valedor. No me cabe duda que la noche antes se acicaló como un Narciso y se contempló en las aguas del estanque; que llamó al peine de los vientos para que encrespase sus cabellos verdes y se llevase el polvo de sus hojas. Y con estas artes, que no me atrevo a llamar cosméticas, se transformó insospechadamente, cogió del aura todos los perfumes, lavó sus verdes hojas con rocío y se ofreció en la mañana espléndida. Y como él pensara, sucediera. Aquel día, entre sus ramas, apareció un nido, un nido acogedor y gorjeante, lleno de plumas coloridas y de píos incipientes. Y de este modo, cuando él y yo callábamos, charlaban los pájaros sus trinos puntiagudos como flechas de luz. Se pobló aquel hogar natural, porque un árbol sin pájaros es como una casa solitaria.

Pero un día maldito, por no sé qué intrincados textos legales, vinieron a decirme que todo aquello que en derredor del árbol yo creara, que el árbol mío, que yo hiciera nacer con mi esfuerzo, no me pertenecía, porque un artículo, un apartado, una disposición así lo mandaba. Y me despedí de mi árbol bueno, de mi árbol amigo y compañero, y vi cómo otros hombres con afiladas hachas cercenaron su copa, maltrataron su tronco, impávidos antes los gritos, los gritos, sí—que de sus ramas desgajadas salían pidiendo auxilio, pidiéndome auxilio a mí, que, inerme, no podía prestárselo, porque no tenía en favor mío ninguno de esos textos ingratos que se llaman leyes. De mi alma se desgajó también algo inefable que no puede escribirse ni explicarse. Así murió mi árbol, y, como el amante que conserva las trenzas de la amada muerta, así conservo yo un trozo de aquel tronco, santificado por el recuerdo.

Escribir un libro. Otra ansia humana de las más nobles. Desde las inscripciones sobre la piedra basáltica de Rosetta cre-

TRES VIDAS Y TRES MUERTES

Por JOSE MENDEZ HERRERA

ILUSTRACIONES DE GORI MUÑOZ

ció el noble afán de fijar en trazos indelebiles los hechos pretéritos, las huellas que dejaron los humanos sobre la tierra. Y escribieron los sirios y egipcios sobre el papiro, y los habitantes de Troade sobre las pieles de Pérgamo, y los romanos sobre el tejido libérico, hasta que nació el genio de Maguncia y se pobló el mundo de esos diminutos tesoros que se llaman libros. De entonces acá, el dar forma material a las ideas ha sido el más divino impulso que moviera la mente humana. Nada tan acogedor, nada tan sumiso, nada tan supremo como un libro. El libro es la obra magna del hombre. Merced al libro somos lo que somos, en lugar de unos seres más con vida sobre la tierra. Dotados de la facultad de pensar, la suprema facultad de pensar, ¿qué mejor regalo que un sitio donde grabar esos pensamientos? Orgullo cimero, galardón inapreciable es el libro. Panacea, sedante, fuente de saber, clarear de horizontes ignotos e insospechados, rayo potente de luz que penetra en los señeros rincones del cerebro, frescor de arte sublime: eso es el libro, el libro hermano, el libro maestro, el libro esclavo.

Yo también sentí esa vívida comezón de escribir un libro. Y en las noches solitarias y calladas, y en las mañanas pléticas de sol, y en las tardes pardas de crepúsculo, en mi cerebro se fueron agolpando las ideas, una tras otra, como moluscos que se pegan a la roca, y la ebullición final tuvo su eclosión en el crisol de la inteligencia, y, abierto el tubo de escape de la pluma sobre la cuartilla alba, con temblor magnético de poseso, con avidez de lunático, con tremor en el pecho y en el alma, fué naciendo poco a poco aquel libro, página tras página, hasta formar el volumen compendio de mi esfuerzo, satisfacción de mi vanidad creadora, orgullo de mi facultad de ser pensante. Y yo, en mi errada soberbia, creí mi libro la más grande obra que naciera sobre la tierra. A su lado, convertíanse en sombras los ingentes volúmenes del Pentateuco; los nombres del Dante, de Cervantes, de Goethe, no llegaban a mí sino como ecos lejanos de algo que sonara en un tiempo y que ahora se acercaba a mis oídos con leve retumbar. Mi libro sería para entregárselo a los dioses, en montañas altísimas, donde bajaran a aprender de mi ciencia sobrenatural los espíritus de aquellos que fueron y ya no volverían a ser. Pero llegó entonces la terrible Odisea. Aquel libro que antaño lo hubiera sido al instante, entregado a algún monje copista o a algún escriba de Sardanápalo, ahora, para serlo, necesitaba de un editor. Y, como Diógenes en busca de un hombre, así salí yo del tonel de mi anonimato, con el farol de mi ingenuidad, en busca de uno de esos seres que quisiera verter en el molde de sus máquinas aquellas ideas mías, que yo supus asombrarían al mundo, tras-



ladadas al papel con estremecimiento febril de iluminado. Y, día tras día, nuevo Judío Errante, recorrí la senda eterna, llamando de puerta en puerta, mendigando un mendrugo de atención, un trozo de oídos; pero los aldabozanos míos se apagaban en las cancelas guatadas de indiferencia, de desesperaciones y de cansancios. Mis ideas se morían, lacias, en las cuartillas sueltas; perdían su oriente, como las perlas ocultas en el arca; se apolillaban, hastiadas de desprecio. Y, cansado de recorrer sin descanso el mismo sendero tantas veces, volví a mi hogar, nuevo hijo pródigo, después de haber malgastado todo mi caudal de energías, horro de esperanzas, y mis hojas repletas quedaron guardadas en el cajón más profundo, y allí perecieron, no sé cuándo, en las fauces de los roedores, que se alimentaron con mis ideas.

Tener un hijo. O, lo que es igual, sentirse Dios. Aquello tan nuestro, lo hicimos nosotros, es carne y sangre igual que la que cubre nuestros huesos y baña nuestras arterias; es algo que lleva nuestras taras y nuestros tesoros. Vértice de todos nuestros pensamientos, en él se concentra el acervo de esperanzas soñadas, claras como amaneceres de primavera. ¡Un hijo! Tener un hijo es como sentir un dolor. No se sabe lo que es hasta que se experimenta. Es un baño de estrellas que os cubre y os ciega; es una corriente magnética que os atrae y os impulsa. Es una luz cegadora que no sabéis si os alumbrar u os deslumbrar. Es no sentir para sí ni por sí solamente. Es no gozar por sí ni para sí únicamente. Es un resplandor intenso; es una dejación de todas nuestras potencias, paradójicamente unida a una nueva voluntad más fuerte, más sana, más potente, más viva, que os nace, que os brota del alma, de un alma nueva también, hecha de jirones, de deseos y de añoranzas, de retazos de ambiciones magníficas, de orgullos de vuestro orgullo, de soberbias de vuestra soberbia.

Tener un hijo es como tener un tesoro todo vuestro, que no queréis ni podéis gastar. Es querer conquistar un mundo para ser el último esclavo después. Es no querer nada para quererlo todo. Es cerrar el alma con una llave de intrincado secreto, y que se abre tan sólo a un soplo de brisa filial. Encontrarse sin nada cuando creáis tenerlo todo. Tenerlo todo cuando pensásteis que no teníais nada.

Pero, de pronto, os dejaron sin luz, sin estrellas, sin voluntad, sin tesoro, sin alma. Lo que creáis vuestro, sólo vuestro, tan vuestro que érais vosotros mismos, se lo llevaron inopinadamente, porque alguien lo reclamaba—según ellos—con más derecho que vosotros a retenerlo a vuestro lado. Y se encarnizaron en su cuerpo; y en unas tierras lejanas, fuera de vosotros, sin que pudierais socorrerle, ni besarle, ni poner vuestro cuerpo delante del suyo para librarle del mal, ni cegarle para que no viese aquellos horrores, ni taponarle el alma para que no sufriera, sabéis que dejó de ser vuestro hijo para convertirse en pasto de la Muerte. De Dios que os creáis, os trocaron en pigmeo, roto, apesadumbrado, aplastado sobre la tierra como un gusano, con la carga de un dolor que no sabéis dónde esconder.

Plantar un árbol. Escribir un libro. Tener un hijo. Tener cosas bellas, sublimes, redentoras y magníficas. ¡A nadie más que a ti, Hombre, le fué dado el realizar cosas tan altas! ¡A nadie más que a ti, ¡Hombre!, encargaron el vil menester de destruirlas!



Mar Egeo

La proa del barco, tijera de acero, rasga en dos la seda verde del mar.

Tal vez Anfítrite ha encargado un nuevo traje de baile. Debe de estar cansada del eterno azul mediterráneo. Veo mi sombra, acodada entre jarcias, en el fondo arenoso del mar, iluminado por el sol. Me extraño de ver que mi sombra puede aguantar tanto tiempo sin ahogarse y sin tender hacia mí sus negros brazos. Para evitarla peligros me voy al bar del barco. Pero ella también se va—¿adónde?—bajo el barco.

Egina

Surge del resplandor solar como una ballena dormida. El puerto extiende hacia nosotros, como en una bandeja, una encantadora iglesita color de rosa, color de juguete barato.

Pero no me engañarás con ese gesto, Egina. Sé que te enorgulleces de poseer en tu cumbre el templo más viejo de Grecia: el templo de la Luna, de cuando los griegos aún no se llamaban griegos y la Luna se llamaba Aphaia...

No lo veré esta vez. Vamos a Poros, y el barco apenas hace escala, unos minutos para que bajen unas cuantas campesinas de negro, con collares de gallinas espeluzadas, y unas gitanas de Tebas, que parecerían del Sacro Monte sino llevasen los pañuelos blancos sobre los rostros verde luna, al modo de un tocado de esfinge.

Y luego hay una invasión de mozállones negruzcos y vengingleros, cargados de alcarrazas de forma arcaica, pintareadas de floripondios que ya no son ingenuos, porque los hacen «en serie», como cualquier pintor a la moda.

Piden por ellos como si fuesen joyas de museo, y acaban por venderlos a cualquier precio, porque el barco se va. Y así y todo, ganan.

En la orilla de una playita, sobre una barca de ocre y verde, con velas de remendada púrpura, unos marineros compran sandías de claro jade a un semidiós marino, reluciente de agua y de sol, desdeñoso y acurrucado entre cestos de tomates y de pimientos verdes.

Poros

Gritan los barqueros como los héroes de la Ilíada, y, como gaviotas rodeando a un tiburón muerto.

Gritan los barqueros como los héroes de la «Ilíada», y, como ellos, se insultan.

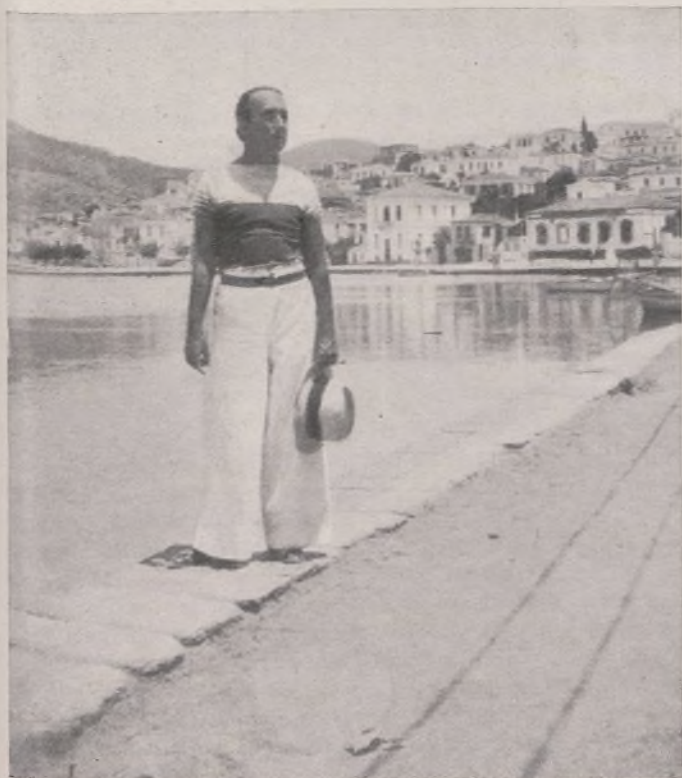
Como lo primero que se aprende de un idioma es todo lo que es necesario olvidar luego, puedo apreciar que en Grecia, como en España, las pobres familias de los contendientes salen muy mal paradas, aunque no peor que la corte celestial, sea católica u ortodoxa.

La isla de Poros tiene un aire romántico de estampa francesa de la época de Lord Byron, con su roquedal puntiagudo, erizado de cactus, y con un faro en lo alto. Y a lo largo de los muelles, casas marineras, de color de sandía alierta, de cangrejo musgoso, de pedrusco salobre.

A lo largo de los muelles, en el agua verdemusgo, caiques medio sumergidos bajo montones de frutas, de tomates, de pescados brillantes. El mercado es marítimo, y las mujeres, que desde el muelle compran y regatean, chillan como aves marinas.

¿Es acaso un coro de opereta? Grupos de marineros, de blanco, con grandes sombreros de paja, pasean simétricamente o contemplan las fotos del cine al aire libre, muy 1912. Francesca Bertini y Pina Menichelli gozan aún de una gloria desteñida entre los alumnos de la Escuela Naval de Poros. Prestigio y poder del celuloide, que conserva las bellezas pasadas en gelatina, como las «poulardes». En esta isla todo pasa alrededor de la isla. Ved, por ejemplo, los cafés y los restaurantes con nombres poéticos—El Céfiro, La Aurora, El Lido—. Son plataformas de madera instaladas sobre vigas de hierro encima del agua. Así sube el frescor marino y neutraliza el calor de horno de la orilla rocosa.

Todo alrededor de la rústica balastrada, bidones de Castrol pintados de rojo, balancean altos penachos verdes de



“Y ahora resulta que la Historia Universal existe todavía, y que yo, José Zamora, voy a desembarcar en el Peloponeso.”



El barco hace escala, apenas unos minutos...

ORIENTE, 1935

Islas de Grecia, cunas de dioses

Por JOSE ZAMORA

albahaca, que en esta isla son enormes y de un perfume embriagador y frío.

Claro de luna en Aigli

Desde la terraza del hotel sólo se ve esta noche la luna, yerta, sobre un mar de acero negro y pulido. Se diría el principio del mundo o el fin.

Nada. Claror astral sobre profunado abismo.

La Osa Mayor inclina el eje de su Carro, como si invitase a la luna a ir de paseo.

¿Qué lejos está todo en esta noche sin número ni fecha!...

¿Lejos? Nunca bastante... Un gramófono, oculto como un grillo, canta una rumba cubana con acento yanqui.

En la pista—redonda luna de cemento—bailan los oficiales de Marina con sus smokings blancos, y las isleñas, vestidas de organdí, como en cualquier película de cualquier país.

Van Dyke, detractor amargo de los «blancos» que profanan el Polo y Tahiti, ¿cuándo vendrás a hacer la película que denuncie los estragos de la civilización en Grecia?

Les quedaba el claro de luna...

Mañana en Lemonodasos

El azul se conjuga en el azul, y nuestro caique, en medio. Parece flotar encima de nada.

No tengo más remedio que dejar flotar una mano en la corriente para sucitar un leve surco de plata que nos sitúe en cualquier sitio, de tal modo me inquieta este vagar, sin ruido, en el azul sin límite. Ante nosotros, el Peloponeso.

Para mí era, hasta ahora, una enfadosa lección entre las lecciones sin importancia de la Historia Universal. Y ahora resulta que existe todavía, y que yo, José Zamora, voy a desembarcar en el Peloponeso.

Recuerdo un cuento de Enrique Gaspar, humorista olvidado, que leí en un verano de mi infancia, y que se llamaba «El anacronópete».

Era un barco que un inventor había construido para volver hacia atrás en el Tiempo, en busca del Tiempo perdido.

—Proust, no has inventado ni siquiera este título...

Ahora me parece ser yo el héroe de tal cuento, y que voy a desembarcar entre guerreros con cascos y nombres de bronce.

Pero el Lemonodasos—el bosque de limoneros—es ahora un desierto, asilo de paz, un jardín de las Hespérides sin dragón, un huerto de cortijo andaluz, con sus acequias encañadas, por las que fluye un agua cantarina con el ruido mate de los limones que caen sobre la hierba quemada y con el canto de los mirlos, y lejos, el monótono ruido de una noria.

Mediodía en Galata

Todo hace pensar aquí en Turquía y en Pierre Loti. Este país está perdido de alusiones literarias.

Próximamente sensacional reportaje de la Revolución griega, por nuestro enviado

especial José Zamora.

No hay modo de dar un paso sin que su eco resuene en un libro.

Pero este Galata sólo tiene de turco la pereza y la silueta de sus bosquecillos de cipreses en torno a un quiosco de miniatura.

El mediodía pesa sobre Galata, que se abanica perezosamente con sus palmas y sus cipreses negros.

¿Qué pereza de sol en mediodía, en medio de la mar y de la vida!...

Templo de Zeus en Kalavria

Subimos a pie, entre vuelos de saltamontes grises, que brincan bajo nuestras sandalias como petardos de fuego azul o rosa.

El calor hace temblar los contornos de las cosas. El paisaje entero crepita y chisporrotea. El mar parece a lo lejos una lámina de acero al rojo.

En lo alto de la colina salen a nuestro encuentro las columnas del templo de Zeus. Altas. Solas. Inmortales.

¿Qué silencio de instante mitológico!

Muy arriba, colgada del azul implacable, un águila vigila y grita.

El águila nos dice, tal vez, que Zeus ya no está en su templo. Que se fué para siempre.

La ermita de Agia Varvara

Sentada junto al mar, como una pescadora.

Es una ermita minúscula, apenas más alta que las mujercas que cuidan de ella como de una cocina, limpia y humilde.

Hay en ella unos cromos de iconos bizantinos, impresos en Alemania.

Pero la piedad de los implorantes incrusta sobre el cromo una mano, un seno, una cabeza de fina hoja de plata grabada a modo de exvoto.

Sobre el cromo grotesco y sin ingenuidad, en el que los sacerdotes convierten la religión, la verdadera fe incrusta sus hojas de fina hoja de plata...

Argólida

De esta orilla, abrasada y sin nobleza, partieron los remos de Jason en busca del Vello de Oro.

¿Qué naves, atrevidas e iluminadas, llevaron a través de los mares a los conquistadores, presos de la misma fiebre que estremeció a Colón y que heredó Charlie Chaplin!

Salieron de aquí. Desnudos. Salvajes y aullando de apetitos.

Dieron motivo a tanta estatua de pomada y a tanto cuadro cursi y académico.

Volvieron trayendo el Vello de Oro, para que luego, en las fiestas de nuestro Palacio, caballeros feos y serios, de frac, lo ostentasen sobre la pechera almidonada, llenos de postín, inflados de vanidad, hasta temer que sus bigotes engomados llegasen a las arañas de cristales y provocasen un incendio.

Argólida. Para los griegos todo esto fué un episodio entre tantos. Y lo único que ha quedado de aquel oro que robó Jason ha sido el de la corteza dorada de los melones, riqueza de aquel país.

En las calles de Atenas, ya vueltos de nuestra breve excursión a las islas, resuena en la siesta el grito de los meloneros, que pasan con sus borricos grises cargados de frutas de oro, parodia de Toisón:

—Argitica poponia... Melones de Argos...

Extraño corolario del Destino, que siempre se ríe...

Isla de Poros, marzo 1935.



La ermita de Agia Varvara.



La encantadora ingenuidad de este traje de las Islas Baleares nos inspira este modelo de tarde. Confeccionado en glase negro con los plisados del mismo tejido, en blanco. El sombrero, de fieltro de seda blanco, se adorna con una desrizada pluma de avestruz, blanca también, que cae sobre un lado.

EL TRAJE ESPAÑOL Y LA MODA

Creaciones especiales para CIUDAD
por María Rosa Bendala

Convencidos de la enorme cantera espiritual que ofrecen al campo de la moda nuestros típicos trajes regionales, y recordando que más de una vez han sido aprovechados en este sentido por los creadores de modas extranjeros, vamos a intentar nosotros hacer desfilar por estas páginas creaciones en ellos inspiradas, de manera que, sin perder el alien-to parisiense, imprescindible por su reconocida supremacía, sin cuyo marchamo (a pesar de cierto espíritu de rebeldía hacia él, que se dibuja por doquier como reflejo de la política nacionalista que actualmente impera en todos los países) no son aceptadas las creaciones modisteriles, conserven, no obstante, el sabor genuino de nuestro pueblo.

¿Por qué, si hubo un tiempo en que las damas y los hidalgos españoles impusieron al mundo la severidad y sencilla elegancia de su atavío, no intentar hoy libertarnos del yugo a que nos tienen sometidos otros pueblos con su influencia en el vestir?

Cierto que los españoles no hemos tenido nunca un sentido verdaderamente original en cuanto al traje se refiere, pero sí hemos sabido recoger y adaptar otras galas convirtiéndolas en nuestras, saturándolas de la manera española hasta hacerlas parecer que han nacido en nuestros propios lares.

Este espíritu de simplificación sigue latiendo en nosotros. En España la moda ya no es igual que en París: sigue siendo sustancialmente la misma, pero españolizada, marcada con el sello especial de nuestro sentir respecto al vestido; así, pues, recogiendo este sutil sentimiento de transformación, pueden llegar a obtenerse verdaderas creaciones originales, brotes espontáneos de nuestro suelo, que, tomando definido relieve, dejarían absolutamente caracterizada nuestra apariencia externa.

Esta lenta labor de evolución es la que queremos alentar, por creerla necesaria en esta hora de resurgimiento de los dormidos valores patrios. Nos daremos por muy satisfechos si, al estudiar este aspecto y exponer nuestros puntos de vista, conseguimos orientar y facilitar la labor personal a que está obligada hoy la mujer española, a la que ayudaremos con el mayor entusiasmo desde nuestra modesta tribuna.

Algunas consideraciones sobre John Ruskin

Por JOHN GOULD-FLETCHER

A propósito de un libro reciente ⁽¹⁾

Nada podría ser tan sugestivo como el retrato de Ruskin. Cualquiera que contemple sus rasgos no dudaría en colocar a este hombre entre las figuras extraordinarias de la galería humana. La frente, alta y abombada, delicadamente modelada, es la de un poeta o un músico; está rodeada de una pelambre espesa, reveladora de una salud y de un vigor animales. Los ojos, claros y penetrantes, profundamente hundidos bajo las cejas enmarañadas, expresan no sé qué «humor», unido a una gran fuerza de emoción y de discernimiento crítico. La nariz, larga y fina: nariz de aristócrata, no tiene nada de la grosería campesina, de la truculencia rastrera de la nariz de un Carlyle, de un Tolstoi o de un D. H. Lawrence. Pero—cosa curiosa—toda la parte inferior de este rostro parece dar un desmentido formal a la impresión sorprendente y tierna de la parte superior. Una amplia mandíbula colgante, una boca de labios fofos y un mentón casi inasible confieren a la cabeza de Ruskin un carácter de sensualidad que compensa extrañamente la energía masculina del resto.

Se advierte que semejante cara está hecha, o bien para un gran éxito, o bien para una gran derrota; pero que, en cualquier caso, ese rostro no sabría amoldarse fácilmente a una vida mediocre. Y, en efecto, John Ruskin ha conocido en su existencia la extenuante alternativa de la gloria y de la desdicha.

Su reputación *post mortem* ha conocido igualmente altos y bajos; entre los que han estudiado sus obras, los períodos de admiración exagerada han alternado con períodos de desconfianza y de completo desdén.

Nacido en 1819, de padres de un riguroso pietismo, que lo adoraron y lo maltrataron a un tiempo, Ruskin conoció desde su juventud una peligrosa notoriedad como mecenas. Con impetu apasionado, se convirtió en el defensor de Turner y de los prerrafaelistas, y se atrajo el entusiasmo de los unos y el odio de los otros por escritos de una prosa «sangui-naria». Desde su comienzo en la vida pública, se representó a sí mismo como el profeta destinado por Dios para revelar a los hombres la belleza del arte de un Turner, las glorias de la pintura veneciana y los ideales místicos de los prerrafaelistas. Más que a ninguna otra cosa, aspiró violentamente a la conquista de una posición fuerte, de una influencia irresistible, que le permitiesen mostrar a los burgueses y a los filisteos de su tiempo la relación íntima que existe entre un gran arte y la unidad moral y material de una época; relación que, según él, había cesado de regir la producción artística en Italia, desde el Renacimiento; en Inglaterra, desde el advenimiento de la era industrial moderna.

Esta conquista de una situación dominante se realizó parcialmente en 1870, cuando el gran crítico fué nombrado profesor de la Historia del Arte en Oxford. Pero ya era demasiado tarde para él. Tenía entonces cincuenta y un años, y llevaba a cuestas una lamentable historia matrimonial, sin amor, sin frutos, sin dicha, y estaba, sobre todo, agotado por una esclavitud todavía más tenaz, más prolongada, que se había impuesto por sus consideraciones hacia la voluntad tiránica de sus padres, a semejanza de la cadena de un presidiario, desde la más tierna infancia.

Por eso nunca estuvo en condiciones de asumir el papel de jefe tonante con que siempre había soñado, de imponer a sus compatriotas sus puntos de vista sobre la esencia y los fines del arte, así como sobre las reformas económicas y sociales que había expuesto precedentemente en una serie de estudios que no tuvieron mayor resonancia, salvo que tales estudios valieron a las publicaciones respectivas una baja numerosa de suscriptores.

Pero si imposible le fué desempeñar un papel en cierto sentido utópico, y cuya concepción se explica, según algunos por accesos de lo que los alienistas llaman «locura circular»—Ruskin pasaba por períodos de una «hipertrofia del yo» característica, a los cuales sucedían períodos de depresión profunda—, se vió, en cambio, hacia el fin de su existencia, gratificado por una celebridad literaria cada vez más grande, debida a sus libros, escritos en un estilo delicioso, y también, en parte, a su inclinación por las paradojas económicas y las teorías sociales más excéntricas.

Sin embargo, su obra final, la grande obra que le hubiese valido la inmortalidad, de la que tan seguro estaba cuando contaba veinticuatro años, cuando publicó su primer volumen de «Modern Painters» nunca fué escrita su espíritu naufragó, finalmente, en las tinieblas, y terminó su vida en un derrumbamiento mental completo.

El terreno patológico, que iba sin cesar agravándose; la lucha continua contra la carencia física; el agotamiento sexual, y *last not least*; la guerra incesante contra el despotismo paterno, todo contribuía a quebrar mentalmente a Ruskin. Le parecía que toda Inglaterra estaba en contra de él, puesto que sus pretensiones de jugar en ella un papel de profeta tardaban en realizarse; y, sobre todo, porque su celebridad no iba más allá del cuadro pasivo de una literatura hecha para los *petits comités*. Pero el hecho de que su derrumbamiento no se produjera con la instantaneidad de una caída trágica, sino en etapas lentas, moderadas, aunque irremediablemente progresivas, denota de qué suma de energía, tanto física como intelectual, lo había dotado la Naturaleza, como para frustrar su propia astucia.

Nada es más curioso en esta vida, ya de por sí bastante curiosa, que la inconcebible dominación con la cual los padres de Ruskin hacían experimentar desconcertantes efectos a su hijo hasta la más avanzada edad. «Todos los que frecuentaban Denmark Hill—la casa de sus padres—están acordes en reconocer que su madre lo regañaba y maltrataba como a una criatura; que lo contradecía aun a propósito, de cosas que ella no entendía; que su padre, no solamente desaprobaba todo lo que escribía en materia social, sino que le impedía darle a sus escritos el destino que quisiera. Así, en un estudio político que Ruskin escribió cuando tenía unos cincuenta años y destinado al *Times*, su padre no dudó en tacharle algunos pasajes, y no permitió la publicación del estudio sino después de esta expurgación. Y más todavía: pidió a su hijo, quincuagenario, y obtuvo de él, la promesa formal que no publicaría nada sin que previamente le sometiera el texto, a los fines de una censura severa y siempre operante.

Parece extraordinario que un hombre de una sensibilidad tan intensa, tan viva para las bellezas de la pintura inglesa (especialmente para los paisajistas) y del arte primitivo italiano, pudiese ignorar casi completamente la prodigiosa evolución de la pintura francesa del siglo XIX, y que se hiciese el campeón del arte falso de los prerrafaelistas. Pero en esto, como en tantas otras cosas, Ruskin se mostró un inglés ciento por ciento. El arte francés debió repugnarle por su lógica excesiva, demasiado desprovisto de impulso místico, para poder contener los elementos espirituales que él encontraba y adoraba en la mitología griega, en la arquitectura gótica (considerada por él, lo mismo que por todos sus contemporáneos, como no francesa), en la pintura de Turner y en el arte de los italianos del Quattrocento. Y es precisamente esta cualidad o este prejuicio, que Ruskin comparte con los más grandes poetas de raza inglesa, la que confiere a su obra una deliciosa supervivencia.

(1) JOHN RUSKIN: *An introduction to Further study of his life and work*, por R. H. Wilensky (Seixes).

Cine

"¡VIVA VILLA!"



Wallace Beery, el popular astro de la pantalla, caracterizado para su rol en la sensacional película basada en la vida tempestuosa y en los amores de uno de los personajes más interesantes de la historia mejicana.

La importancia de este estreno nos obliga a sacarle del control cinematográfico para darle el espacio que sus grandes valores merecen.

«¡Viva Villa!» es tal vez de las epopeyas mejor realizadas, con más emoción y sentido del valor histórico del tema tratado que haya dado el cine. Resalta como valor esencial la interpretación magnífica de Wallace Beery, quien con este trabajo bien puede ser considerado como el mejor característico de Hollywood; pero al lado de este valor individual, en «¡Viva Villa!» destaca el mérito del poema mejicano, que entona desde que aparecen los primeros titulares hasta la escena final, para darle a la obra una substancia humana, vigorosa, valiente, descarnada: realidad, objetividad poco cinematográfica y—muy especialmente—poco norteamericana sobre uno de los momentos más trascendentales de la historia de Méjico.

Allí vemos la iniciación del drama con el emplazamiento inicial de la cámara, que recorta sobre el cielo figuras de indígenas, de esa raza tan honda y fuerte como es la mejicana, y que infunde desde el principio, con la sobriedad de sus figuras y la trágica mudez del escenario, el ambiente fiel en que luego ha de actuar la vida del último gran guerrillero.

No pesa este valor esencialmente nacionalista de la obra sobre el ánimo del espectador para restarle simpatías al film; el problema es tan vivo, tan humano, que se halla accesible al sentimiento de todos los públicos. Es el drama de la tierra, que se trabaja sin beneficio alguno para alimentar a una minoría infecunda que, tras ellos, no escatima castigo y flagelos en la carne sumisa de las nobles peonadas. Y con hábil mano, matizando el transcurso de la película con actos brutales y escenas risueñas, donde la más intensa dramática es sucedida por actos cómicos, se desenvuelve esta gran producción, para atrapar al espectador, llevarlo a la grupa de las caballerías del guerrillero y situarlo en la acción, no como mero espectador, sino como elemento actuante.

Esa sugestión bien se vió en las repetidas explosiones del público en la noche del estreno, que vibró en un aplauso o en un murmullo común, con pasajes característicos del fondo del film.

«¡Viva Villa!» no es una apología, ni la dignificación ni la disculpa del héroe mejicano. Es un canto de la tierra, ni más ni menos que el sentido racial del himno revolucionario «La cucaracha», traslucido en acto plástico. Y la labor de Wallace Beery, que llena de por sí la pantalla, no ha sido encaminada más que a dar una interpretación sentida de Páncho Villa, sin amenguarle los golpes del instinto, ya fuese encaminado hacia el bien o el mal.

«¡Viva Villa!» es hasta ahora la gran película de la temporada. Magníficas fotografías, coros y elementos musicales de gran mérito, escenarios naturales de apasionante belleza.

Todos los intérpretes, bien, aunque apagados por la caracterización de Wallace Beery, que no deja espacio al lucimiento de los demás.

Edith Mera ha muerto

Por

GABRIEL

GARCIA

ESPINA

Una de las más encantadoras comediantas francesas, Edith Mera, ha muerto hace unos días.

Alta, esbelta, con bellísimos cabellos color caoba, de rostro ovalado y puro que iluminaban dos ojos verdes almendrados, había nacido en Bolzano (Italia), de padres eslavos. Murió el mismo mes en que cumplía años.

La asignaron con frecuencia papeles del tipo de la clásica «wamp», implacable y astuta, cuando en realidad fué siempre dulce y sincera. Su gran temor—tan mal fundado—era que los papeles que la distribuían acabasen por hacerla «mala».

Quiso estudiar Medicina, pero las circunstancias la obligaron a dedicarse al teatro, en donde ella veía algo grande para su temperamento. Sin embargo, se derrumbaron sus sueños escénicos, y tuvo que debutar en «Ba-Ta-Clan».

Se estaba preparando para filmar en «Divina», de Colette, un papel odioso que le habían reservado, y que ella estudiaba con alegría.

Hace aproximadamente un año había intentado suicidarse. Tomó toda clase de precauciones para que su trágico propósito no fuese contrariado. Eligió una noche de sábado a domingo, porque el domingo no acudía la mujer que arreglaba las habitaciones, y de esta forma nadie podría socorrerla.

Pero su buen corazón y su conciencia la perdieron—o la salvaron—. Edith Mera, antes de abandonar para siempre el teatro donde trabajaba en «Las hermanas Hortensias», quiso pagar algunas pequeñas deudas que tenía: paquetes de cigarrillos, pequeñas propinas, etcétera. Y eso llamó la atención. Todo el mundo se preguntó por qué Edith había querido liquidar todas aquellas pequeñeces, y precisamente aquella noche.

Una compañera que conocía el lamentable estado moral en que se hallaba entonces la actriz recién desaparecida, tuvo una inspiración y se precipitó con un médico en el domicilio de la artista, a la que pudieron hacer volver a la vida. No por mucho tiempo, por desgracia, pues un ántrax facial acabó en tres días con la vida de la malograda Edith.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

● *Un crimen perfecto.*—El film es bastante imperfecto. Un trasnochado asunto de hipnotismo impreso en el celuloide con amaneramiento y pobreza de matices. No tiene ningún interés. Nils Asther, «excesivamente» guapo,

LUNES 25
PRECIOS DE PRIMAVERA
CAPITOL

presenta a

IVAN PETROVICH

en la magnífica producción europea

PAGANINI

Música de Franz Lehar

(Selección Yberica Film.)

afectado y hasta cursi. Hay un excelente actor, Paul Kerry, que libra a la película del juicio poco grato que merece.

○ *Déjame quererte.*—Un film divertido y bien realizado, sin mayores complicaciones. Buena calidad gráfica y escénica, a la cual ya nos tienen acostumbrados los productores alemanes. Y muy bien, asimismo, la interpretación, por parte de Willy Fristch, Paul Hörbiger y Trude Marlen. Arthur Robinson es el director de esta película, que se ve con agrado.

⊕ *Regina.*—Luisa Ulrich es todo el film. Actriz consumada, ella es quien levanta en muchas ocasiones el proceso de la obra, no muy afortunada en su totalidad. Waschneck es el realizador de esta película, que nunca descendiendo de un decoro estimable. Olga Tschechowa y Adolf Wohlbrück acompañan a Luisa Ullrich en el reparto, aunque a respetable distancia de la estrella.

○ *Trágica atracción.*—Sobre una producción teatral—«Cette vieille canaille»—ha realizado Anatole Litwack este film de profundo sentido dramático. El resultado de tintes acaso un poco sombríos, ha sido excelente. La figura de Harry Baur, el ilustre cómico francés, tiene la mayor parte en el éxito espectacular de la obra. Difícilmente hallaremos un tipo de actor tan complejo como el de esta admirable estrella del cinema francés. Alice Fields, mujer muy bella, comparte los aciertos interpretativos de este dramático argumento. Buen film, aunque no a propósito para todos los paladares.

○ *La huella digital.*—Warner Oland es nuestro amigo desde que empezamos a ir al cine. Con cierta simpática veneración le recordamos fugazmente a lo largo de toda su caudalosa vida cinematográfica. Y aquí le tenemos de nuevo, seguro en su madurez, incorporando el tipo de Mr. Chan, policía chino. La película, de complicado y misterioso asunto—naturalmente—, está bien. Y muy hábil de luces y de tonalidades, que se completan eficazmente para el mejor encuadre del misterioso proceso argumental. El realizador, mister Forde, ha puesto de su parte todo lo necesario para que los incondicionales de este género cinegráfico pasen un rato agradable y practiquen *in mente* el buen deporte policiaco.

'ES COSA DE AMARNOS'



Una escena de la producción musical «Es cosa de amarnos», en la que intervienen Edmund Lowe y Ann Southern, las dos figuras principales del film.

Ayuntamiento de Madrid

Cartelera madrileña

Novedades escénicas más o menos relativas

ESLAVA: «EL SECRETO DE LADY KLEVERSSON».

Don Rafael López de Haro, escritor excelente, acreditado en varias novelas de pulcro estilo literario, que lograron el favor decidido del público, trata, aun cuando no muy frecuentemente, de asomarse a los tableros de la farsa, en busca—es de suponer—de un puesto entre los autores dramáticos, para el que se cree capacitado. Pero no tiene fortuna, o dicho con crudeza exacta: carece de condiciones elementales para realizar una función inteligente en el teatro. Su pluma, habituada al relato novelístico, a la descripción del paisaje, a la pintura psicológica de los caracteres, se pierde con harta frecuencia en los limitados horizontes de la escena, y si algún personaje de la obra la encuentra casualmente, apenas si le es posible utilizarla con eficacia efímera en instantes muy contados del diálogo, donde la charla se hace ágil y graciosa: teatral, en suma.

«El secreto de lady Kleversson» pretende ser una comedia elegante, desenfadada y moderna. Pero la pretensión del autor se estrella, por las razones apuntadas, en los muros de granito de una imposibilidad temperamental, que traiciona constantemente al Sr. López de Haro. Y de esa traición nace un feto de configuración absolutamente opuesta a la propia idea del autor. Ni Narda—personaje interpretado por la Sra. Díaz de Artigas con acierto total—es un genio femenino de las finanzas, ni siquiera un tesoro de ternuras amorosas; ni Enrique es un hombre de presa en el mundo de los negocios; ni mister Husley puede justificar en modo alguno su nacionalidad inglesa; ni los hermanos Gritcha y Freddy llegarán jamás a ser temidos como elementos peligrosos. Unos y otros dejan constantemente en ridículo sus propias palabras, en el fondo de las cuales bulle una reducida humanidad de pobres seres, inocentes como un refresco de zarzaparrilla, y conllevando con manifiesta desgana las obligaciones psicológicas que les impusiera su creador...

Una comedia, en fin, pobre de acción, lánguida de ideas, cuya sola calidad—calidad relativa, naturalmente—radica en el decoro literario de su diálogo, escrito con cierta pulcritud de estilo.

Pepita Díaz de Artigas—merece repetirse—dió a su gestión artística tono inteligente y acierto constante. Manuel Collado acreditó una vez más su fama de galán notable y simpático. Y en plano interpretativo secundario, Monserrat Blanch, Luisa Jerez, Ricardo Juste, Fernández Cuenca y José Pidal completaron un reparto discretamente bueno.

FONTALBA: «LA NIÑA BOBA».

Después de un paréntesis de silencio, impuesto por veredicto riguroso de una cruzada de arte poco afortunado, vuelve a reanudar sus actividades dramáticas el magnífico coliseo de la Gran Vía. Una pareja de actores, que amparan su juventud en el pabellón glorioso de su ascendencia ilustre—María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza—, llegan a las tablas del Fontalba, después de una turné venturosa por tierras de América, en abrazo apretado de ilusiones artísticas. Buen síntoma de sus propósitos es la elección del cartel inaugural: «La niña boba», de Lope, que sirvió, en primer lugar, de augurio promotor de empeños nobles durante su actuación en la capital de la República, y, en segundo, para acreditar a la joven pareja de comediantes de fieles continuadores de una escuela ilustre en los anales interpretativos, iniciada años ha junto a otra pareja insigne, que dió tono y esplendor al arte dramático.



Es justo reconocer que el tiempo transcu-

rido desde la última vez que actuaron en Madrid ha sido aprovechado por Mariña Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza para afirmar sus posibilidades de artistas excelentes. Una y otro dieron a la famosa obra de Lope de Vega una interpretación matizada constantemente por un acierto inteligente y eficaz, que impresionó gratamente al numeroso público que asistiera al teatro para rendir tributo de afecto y cortesía al matrimonio de apellidos ilustres que nos llegaba de América en embajada de arte, al frente de una compañía de actores disciplinados y seguros.

Cordialmente saludamos a los jóvenes artistas desde nuestras columnas, y aguardamos ocasiones propicias para continuar mostrándoles nuestro aplauso sincero, que—verdad obliga—sólo podrá prodigarse mientras la recta de sus intentos no vacile en concesiones que hagan perder al arte su signo generoso.

COLISEUM: «LA ZAPATERA PRODIGIOSA».

Sigue la ilustre actriz Lola Membrives caminando con paso firme por la senda de lo inteligente, iniciada, al reaparecer ante el público madrileño, con el magnífico poema de García Lorca, «Bodas de sangre». Y seguimos nosotros prodigándole un aliento decidido a su noble empeño, un aplauso cordial a su excelente labor artística, aliento y aplauso que no ha de faltarle en nuestras columnas mientras sus inquietudes de actriz se mantengan sin vacilaciones en la línea generosa de un teatro que tienda o, cuando menos, trate de tender sus alas blancas de decoro literario sobre los horizontes a ras de tierra de las comedias al uso y abuso de esta mala hora de la producción dramática.

Asistimos con verdadero deleite a la reposición de «La zapatera prodigiosa». Esta admirable farsa violenta—así la titula el autor, aun cuando, en verdad, la violencia no la hallamos por parte alguna—fue estrenada por Margarita Xirgu hace algunos años, quien dió a ella una interpretación inspirada, naturalmente, en su sensibilidad y su temperamento personales. Es decir, le dió una realización escénica, una estructura plástica de relieves modelados en el barro de su visión interpretativa. Lola Membrives, a su vez, ha concebido la obra con perfiles opuestos; la ha visto a través del prisma luminoso de espectáculo de conjunto y, de acuerdo con García Lorca, la ha enriquecido con valores espectaculares de cuadros de época, de bailes y canciones de nuestro venero folklórico, de ritmo vivo y colorido, donde su inspiración artística descubre ancho campo en el que lucir sus posibilidades interpretativas, llenas de acierto y de gracia.

De acuerdo con esta visión de la actriz insigne se desenvuelve el tono general de la obra. El diálogo, la acción, el ambiente—rotundamente logrado por el admirable artista Fontalbas—, el color y hasta la luz adquieren una marcha suavemente vertiginosa, que hace resbalar como caricia espiritual las palabras y los gestos de los personajes sobre el interés creciente de un auditorio, captado desde el primer instante por el simpático duendecillo de lo superficialmente bello.

Con Lola Membrives compartieron el justo éxito interpretativo las señoritas Peña—deliciosa en su intervención—, Cortesina, Losada y Zurita, y los Sres. Maximino—magnífica creación la suya!—, Peña, López Silva, Cortina y, en general, cuantos artistas toman parte en el reparto de la comedia.

«ESPAÑOL: «FUENTEOVEJUNA».

Margarita Xirgu y Enrique Borrás, figuras eminentes de la compañía del teatro Español, han llevado a sus carteles, como homenaje fervoroso al principio de nuestro teatro clásico, la obra más representativa del ingenio lopeco: «Fuenteovejuna», según la nueva versión dada al texto original por Cipriano Rivas Cherif. De toda la gigantesca labor de Fray Lope de Vega, es «Fuenteovejuna» la que tiene raíces más hondas en cuanto al sentido nacional de su teatro, la que está imbuida

TEATRO

P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

de más puras esencias españolistas y, por tanto, la más apropiada en estas horas de honra a la memoria del Genio en el tercer centenario de su muerte.

Es «Fuenteovejuna» grito colectivo, alarido dramático de un pueblo en el que se funden en bloque apretado ansias de ejemplaridad justiciera, crueles arrestos de una humanidad unificada por el dolor y la afrenta, que se alza como bárbara ola de rebeldía ante la injusticia de los privilegios de casta. En ella, el estro maravilloso del poeta se compenetra de manera más perfecta que en ningún otro caso con el espíritu trágico del drama, donde aliena, al través de los siglos, la entraña de problemas vivos aún en el mundo de nuestros días.

La obra, interpretada con absoluta dignidad artística por Margarita Xirgu, Enrique Borrás y el plantel de excelentes actores que actúan bajo la dirección de ambos, está avallorada con una magnífica concepción escenográfica del experto Burmann, y más especialmente, por los deliciosos romances, bailes y canciones, extraídos de la cantera folklórica con un sentido de la erudición perfectamente acertado por los Sres. Castro Escudero, Bal y Torner, miembros del Centro de Estudios Históricos. También contribuyeron en proporción estimable a la magnificencia artística de la jornada los jóvenes actores de la «Tea» con su cooperación justa y disciplinada.

Señalemos, en fin, el acontecimiento como paso firme en el camino de la glorificación de Lope en este año de homenaje nacional.



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¿Vió usted a Raquel Meller en Maravillas?

—No, señor. La vi hace alrededor de veinticinco años en una especie de barraca que había en la calle de Atocha, que se llamaba Salón Madrileño.

—¿Tan viejo es usted?

—Tan vieja es ella!..., que no es lo mismo.

—Dicen que no pasan los años por Raquel.

—Y tienen razón. Figúrese usted que todavía anda a vueltas con «El relicario», «La violentera» y «El gitanillo»... Vamos, señora Raquel Meller. ¿Una poquita de formalidad, que estamos en Madrid!

Una pregunta sin pizca de malicia: ¿cuántas obras ha estrenado D. Jacinto Benavente en lo que va de temporada?

—Tres, si no me falla la memoria.

—¿Cuántas resisten aún en los carteles?

—Ninguna, si la memoria sigue sin fallarme.

—¿Qué consecuencias se desprenden de este hecho?

—¿Me permite usted que le responda con un refrán?

—Permitido.

—«Tres eran, tres las hijas de Elena; tres eran, tres...», etc., etc.

—Ortas (Casimiro) reaparecerá en Madrid el Sábado de Gloria.

—¿Lo sabía usted?

—Sí, en el teatro Alkázar.

—¿Le gusta a usted este actor?

—Hombre, sí; es un excelente comediante.

—¿Lástima que no se haya decidido todavía a hacer comedias!

—¿Tiene usted cuaderno de notas?

—Le tengo.

ESLAVA: «LO QUE DIOS NO PERDONA»

No siempre consigue el autor dramático realizar la idea concebida en el mundo azul de su pensamiento, trasplantar a la realidad escénica, donde las ideas han de revestirse de carne humana, inquietudes de tipo filosófico o sentimental, que en la entraña de su concepción adquirieron volumen de cosa importante, categoría de hecho superior en la escala de las pasiones que modelan el espíritu de los seres.

En este caso exactamente se halla Eduardo Marquina con relación a su comedia «Lo que Dios no perdona», estrenada recientemente en el teatro Eslava. El, poeta antes que dramaturgo, esclavo de toda vibración poética, halló fuerza lírica en el contraste de dos seres, que, unidos por vínculos de sangre, luchan, sin embargo, impulsados por la fuerza arrolladora del odio. Pero el odio, como cualquiera otra humana pasión, necesita en la escena razones que lo justifiquen, episodios que lo creen, antecedentes que lleven al ánimo del espectador fundamentos de convicción. Y nada de esto, tan elemental en la línea lógica de una comedia, ocurre en «Lo que Dios no perdona». En ella, los hechos se producen entre fragores de desconcierto constante, que, naturalmente, siembran en el público semillas de incompreensión. Hay, eso sí, en la obra, inquietudes de problemas psicológicos, ideas de complejos sentimentales que se afanan por imponer la primacía de su razón al mundo desarticulado de los personajes. Pero, repitámoslo, que ello no habrá de molestar a un escritor del talento de Eduardo Marquina, dispersos en el decurso cansino de tres actos largos y fatigosos.

La interpretación, desconcertante, esto es, a tono con la comedia, por parte de Pepita Díaz de Artigas, que, perdida en la extraña psicología del personaje por ella representado, no pudo dar todo su rendimiento de actriz inteligente. Bien, Manuel Collado, Cuenca, Juste, Manrique y Díaz González.

Y admirable, en párrafo aparte. Amparo Astor, para la que fueron los aplausos más justos de la noche.

—Pues apunte este dato, de sumo interés para la historia de las temporadas teatrales desafortunadas: sábado 15 de marzo de 1935, la compañía Díaz de Artigas-Collado estrena en el teatro Eslava una obra de López de Haro. Domingo 16 de marzo de 1935, la misma compañía estrena en el mismo teatro una comedieta para niños. Viernes 22 de marzo de 1935, sigue la misma compañía actuando en el mismo teatro y estrena «Lo que Dios perdona», obra en prosa, original de un poeta... ¿Qué le parece a usted?

—¡Espantoso! No se comprende tanta capacidad de trabajo.

—Pues aún se afirma por ahí que al mismo tiempo que la compañía montaba estas comedias dedicaba algunos ratos al ensayo de una nueva obra de los Quintero.

—¿Cómo está el teatro, compañero!

—¿Y de Muñoz Seca, qué se dice?

—¿De Muñoz Seca, autor, o de Muñoz Seca, teatro?

—Teatro.

—Que Antonio Vico termina su temporada, irremisible y fatalmente, a últimos del mes actual.

—No ha habido suerte.

—En absoluto. Este muchacho, tan buen actor, no le ha caído en gracia a la fortuna.

—¿Y quién va a substituirlo en el feudo de «la Chelito»?

—Parece ser que una actriz.

—¿Su nombre?

—Es un secreto que he prometido guardar. Sin embargo, le daré algunos datos, y si usted lo descubre... Tiene nombre de flor; hasta hace poco era ex actriz; desde hace poco es ex modista, y cuando era actriz y cuando era modista se ponía en las tarjetas «Hortensia Gelabert».

—¡Basta! ¡No diga usted más! ¡María Fernanda Ladrón de Guevara!

—¡Justo! ¡Pero qué vista tiene usted!

—Ahora resulta que, después de tanta «Papirusa», Irene López de Heredia y Mariano Asquerino han perdido dinero en el Victoria.

—¿Qué me dice!

—Lo que usted oye. ¡Ande, para que se fie de «Papirusas»!

F E I T O

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



Se necesita un extremo izquierdo

Por EDUARDO DALE

El Comité de Selección

—¿Qué tal Peralta, de la segunda? Es un extremo izquierdo. ¿Se porta bien?

Las paredes del salón de sesiones eran de madera. Y Francisco Peralta, que había llegado algo tarde y estaba colgando el sombrero en la percha de la habitación contigua, oyó las últimas palabras.

Una sonrisa dilató sus labios. Sabía de qué se trataba. Era la última semana de la temporada, y como había dos vacantes que llenar, alguien le proponía para extremo izquierdo de la primera, aunque, en realidad, pertenecía a la segunda división.

—¿Qué Francisco Peralta?—oyóse otra voz, que



hablaba en tono de desprecio—. De los cuarenta y dos jugadores del Club, es el último a quien pondría en la primera división. Muchacho egoísta, nunca suelta la pelota cuando la coge y no tiene la menor noción del fútbol.

Signió un penoso silencio.

Peralta dió medio paso hacia la puerta y se detuvo. Su rostro expresaba enojo. Había identificado la voz: era Moreno, el "centre half" del Club Azuleños, con quien nunca hiciera buenas migas.

—No soy egoísta—murmuró—. Es una mentira.

Una carcajada escapóse de los labios.

—Estoy bien castigado por escuchar detrás de la puerta. Será mejor que no entre ahora. Pueden darse cuenta de que he oído lo que decían de mí.

Se fué a una habitación contigua, donde varios socios jugaban al billar. Minutos después regresó y penetró en la sala de sesiones.

Presidía la mesa Germán, el entusiasta presidente. A su izquierda encontrábase Mariano González, capitán de la primera división y el mejor delantero centro que el Club había tenido desde hacía años. Estaban presentes algunos otros miembros del Comité.

Francisco sentóse en la única silla desocupada, en el extremo de la mesa.

—Disculpenme que haya llegado tarde—dijo—, pero hace apenas media hora que me encargaron representar ante ustedes a la segunda división.

—No importa. Ocupe su lugar—repuso el presidente, con una sonrisa de bienvenida—. Lamento que no

haya podido acudir el capitán de su equipo. Necesitamos a un miembro de su "team" para la primera división. Tal vez pueda usted ayudarnos a elegirlo.

Moreno aplicó un codazo al que estaba sentado a su lado.

—¿A que se ofrece él mismo para "outside" izquierdo?—murmuró.

Germán consultó sus papeles.

—Aún nos quedan dos partidos que jugar—declaró—. El jueves, a la tarde, nuestro partido anual amistoso con Estudiantes, y el sábado, el último "match" de la Liga con Barraqueños Unidos.

—Tenemos que ganarlos, pero sobre todo, el último—intervino un miembro del Club—. Si los Barraqueños triunfan o empatan conservarán el primer puesto y se quedarán con la copa; en cambio, si nosotros ganamos seremos los campeones de la Liga.

—Nuestro equipo—prosiguió Germán—falla por el lado del medio y del extremo izquierdo. Para el "half" recurriremos a la intermedia, que puede suministraros uno bueno. Ahora bien, entre ustedes, los de la segunda, ¿habría algún extremo bastante veloz?

Peralta sintió que los colores le subían a la cara. Hubiera querido ocupar esa vacante, pero le resultaba incómodo proponerse a sí mismo. ¿Por qué no estaría allí su capitán?

—Tenemos al pequeño Sánchez—dijo—, nuestro extremo izquierdo. Es bueno, aunque le falta un poco de coraje. Y a Valentín Rojo, el medio, que reemplaza al extremo cuando está ausente.

—¿Quién es el extremo de ustedes?—interrumpióle Germán—. ¿Sirve o no?

Francisco dudó antes de contestar.

—Soy yo—dijo.

Signió un breve silencio.

—El primo de Peralta—intervino Moreno—, Valentín Rojo, es el hombre que necesitamos. Como extremo es formidable.

—¿Lo cree usted?—preguntó Mariano González, no del todo convencido—. A mí no me parece cosa del otro mundo.

—¡Oh! Es que usted no le ha visto últimamente. El sábado pasado portóse como un campeón, a diferencia del extremo izquierdo, que parecía en la luna... ¡Oh!, discúlpeme, Peralta, me había olvidado de que usted estaba aquí.

—No es nada, Moreno—repuso Francisco con una sonrisa—. Lamento que me atribuya la culpa de los goles perdidos. Hice lo que pude.

Se produjo un embarazoso silencio, que el presidente interrumpió al fin:

—En ese caso pondremos a Valentín Rojo de extremo izquierdo para el jueves. Veremos cómo se porta.

Cinco minutos después levantóse la sesión, y Germán, tomando a Moreno del brazo, le llevó a un lado.

—Conviene que cuide un poco sus palabras—le dijo, en tono de reproche—. Usted ha hecho mal en criticar el juego de ese muchacho en presencia suya y de todos nosotros.

—Lo lamento—repuso el interpelado—. Me olvidé de que estaba presente. Pero, con todo, declaré la verdad: Peralta es un conejo.

—Sí, ya sé que ustedes no son buenos amigos. Es inútil seguir hablando sobre el asunto.

Francisco se fué a su casa en un estado de completa desesperación. ¿Sería cierto que el sábado el equipo había perdido por su culpa? Había creído que la debilidad del "team" estaba en la línea trasera, en su primo, Valentín Rojo, que jugó como un "chambón" por haber pasado toda la noche anterior de juerga.

—Moreno y Rojo son íntimos—dijose el joven futbolista—. ¿Será por eso por lo que le dió la mano para que pasara a primera división?

Cuando llegó a su casa robusteciéronse sus sospechas. Valentín estaba conversando con su padre en la sala. Tanto Francisco como Valentín trabajaban en la oficina del padre del primero; pero Rojo no era una visita frecuente en la casa de su tío.

(Continuará)

Ayuntamiento de Madrid



(Continuación)

Madrid

La provincia de Madrid tiene montes muy elevados y posee aguas medicinales de gran valor, como las de Carabaña y Loeches; tiene vegas feraces, como las de Aranjuez; produce cereales, vinos, aceite, etc. Son ciudades importantes: la capital, Aranjuez, Alcalá de Henares, cuna de Cervantes; Getafe, Torrelaguna, etc.

La capital, Madrid, es la capital de España, bellísima población de un millón de habitantes, con hermosas avenidas, bellos palacios y notables museos, entre los cuales son dignos de especial mención el del Prado (de pintura) y el Arqueológico. Es también muy notable la Biblioteca Nacional.

Toledo

La provincia de Toledo es montañosa en su parte septentrional y meridional, con valles y dehesas muy fértiles, y en el centro y sureste tiene llanuras y vegas. Sus principales ciudades son la capital, con sus célebres monumentos (la Catedral, el Alcázar, Santa Cruz, la Casa del Greco); su fabricación de armas blancas y joyería; Talavera de la Reina, famosa por su cerámica; Puebla de Montalbán, Orgaz, Ocaña, etc.

Ciudad Real

La provincia de Ciudad Real es la tercera de España por su extensión; casi toda ella está enclavada en las dilatadas llanuras de la Mancha; produce cereales, vino, aceite, ganadería, hierro y plomo. Son poblaciones importantes: la capital, Valdepeñas, con sus renombrados vinos; Almadén, con sus célebres minas de azogue; Almagro, Alcázar de San Juan, Almodóvar del Campo, Manzanares, etc.

Cuenca

Cuenca es una provincia montañosa, agrícola y ganadera; y en la cima de una montaña, en extensa planicie, hay la llamada Ciudad Encantada, verdadera maravilla de la naturaleza, producida por la erosión o desgaste de las rocas y terrenos. Sus principales poblaciones son: la capital, Belmonte, Minglanilla, Huete, etc.

Guadalajara

Guadalajara es una provincia agrícola; cosecha cereales, cáñamo, vinos, aceites y las ricas y afamadas mieles de La Alcarria. Son poblaciones importantes: la capital, con un buen campo de aviación y talleres; Sigüenza, Brihuega, Pastrana, Cogolludo, etc.

Castilla la Nueva.—Notas históricas.—En 1606, Felipe III traslada definitivamente la Corte de Valladolid a Madrid. En 1808 se produce en Madrid el alzamiento del Dos de Mayo.

Felipe II, en 1560, había trasladado su Corte de Toledo a Madrid y Valladolid. Toledo fué Corte desde los tiempos de Leovigildo (568).

(Continuará)

COMPañIA TELÉFONICA NACIONAL DE ESPAÑA



AL SERVICIO DE NUESTROS ABONADOS

Para que nuestros abonados presentes y futuros encuentren la máxima comodidad y rapidez en sus relaciones con esta Compañía hemos creado el nuevo Servicio de Unidades, implantándolo de momento en nuestras oficinas comerciales de Madrid y Barcelona.

Este Servicio de Unidades consiste en un grupo de señoritas, cada una de las cuales tiene a su cargo 2.000 números de teléfono, con la exclusiva misión de atender a los abonados correspondientes, cooperando con ellos y facilitándoles la resolución de cualquier asunto relacionado con esta Compañía.

La actuación de estas empleadas se refiere principalmente a asuntos de índole comercial, aunque están capacitadas para recibir reclamaciones o suministrar informes sobre nuestros servicios.

Para ponerse en comunicación verbal con el Servicio de Unidades, los abonados deben marcar 04 y dar su número de teléfono a nuestra operadora.

El Servicio de Unidades no substituye a los Servicios de Información, 03, y Averías, 02, que deberán seguir usando los abonados en la forma acostumbrada.

Corresponsales administrativos de CIUDAD en provincias

LIBRERIA BARBA VERGARA, 9 SAN SEBASTIAN	MATILDE CALZADA CADIZ	MARGARITA CIFRE PALMA DE MALLORCA
LIBRERIA HERMIDA QUIOSCO FRENTE AL INSTITUTO EL FERROL	JUANA TORRES DE LA CAL VALLADOLID	TERESA IRALA DE SIMON BILBAO
G. MOLINA GOMEZ BALLESTEROS, 4 VALENCIA	ENRIQUE GUERRA MARTOS CORDOBA	IGNACIO RODRIGUEZ SOLA PAMPLONA
UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES CALLE DE LA UNION, 19 BARCELONA	LIBRERIA MANUELA MARIÑAS LA CORUÑA	LUIS MARTIN GUADALAJARA
JOSE PABLOS GALAN ISLA DE LA RUA, 1 SALAMANCA	SOCORRO GUEIMUNDE SANTIAGO DE COMPOSTELA	ALFONSO RAMIREZ PAMPLONA
JOSE MANTECA ORTIZ SEVILLA	JULIAN MERINO ATARAZANAS, 7 SANTANDER	JOSE RODRIGUEZ SANCHEZ MURCIA
	VIUDA DE LISARDO CASTRO ORENSE	JOSE BELMONT E CARTAGENA
	JULIAN PAREJA TOLEDO	